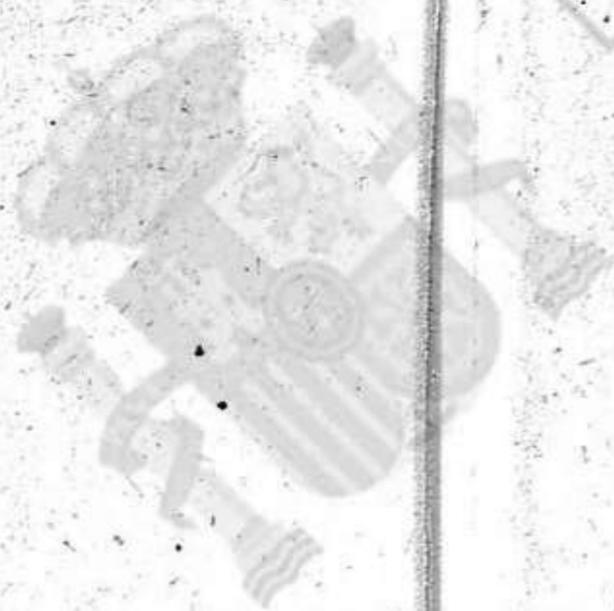


REVISTA CONTEMPORANEA

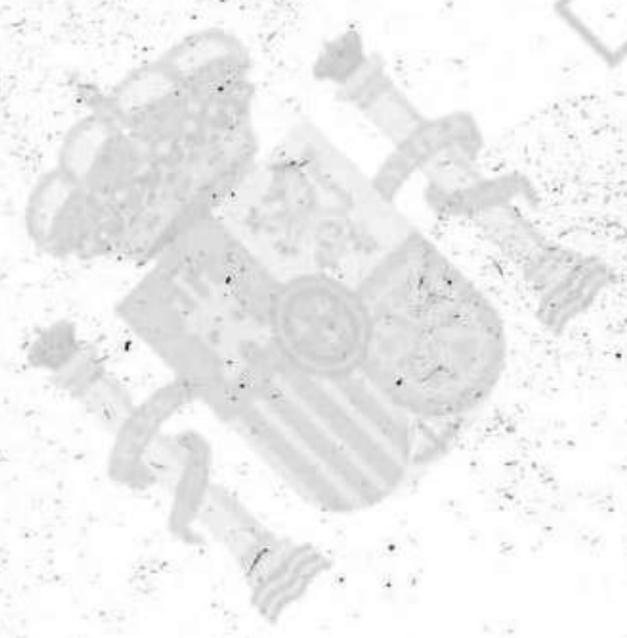


MINISTERIO  
DE CULTURA

EN 1400

MINISTERIO DE CULTURA

REVISTA DE INVESTIGACIÓN



2041

1089143

(0105)

# REVISTA

# CONTEMPORÁNEA

AÑO VI — TOMO XXV

ENERO — FEBRERO 1880



DIRECCION Y ADMINISTRACION  
VERGARA, 16, TERCERO IZQUIERDA, MADRID  
OFICINAS

PARIS, 27, FAUBOURG MONTMARTRE

MÉJICO  
*J. F. Parres y Comp.º*

VENEZUELA  
*E. Fombona*

BRASIL  
*Bellarmino Carneiro*  
Pernambuco

BUENOS-AIRES  
*Jacobsen et Comp.º*

HABANA  
*Alejandro Chao*

(DERECHOS RESERVADOS.)



MADRID, 1880  
TIPOGRAFÍA DE MANUEL G. HERNANDEZ  
*San Miguel, 23*





## EL HIJO DE CORALIA.

### V.

**P**RASCURRIERON muchos días sin que ocurriese ninguna novedad. Daniel iba con mucha frecuencia á la calle del Corail; Mme. Dubois le acompañaba siempre. Ella parecia haberse propuesto ganar el afecto de todas las personas que vivian en la intimidad de los Godefroy. Su buen sentido la hizo adivinar que no podia tener mejor aliado que Mr. Bonchamp.—Un notario se parece siempre á un notario, ha dicho no sé quién. Pero, por lo visto, no conocia á nuestro personaje. Mr. Bonchamp tenia mucho talento, como la mayor parte de sus colegas; por un afortunado efecto de carácter, él se complacia en no ver las cosas sino por su lado bueno. El notario se halla iniciado por razon de su oficio en una porcion de villanías y de ruindades ofensivas á la moral; él es quien asiste á ese drama de los testamentos: el padre que quiere engañar á uno de sus hijos, ó el hijo que quiere distraer en beneficio propio una parte de la herencia del padre, se apresuran á ir en busca del representante de la fé pública, le piden sencillamente un

consejo y se quedan con tanta boca abierta al ver el recibimiento glacial que él les hace. Los notarios, á fuerza de medir las pequeñeces y los vicios, llegan á eso que se llama escepticismo permanente. Mr. Bonchamp era tan escéptico como los demás, pero tenia cierta confianza en la honradez de sus contemporáneos, considerados como colectividad. Él no guardaba de su profesion más que la costumbre de querer descender al fondo de las cosas.

Desde la primera entrevista se habia interesado por Daniel. Edith le queria, y esto bastaba para que él juzgase favorablemente al jóven oficial: «¡Yo creo, solia decir con mucha frecuencia, que los nobles corazones se atraen inevitablemente unos á otros!» Teoría un tanto paradógica, toda vez que en ese caso no habria nunca traicion en la amistad; paradógica ó no, Bonchamp estaba encariñado con su idea. Luego, fué poco á poco estudiando cuidadosamente á Daniel, y el tiempo confirmó aquella simpatía nacida espontáneamente. Ya sabemos que habia simpatizado tambien con Mme. Dubois. Durante los pocos dias que trascurrieron desde su llegada á Montauban, observó á la futura tia de su ahijada, llevado de una viva curiosidad. Habia en la vida de aquella mujer ciertas particularidades que le llamaban la atencion. Indudablemente, ella no habia vivido siempre en sus montañas de Auvernia; él adivinaba una tempestad tras la cuál aquella existencia destruida se habia rehecho en la soledad. Él pensó nuevamente que, á pesar de la afectacion de su traje de labradora, Mme. Dubois conocia la buena sociedad y sus costumbres. En resúmen: ella le interesaba, ella no era una mujer como otra cualquiera.

En todo casamiento hay cuestiones de intereses que es indispensable discutir, y generalmente son los padres los encargados de ocuparse de estos enojosos asuntos. ¡Qué bonita comedia podria escribirse con las preguntas que las partes se dirigen, las absurdas desconfianzas que manifiestan, y el temor de ser robadas que dejan conocer á cada paso con sus maliciosas reticencias! Puede asegurarse que no existe en el mundo nada más cínico que un contrato. Haced la suposicion inverosímil de una turba de presidiarios consti-

tuyéndose en sociedad anónima y redactando un acta: no es posible que ellos adopten mayor número de precauciones que las gentes honradas. En el caso de que se trata, Mr. Bonchamp no tenía que emplear semejantes procedimientos. Él no ignoraba los proyectos de su amigo; Godefroy daba á Edith doscientos mil francos de dote; ella era hija única; además, Cesarina se comprometía á dejarla toda su fortuna: todo esto ahorrraba muchos papelotes y no pocas cláusulas llenas de recelo y desconfianza. Quedaba por arreglar la situación de Daniel. Una noche decidió abordar esta cuestión, y dirigiéndose á Mme. Dubois:

—Dispensadme que os hable de negocios, la dijo; pero puesto que todos deseamos que esos muchachos se casen lo más pronto posible, es preciso que vayamos haciendo los preparativos necesarios. ¿Cuándo podré celebrar con vos una entrevista?

—Cuando gustéis, caballero, contestó ella; mañana mismo, si os parece...

—Perfectamente, añadió Godefroy. Yo ruego á Mme. Dubois que me conceda permiso para acompañarte, porque pudiera ser necesaria mi presencia.

Coralia comenzaba á tranquilizarse; ella no oía hablar de Mr. de Bruniquel. Decíase en la ciudad que el hidalgo había emprendido un viaje; la gente maliciosa encontraba completamente justificada aquella improvisada expedición. ¡Era tan natural que Bruniquel se sintiese lleno de despecho al verlo que ocurría! Ella era la única persona que sabía á qué atenerse. Por lo visto, su antiguo amante, después de reflexionar detenidamente, había adoptado el partido de no revelar aquel importantísimo secreto. Ella, una vez firmado el contrato, podía estar perfectamente tranquila: ¿cómo suponer que Bruniquel dejara que las cosas fuesen tan adelante para intervenir en ellas á última hora? El deseo manifestado por Mr. Godefroy de acompañar á su amigo Bonchamp se explicaba muy naturalmente. Quedaron, pues, los tres citados para el día siguiente, y se separaron aquella noche sin que ocurriese absolutamente nada de particular.

Daniel y Edith consideraban las cuestiones de dinero con

la mayor indiferencia del mundo. Su amor los absorbía por completo. En ellos comenzaba y acababa el universo. Ellos no concebían que hubiera nada que pudiese interesarles fuera de sí mismos. Ellos saboreaban las puras delicias de esas primeras horas de intimidad, cuyo grato recuerdo no se borra jamás de la memoria. Daniel llegaba por la mañana; Edith salía con él sometida á la vigilancia poco rígida de Cesarina. Ellos recorrían los prados esmaltados de flores y los frondosos bosques llenos de dulcísimos murmullos, asidos del brazo, tan pronto graves y ensimismados como llenos de gozo y de alegría; Cesarina los seguía á lo léjos, repitiendo su frase favorita: «¡Qué felicidad! ¡Una novela en mi familia!» Los dos jóvenes leían aquella novela con un entusiasmo indescriptible. Edith conducía á su prometido por caminos que ella había recorrido infinidad de veces. Aquellos pintorescos senderos la parecían completamente nuevos al visitarlos en compañía del elegido de su corazón. El paisaje más insignificante aparecía á sus ojos como una cosa verdaderamente magnífica, y todo paraje, por comun y sencillo que fuese, tenía para ella una poesía particular. Y es que los campos, los bosques, las montañas y los ríos, no tienen más que la belleza relativa que les presta nuestra imaginación. Los enamorados no contemplan la naturaleza con los mismos ojos que los individuos cuyo corazón es indiferente: ellos depositan sus recuerdos en todas partes y dan una importancia casi supersticiosa á las cosas más insignificantes. Aquellos dos seres jóvenes, sinceros y apasionados, cantaban la eterna canción de la ternura, que la humanidad ha tenido siempre en los labios. Ellos eran tan completamente dichosos, que hubieran querido que todo cuanto existía en torno suyo compartiese su placer y su alegría.

La vida de Edith no había comenzado hasta el día en que ella conoció á Daniel, del mismo modo que la de Daniel no había comenzado hasta el día en que conoció á Edith; él y ella se figuraban que habían nacido á la luz al nacer al amor. Para ellos ni siquiera existía un «ayer.» Para ellos no tenían ninguna importancia los hechos anteriores; pero atribuían un valor extraordinario á las cosas más insignificantes, siempre que se hallasen relacionadas con su amor. Ellos se paseaban

aquella mañana, confiados y gozosos, sin adivinar las desdichas de que habian de ser víctimas, porque una de las bondades de la Providencia es arrebatarse el presentimiento á los seres completamente dichosos, como si no quisiese amargar las pocas horas de verdadera dicha que concede.

Daniel y Edith sabian perfectamente que en tanto que ellos se paseaban, Godefroy y Bonchamp se ocupaban de su contrato de boda. ¡Pero esto tenia para ellos tan poquísima importancia! Aquel asunto era una formalidad necesaria, ni más ni menos. Edith habia visto á su padre salir de casa sumamente satisfecho, y la verdad es, que Godefroy comenzaba ya á no quejarse de la existencia. Él manifestó al notario su contento y su satisfaccion, mientras los dos se dirigian al domicilio de Mme. Dubois. El único punto negro que existia para él era la bastardía de Daniel; él no se habia atrevido aún á confiar á Bonchamp aquel secreto, temiendo, á fuer de buen provinciano, que su amigo combatiese lleno de indignacion aquel enlace. Así es, que echaba el resto ponderando todas las ventajas de semejante boda para que llegado el momento de la confesion, pudiese el notario considerar con menos severidad los inconvenientes de un nacimiento irregular.

—Cuanto más lo reflexiono, más satisfecho estoy de mi futuro yerno, decia al cruzar la calle del Moustier. Un porvenir brillante, una gran fortuna, una tia extraordinariamente simpática..... porque no me negarás que su tia es una mujer simpática y encantadora. Yo, si he de decirte la verdad, no habia soñado nunca con un partido tan excelente para Edith.

Mr. Bonchamp replicó con acento flemático:

—Pues señor, ¡no veo la necesidad de que me cuentes todas esas excelencias! No parece sino que yo no he sido siempre de esa misma opinion. A mi juicio, el verdadero mérito de Daniel no está en su fortuna, sino en su persona. Ese jóven es inteligente, honrado y pundonoroso; yo le creo incapaz de toda accion indigna; y por último, él adora á Edith. Aun cuando fuese pobre y de humilde posicion, yo aplaudiria decididamente la eleccion que has hecho. Digo esto para demostrarte que es por lo ménos completamente inútil el que

vengas así derrochando tu elocuencia. ¡Hola! ya hemos llegado.

Coralia los aguardaba, no sin cierto temor. Ella estaba inquieta sin saber por qué; los presentimientos, que tan léjos estaban del ánimo de Daniel y de Edith, la atormentaban de un modo cruel, y en vano procuraba desecharlos. Sin embargo, ¿por qué se mostraba inquieta al pensar en aquel proyecto de contrato que se iba á discutir, siendo así que ella habia adoptado todas las precauciones necesarias?

—Tengo la completa seguridad, señora mia, dijo Godefroy, de que trataremos todas estas cuestiones como verdaderos amigos. Yo soy poco competente en asuntos de dinero, y supongo que, sobre poco más ó ménos, os encontrareis en idéntico caso. ¿De qué quereis que entienda un pobre sábio de provincia?

Él se contoneaba sin darse cuenta de ello al afirmar que no era más que un pobre sábio de provincia. El pobre hombre creia precisamente todo lo contrario. Bonchamp conocia demasiado á su amigo y comprendió la necesidad de evitar que se metiese en un terreno tan completamente extraño á la entrevista; cogió una hoja de papel y un lápiz, y exclamó dirigiéndose á Mme. Dubois:

—Dejemos á Godefroy entregado á sus meditaciones científicas; yo estoy perfectamente enterado de todo cuanto se refiere á Edith. Su padre la dá una suma redonda de doscientos mil francos: consta, además, que será la única heredera de su tia Cesarina Godefroy. Ya veis, señora mia, que por nuestra parte no habrá necesidad de muchas escrituras. Por la vuestra...

—Tampoco necesitaremos muchas más. Mi sobrino tiene una fortuna personal que asciende á novecientos mil francos próximamente. Yo os entregaré una nota circunstanciada, designando los cupones de renta que posee. Se hará constar, además, que yo tambien me comprometo á dejarle toda mi fortuna.

—Perfectamente. Comenzamos por suprimir una porcion de dificultades. ¡Supongo que adoptaremos el régimen de la comunidad! Esto parece ser lo más prudente y lo más lógico.

—Estamos completamente de acuerdo.

—Entonces, señora mia, sólo tengo que ocuparme ya de redactar el contrato en los términos acostumbrados; para que esto quede terminado desde luego, tened la bondad de decirme los nombres y apellidos de los padres de vuestro sobrino, así como también el lugar de su nacimiento.

La frase era bien sencilla. Era, en efecto, una cosa muy natural que Bonchamp formulase aquella pregunta. Sin embargo, la indicación de Bonchamp contrarió á Coralia, que vió en las palabras del notario una encubierta amenaza. Godefroy, por su parte, tosió ligeramente; á pesar de su sabiduría, se encontraba de todo punto desprevenido. Mr. Bonchamp observó en seguida la turbación de su amigo, y aquella turbación le produjo una sorpresa extraordinaria.

—¡Cualquiera diría que te ofusca mi pregunta! exclamó echándose á reír.

—No me ofusca; pero me obliga á revelarte un secreto sumamente delicado que he creído deber ocultarte hasta ahora. Como concierne únicamente á Daniel, no te será difícil comprender mi discreción...

Bonchamp clavó en Godefroy su escrutadora y penetrante mirada; éste, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, continuó en estos términos:

—Mme. Dubois no podrá decirte los nombres y apellidos de los padres de su sobrino, ni el lugar de su nacimiento, toda vez que Daniel es hijo natural...

El notario continuó tan imperturbable como siempre, y se contentó con pronunciar un «¡Ah!» muy filosófico, como indicando que no le preocupaba gran cosa un nacimiento irregular.

—¿Comprendes lo que digo? preguntó tímidamente Godefroy. Daniel, conduciéndose con lealtad y con nobleza, me hizo presente esa circunstancia ántes de pedir oficialmente la mano de Edith. Debo confesarte que en el primer momento la noticia me sorprendió desagradablemente, y hasta comencé por manifestar á Daniel que yo no podía autorizar semejante casamiento. Entonces mi hermana abogó en favor del pretendiente, me reveló el amor de Edith, hizo valer una in-

finidad de razones... y, en una palabra, tuve que acceder á sus deseos; y si tú censuras mi conducta...

—¿Censurar tu conducta?... ¡Estás loco!... ¿Es ó no Daniel un hombre honrado? ¿Le ama ó no le ama Edith? Esto es lo único que yo examino: lo demás me importa muy poco; la bastardía, en estos tiempos, es una desgracia; pero no una mancha.

El rostro del anticuario expresaba una cómica sorpresa; el pobre hombre sentia vivísimos deseos de abrazar á su amigo en prueba de agradecimiento por su amable condescendencia. Bonchamp hacia girar el lápiz entre sus dedos; veíase claramente que experimentaba una gran contrariedad, y que, deseando dirigir á Mme. Dubois una pregunta bastante arriesgada, buscaba inútilmente las palabras que habia de emplear.

—¡Demonio! ¡demonio! exclamó despues de una pequeña pausa, eso modifica un tanto el órden de mis ideas. Yo, señora mia, estoy muy léjos de querer ser indiscreto; pero necesito indispensablemente saber á qué atenerme. ¿De quién tiene Daniel esa fortuna, de su padre ó de su madre?

Coralia no se turbó al escuchar esta pregunta. Ella entraba en un gran peligro que ya tenia previsto. En aquel momento conservaba perfectamente toda su serenidad y toda su audacia; así es que contestó con acento tranquilo:

—De su madre, que era hermana mia. Yo os suplico que nos ocupemos todo lo ménos posible de un pasado cuyo recuerdo me es siempre doloroso. Nuestra familia se hallaba domiciliada en París. Mi padre poseia una gran fortuna. Mi pobre hermana tuvo la desgracia de dejarse seducir por uno de nuestros primos, que estaba casado; ella murió al dar á luz su hijo. Cuando yo enviudé, me consagré exclusivamente á aquel niño, que era el único pariente que me quedaba. Ya sabeis lo demás; esto es todo cuanto yo puedo manifestaros.

Ella lanzó este falso relato con una calma imperturbable. ¿Qué motivos habia para que el notario fuera á poner en duda sus palabras? Coralía no referia nada imposible ó inverosímil.

—Yo comprendo, señora mia, que semejante conversacion debe ser para vos hartó penosa; permitidme, sin embargo,

que insista en una circunstancia de grandísimo interés. Vuestro sobrino carece de nombre, porque sin duda alguna figura en el registro civil como hijo de padres desconocidos. Como vuestra hermana no era su madre, considerada la cuestión en el terreno de la ley, no ha podido dejarle su fortuna por vía de herencia natural. Ha habido, pues, necesidad de redactar un testamento. Será preciso que me indiqueis el nombre del notario que lo tiene en depósito. Además, vuestro sobrino habrá tenido un tutor; estoy seguro de que sus intereses habrán sido perfectamente administrados; pero tened presente que yo me ocupo de este asunto con el doble carácter de amigo y de representante de la fé pública. Por consiguiente, faltaria á mi deber si omitiese el detalle más insignificante. Vos nos anunciáis el deliberado propósito de legar toda vuestra fortuna á Daniel; es una idea generosa que dá la medida de vuestro noble carácter; pero es indispensable que conste el derecho que os asiste para hacer semejante donacion: al efecto, necesito la partida de defuncion de vuestro esposo.

Coralia no perdía ni una sola de las palabras de Bonchamp. El notario se expresaba con tanta lógica y con tanta claridad, que no era posible que ella pudiese llevar á mal ninguna de sus preguntas. Sin embargo, ella extrañaba, que él exigiese tantos documentos para la redaccion de un contrato; semejante exigencia la llenaba de sorpresa y de inquietud. Ella podia satisfacer con gran facilidad algunos de aquellos deseos; una mujer como ella sabia adoptar las precauciones necesarias; ella habia previsto que se le pediria la partida de defuncion de su marido; pero no un testamento hecho por su hermana en favor de Daniel. Sin embargo contestó con gran serenidad:

—¡Pero, señor, si mi pobre hermana no llegó á hacer testamento! Yo era su heredera natural; la fortuna de mi padre se dividia, pues, entre nosotras dos; en su lecho de muerte, ella me encargó que velase por los intereses de su hijo, entregándole pura y simplemente la parte que pudiera corresponderle. Esto es lo que, si no me engaño, se llama en términos jurídicos un fideicomiso. Otro tanto sucede con la cuestión del tutor: Daniel no lo ha tenido. En cuanto á la partida de

defuncion de mi esposo, la he traído, calculando desde luego que sería necesaria.

Bonchamp continuaba revolviendo nerviosamente el lápiz entre sus dedos; movió la cabeza con visible enojo, y exclamó con acento que revelaba su impaciencia:

—Es muy de sentir que no haya habido testamento. La verdad, reflexionándolo bien, comprendo todas las ventajas de un fideicomiso. Según acabais de manifestarnos, erais la heredera de vuestra hermana; por consiguiente, su fortuna pasaba naturalmente á su hijo. Lo que me contraría es la necesidad en que nos vemos ahora de tomar las cosas desde más léjos. Vuestro padre murió en París, ¿no es verdad? Decidme el nombre del notario de vuestra familia, y yo le escribiré pidiéndole una copia del testamento en que figurais como heredera.

Coralia quedó esta vez completamente desconcertada. Ella no creía que la ley fuese tan exigente. ¿Qué necesidad habia de descender á semejantes minuciosidades? Hasta el mismo Godefroy participaba de su asombro.

—La verdad, amigo mio, no te comprendo, dijo visiblemente contrariado. ¿Qué tiene que ver el padre de Mme. Dubois con el contrato de Daniel?

—Confieso que no extraño tu asombro ni el de Mme. Dubois, pero creo estar dentro de la prudencia y de la razon. Cuando me has anunciado el nacimiento ilegítimo de Daniel, me he encogido de hombros, porque yo soy un filósofo que estimo á las gentes por su verdadero valor y no por su valor convencional. Pero es preciso siempre tener en cuenta la opinion de los demás, sobre todo cuando esa opinion es necia. El principal inconveniente de las cosas irregulares es que se prestan á que todo el mundo las critique y las comente. Será imposible ocultar la verdad; si has tenido un momento esa esperanza, eres el hombre más cándido del mundo; la publicacion de las amonestaciones es una pequeña máquina muy sencilla, pero tambien muy indiscreta. El primero que llegue podrá leer: «Promesa de casamiento entre la señorita Edith Juana Godefroy, hija legítima de... y el señor Daniel, capitan de artillería, hijo de nadie.» Puedes estar

bien seguro de que los cuentos y las chinchorrerías irán hasta sabe Dios dónde. Desde Ciudad-Nueva hasta Ciudad-Borbon se extenderá un largo murmullo formado por mil voces diversas, benévolas, mal intencionadas ó indiferentes. Unas y otras producen el mismo escándalo, y como no es posible que las gentes te censuren sin caer en el ridículo por haber concedido la mano de Edith á un hombre honrado, cuya única culpa está en la falta de sus padres, la maledicencia se cebará en la importancia y en el origen de su fortuna. Ya me figuro estar oyendo á la turba multa:—«Me parece demasiado rico para ser un bastardo.»—«¡Ya, ya! ¿quién sabe lo que habrá hecho la madre en sus mocedades?» En seguida, un alma caritativa insinuará que dicha fortuna es de origen dudoso. Luego, esta duda se convertirá en un hecho positivo; despues, se referirán mil detalles tan calumniosos como inesperados. Yo, te digo la verdad: todo eso me exaspera de antemano. Confiesa francamente la situacion. La franqueza es el salvo conducto del honor. Tú debes invitar todo Montauban al acto de la firma del contrato; es preciso que todo el mundo pueda leer que las cosas se hacen honradamente y como corresponde á personas tan honradas como nosotros. «El capitán Daniel aporta novecientos mil francos, legados por su madre, la señorita X..., la cual habia heredado de sus padres; segun consta de tal testamento, depositado en casa de Mr. X..., notario en París. Aporta, además, la fortuna que heredará de su tia Mme. Dubois, viuda de Mr. Dubois, etc.» ¡De este modo evitamos todo género de habladerías. No habrá nadie que ignore que la fortuna de tu yerno es de un origen puro, que la familia de su madre era rica, y que el marido de su tia era rico; las personas peor intencionadas se verán condenadas al silencio, porque ninguna de ellas se atreverá á decir que habiendo nacido Daniel fuera de matrimonio, ha llegado á ser rico por medios reprobados.

Las palabras de Bonchamp produjeron el doble efecto de aterrorizar á Coralia y de entusiasmar á Godefroy. Como todos los espíritus rectos, el anticuario comprendia que su amigo estaba en lo cierto. Los argumentos del notario eran incontrovertibles. Él se puso á palmotear, y lleno de entusiasmo

dió á Bonchamp las más expresivas gracias por aquella luminosa idea que salvaba el lado peligroso de la situación.

Coralia estaba completamente anonadada. Ella lo había previsto todo, excepto lo que era imposible prever. Sus esfuerzos se habían dirigido exclusivamente á la personalidad de Coralia. Ella se había ingeniado para atribuirse una existencia de mujer laboriosa y honrada; ella poseía una partida que acreditaba el fallecimiento de un Mr. Dubois, que era su marido. Ella podía justificar, con documentos á la vista, que una parte de su fortuna, títulos, valores y bienes raíces, provenían del referido Mr. Dubois; pero ¿cómo había de suponer que fuera preciso ocuparse para nada de su padre? Lo peor era que ella comprendía la dificultad de rebatir los argumentos del notario. Ella no sabía qué razones aducir en contra de ellos, y además, temía despertar ciertas sospechas.

—Godefroy aprueba lo que yo digo; ahora, señora mía, sepamos cuál es vuestra opinión.

—Yo, á pesar de las razones que nos habeis manifestado, opino que debemos evitar todo ruido. Creo que lo mejor sería no invitar á nadie al acto de la firma del contrato. En cuanto á encontrar el testamento de mi padre, me parece que ha de ser cosa difícil, por no decir imposible.

—Ya veo que estais poco fuerte en asuntos de derecho. Eso no es imposible, ni siquiera difícil. Los testamentos son de tres clases: ológrafos, cerrados ó hechos ante notario. Los que son ológrafos ó cerrados, deben ser remitidos desde luego y ántes de su ejecucion, al presidente del tribunal del territorio correspondiente; el presidente del tribunal instruye el oportuno expediente haciendo constar el depósito, la apertura y el estado del testamento. Ahora, si vuestro señor padre hizo testamento por ante escribano, habrá sido conservado por el notario de vuestra familia. Ya veis que en cualquiera de los tres casos, nada más fácil que procurarse ese importante documento.

El espanto de Coralia aumentaba por momentos. Ella tropezaba con obstáculos que ni siquiera se le habían ocurrido.

¿Cómo había ella de sospechar semejantes dificultades? Necesitó su presencia de ánimo, su energía y su ternura mater-

nal para continuar tranquila en apariencia. Pero ¡qué tempestad en el fondo de su alma! Ella tuvo valor para sonreírse, y contestó, afectando un tono indiferente:

—Entonces, me veo en la necesidad de rogaros que aplacemos esta cuestion por unos cuantos dias; porque, la verdad, yo no esperaba encontrar estos tropiezos. Se trata únicamente de escribir á mi notario...

—Decidme su nombre, exclamó Bonchamp. Todas esas gestiones deben ser de mi exclusiva competencia. Yo le pondré cuatro letras...

Ella se levantó. ¿Decir el nombre de su notario? ¡Nunca! Mr. Bonchamp descubriría inmediatamente la verdad. Ella sufría un horrible tormento; todo su edificio se venía abajo. Esperanzas, ingeniosas combinaciones, documentos falsos, sutilezas hábilmente hurdidas, todo se desvanecía, como sucede generalmente ante los escrúpulos de conciencia de un hombre honrado. Ella se encontraba en un callejon sin salida; salir de allí era imposible. Negarse á contestar seria despertar una desconfianza que no existia; vacilar haria nacer una duda. Ella no vió más que un medio de salvacion: ganar tiempo. Las mujeres como ella no se confiesan nunca vencidas; hacen frente al peligro, como esas aves acuáticas que nunca vuelan mejor que en medio de las grandes tempestades.

—Vuestra conversacion sobre jurisprudencia me produce cierto aturdimiento, dijo ella. No importa; yo os llevaré esta noche todos los datos que deseais. Yo no tengo ahora más notario que el de Vic-sur-Cére. El de mi familia ha muerto durante mi permanencia en Auvernia, y no he visto nunca á su sucesor, cuyo nombre no puedo recordar en este momento. Yo haré las averiguaciones necesarias y todo irá á medida de vuestro deseo.

Ella contestó con demasiada naturalidad para que Godefroy ó Bonchamp pudieran pensar en replicar ni una palabra. Coralia tuvo un minuto la idea de decir que su padre habia muerto *ab intestato*; pero aún en este caso, la particion de una herencia exige la intervencion de un notario. Además, ella hubiera debido hacer ántes semejante declaracion. No, lo im-

portante era ir ganando tiempo; después ella vería qué partido adoptar. Siempre la quedaría el recurso de influir en el ánimo de Bonchamp para que cambiase de ideas, ó el de preparar otros documentos falsos. ¿Quién sabe si no la sería posible también interesar en su causa á su notario de Vic-sur-Cére, sin que él mismo llegara á sospechar.

Ella dejó á Bonchamp redactar un proyecto de contrato, puesto que aplazaba hasta nueva orden la cuestión que acababa de suscitarse. Ella procuró aparentar que escuchaba con gran atención una porción de detalles de escásima importancia; celebró con fingidas sonrisas las ingeniosas observaciones de Bonchamp, cuya sutileza adivinaba sin comprenderla; y contestó á todo cuanto se la decía sin escuchar ni una sola palabra. Un velo iba poco á poco cubriendo sus ojos. ella no veía ya sino confusamente lo que momentos antes la parecía tan claro. Cuando más se prolongaba la entrevista, más se aferraba á la idea de luchar hasta el último extremo, y con ménos energía se encontraba para tan desesperada lucha. Sus fuerzas hacían traición á su voluntad. Dos asaltos violentos en tan pocos días la dejaban fuera de combate: ¡Bruniquel, primero, y luego Bonchamp! Esto era ya demasiado. Ella podía triunfar del primero conmoviéndole, seduciéndole, obligándole á callar; ella no triunfaría del segundo. Aquí no era ya la voluntad de un hombre lo que se necesitaba vencer, sino un obstáculo material, ante el cual tendría probablemente que estrellarse.

Dióse por terminada la entrevista. Coralia respiró. Ella tenía necesidad de estar sola. Godefroy y Bonchamp se retiraron; afortunadamente ellos no concebían aún ninguna sospecha! El criado de Daniel entregó casi en el mismo momento á su señora la tarjeta de Bruniquel. Este se había presentado durante la conversación referente al contrato, y al ver la puerta cerrada se había retirado. Coralia se estremeció. ¿Qué significaba aquella visita?...

## VI.

Casi á la misma hora, volvian Edith y Daniel de su acostumbrado paseo, alegres, confiados y verdaderamente satisfechos. La mañana era calurosa. Los dos jóvenes seguian el empolvado camino de Cos. En torno de ellos y en todo cuanto alcanzaba la vista, los campos ostentaban sus variadísimos colores: el amarillo de ocre del trigo en sazón y el gris verdoso de la avena se destacaban sobre el fondo rojizo de los bosques abrasados por el sol. Eran cerca de las doce de la mañana. A esta hora las perdices suspenden su monótono canto, acurrucadas en los surcos, y las codornices dejan de lanzar sus invariables trinos; una especie de estupor se apodera de todo cuanto respira; los árboles y los campos dan muestras de cansancio y parecen jadeantes y fatigados.

Edith, animada y risueña, iba removiendo el polvo con sus diminutos piés y escuchando á Daniel que la hablaba de sus muchas y variadas ocupaciones. Detrás de ellos, á unos doscientos metros, la tía Cesarina, que apenas podia ya respirar, pensaba para sí que la novela es una gran cosa; pero que esta gran cosa es mucho más agradable á la sombra que al sol. ¡Qué Daniel y qué Edith!... ¿Podia darse mayor locura que volver tan tarde y precisamente á la hora de mayor calor?... Era preciso estar enamorados para no sucumbir en medio de aquella horrible y asfixiadora temperatura.

—Confieso que me revelais mil cosas tan interesantes como nuevas para mí, dijo Edith. Yo os escucho, y conozco que he de cultivar mucho mi entendimiento si he de ponerme un dia en situacion de comprenderos.

Daniel no tenia nada de pedante; pero estimaba demasiado á Edith para no asociarla anticipadamente á todo cuanto le interesaba. Sea cual fuere su talento, todo hombre tiene siempre un colaborador inconsciente en su mujer, si es

que ha sabido escoger una compañera dotada de buena inteligencia. Para los seres bien organizados, el matrimonio no es solamente la alianza de dos cuerpos y de dos almas; los cerebros se unen también; y casi siempre, con su tacto esquisito de las cosas, la mujer sabe elevarse al nivel intelectual de su marido; luego, no hay placer más grato que iniciar á la mujer que uno ama en sus trabajos y en sus esperanzas, y desarrollar en su imaginación las cuestiones que uno trata de resolver. Todo esto viene á ser una nueva creación que le llena á uno de alegría y de orgullo. Edith no comprendía siempre lo que Daniel la decía, y lo confesaba así ingenuamente, complaciéndose en interrogarle acerca de todo cuanto ella ignoraba.

La conversación tenía giros particulares, pasando de uno á otro asunto, porque inevitablemente él y ella volvían siempre á hablar de su amor, de aquel cariño recíproco que tan estrechamente los unía. Fué preciso una circunstancia, bastante cómica por cierto, para distraerlos de todo cuanto les era personal.

A un kilómetro de distancia de Montauban existe un gran grupo de árboles que parece perdido en medio de los campos. Hay una solución de continuidad entre los sembrados de trigos y de maíz. Un millar de árboles frondosos se elevan en medio de la llanura, alternando con oscuras rocas en que corretean los lagartos. Es una especie de oasis para el peatón rendido de fatiga que quiere descansar á la sombra antes de entrar en la ciudad. Las hayas seculares y los enormes robles confunden su espeso ramaje formando un delicioso cobertizo. El musgo espeso tapiza el suelo, y de trecho en trecho aparecen grandes matas de retama salpicadas de oro, que tachonan la verduzca alfombra.

Los dos jóvenes divisaron desde lejos un personaje extrañamente vestido, que gesticulaba vuelto de espaldas á la carretera; hallábase casi á la entrada del grupo de árboles, y se entregaba á tales maniobras, que cualquiera lo hubiese tomado desde luego por un loco. Revolcábase por el suelo, luego se levantaba precipitadamente, arrojaba al aire su enorme sombrero de paja, y cruzándose de brazos permanecía in-

móvil, en la actitud de un santón situado á la puerta de una mezquita.

Daniel y Edith lanzaron una estrepitosa carcajada al contemplar aquel sér estrambótico, en quien luego reconocieron á Claudio Morisseau.

Veíanse enfrente del pintor un caballete y un estudio á medio bosquejar. El desdichado artista llevaba una blusa azul horriblemente súcia, que él consideraba como un título de gloria; cuanto mayor número de manchas habia en la blusa, más satisfecho y gozoso se mostraba. En todos los troncos de los árboles inmediatos aparecian las roeduras de su paleta. Él consideraba que todo esto reflejaba ese desórden que siempre vá unido al génio. El estudio que acababa de ejecutar sólo era un acinamiento de colores colocados sobre el lienzo del modo más disparatado que puede nadie imaginarse; habia prodigado la tierra de Siena, la sépia y el negro, creyendo obtener un fondo muy pronunciado sobre el cual se destacaban unos árboles pintarrajeados con un azul terriblemente chillon. Como era natural, se embelesaba contemplando aquella obra maestra. Revolcábase sobre el césped, arrojaba al aire su sombrero de paja y se cruzaba de brazos llevado únicamente de la admiracion que su cuadro le producía. Estaba loco de entusiasmo; y como hubiera creído, sin duda, ser un gran egoísta no comunicándoselo á nadie, corrió apresuradamente al encuentro de Edith tan pronto como la vió. Cogió una de sus manos, y sin darla siquiera los buenos dias, sin acordarse ni áun remotamente de que él era uno de sus supuestos adoradores, la llevó medio arrastrando hasta el pié del caballete:

—¡Vamos á ver! ¡Fijaos bien en eso! ¡Qué color, amigos míos, qué color!... ¡Confesad que este es el cuadro del siglo!

Y como Edith y Daniel se callaban, haciendo grandísimos esfuerzos para no soltar el trapo á reír:

—¡Dígase lo que se quiera, repuso con la mirada centelleante, la naturaleza es azul!

Y despues de esta frase extraordinaria, volvió á sentarse sobre su silla de tijera, cogió su brocha con mano febril, y se dispuso á proseguir su hacinamiento de colores, sin volver á

acordarse para nada de los dos enamorados jóvenes. Estos emprendieron nuevamente el camino de Cos riéndose á carcajada tendida y acompañados en esta ocasión por Cesarina, que pudo alcanzarlos, gracias á la estación que habían hecho ante el cuadro de Claudio Morisseau.

Fué preciso explicar á Cesarina lo que motivaba la hilaridad de su sobrina y de Daniel. La frase de «¡Dígase lo que se quiera, la naturaleza es azul!» tuvo el privilegio de alegrar hasta tal punto á la vieja solterona, que se vió obligada á apoyarse en el brazo del joven. Él la dijo entonces que existen unos pobres locos, gente por lo demás inofensiva, que quieren pintarlo todo de color azul, so pretexto de que la sombra producida por un sol sumamente vivo, es necesariamente de aquel color.

Todavía seguían riéndose los tres, cuando tuvieron un nuevo encuentro á la entrada de Montauban: Mr. de Bruniquel se paseaba sólo por la carretera.

Desde su entrevista con Coralia, el pundonoroso hidalgo estaba sumamente inquieto. Temía no ser imparcial y escuchar su interés más bien que su conciencia. Si enteraba á Godefroy de lo que ocurría, cumplía con su deber bajo el punto de vista de las leyes del mundo; pero él, bajo su punto de vista personal, creía faltar á la delicadeza. Recordaba que después de haber reconocido á Coralia en Mme. Dubois, se alegraba como de una victoria de aquel inesperado descubrimiento. En lucha con estas encontradas ideas, y no sabiendo qué partido adoptar, decidió elegir á Daniel por juez de su propia causa; no se proponía revelarle el pasado de Coralia: esto hubiera sido una infamia; pero podía preguntar al joven su opinión, sin que éste sospechase el objeto de las preguntas que se le dirigían.

Bruniquel se encaminó, pues, hácia la calle de Ingres; Daniel no estaba en su casa; Mme. Dubois no recibía. Reflexionándolo detenidamente, Bruniquel se alegró de que su visita hubiese sido inútil. Era mucho mejor que aquella conferencia pareciese puramente casual. Él sabía que Edith y Daniel salían á pasear juntos todas las mañanas; él podía hacerse el encontradizo en la carretera. En cuanto los divisó á lo lejos, se acercó á ellos, ofreció el brazo á Cesarina, y dijo algunas de

esas frases vanales que todo el mundo pronuncia en semejantes casos. Dió sus excusas por no haber parecido por la calle del Corail en aquellos últimos días, atribuyéndolo á su reciente viaje; procuró mostrar una gran naturalidad, y lo consiguió fácilmente.

En realidad, no habia nada en su conducta que diera lugar á que Edith ó Daniel le pusiesen mala cara. Desde que el casamiento de ambos jóvenes estaba anunciado oficialmente, Bruniquel no se habia separado ni un momento de la actitud propia de un hombre que conoce el trato de gentes y sabe vivir. Verdad es que Daniel le miraba con cierta prevencion, pero comprendia que no debia mostrarse airado con un rival de quien acababa de triunfar. Así es, que no le produjo ninguna extrañeza el ver que Mr. Bruniquel los acompañaba hasta la calle del Corail. Su asombro comenzó cuando llegaron á la casa de Mr. Godefroy. Generalmente Daniel se despedia de Edith en la puerta de la calle, é iba á almorzar con su tia.

—Permitidme que os acompañe un ratito, le dijo Bruniquel. Los dos llevamos la misma direccion, y puesto que he tenido el gusto de hallaros en mi camino, os suplico que me deis un consejo.

Daniel le miró con cierta sorpresa, y acabó por sonreirse.

—No extrañeis lo que os digo; desde esta mañana (ya sabéis que llegué anoche de mi último viaje), experimento una verdadera inquietud, una especie de remordimiento. Temo haber cedido á un movimiento irreflexivo en un paso que acabo de dar, y quiero pedir os vuestro parecer, como se lo hubiera pedido á Mr. Godefroy si le hubiese visto ántes que á vos.

Mr. de Bruniquel continuaba mostrándose extremadamente cortés con su interlocutor, y nunca habia dejado adivinar los celos que sentia. Puesto que se expresaba con tan extraordinaria afabilidad, Daniel se hallaba en el caso de contestarle de la misma manera. Además, se trataba de dar un consejo, y entre personas regulares, nadie puede negarse á prestar esta clase de servicios.

—Estoy completamente á vuestras órdenes, caballero.

—Ved de lo que se trata. Yo he tenido que ausentarme de Montauban durante algunos dias con objeto de impedir que se verifique un suceso sumamente grave. Un amigo mio de Marsella tiene una hija que le ha sido pedida en matrimonio por un jóven bastante rico, que parecia pertenecer á una honrada familia. Pero es el caso que yo conozco varios detalles sumamente tristes é ignorados por todos; el padre de ese jóven está en presidio. Yo no he vacilado; he ido á Marsella, he revelado ese secreto, y el proyectado matrimonio ha quedado completamente deshecho. Ya veis que hasta ahora el asunto de que os hablo sólo ofrece el interés de una de tantas gacetillas como aparecen diariamente en los periódicos. Desgraciadamente, lo que aún queda por decir, es un poco más complicado. Los novios se adoran y consideran como una verdadera desgracia la ruptura de ese casamiento. Esto me ha hecho reflexionar; yo me pregunto si he obrado bien refiriendo lo que sabia. Mi conciencia es un poco reparona y anda mortificándome más de lo que yo quisiera: tal vez hubiera sido más prudente no despegar mis lábios; despues de todo, las faltas son personales, y porque un individuo esté en presidio, no ha de deducirse que su hijo sea un miserable. Hé aquí lo que yo me pregunto: ¿he obrado mal? ¿he obrado acertadamente? Vuestra respuesta no cambiará el aspecto de las cosas; pero tal vez consiga ponerme en paz conmigo mismo.

Era imposible hablar con mayor naturalidad. Daniel no debia ya extrañar ni la pregunta ni los términos en que le era presentada. Todos los dias sucede que una persona amiga ó conocida os pide su opinion en un caso semejante. Él contestó con la franqueza que le era habitual:

—Creo que habeis obrado acertadamente.

Bruniquel sintió oprimido su corazon. ¡Daniel se condenaba á sí mismo! Éste añadió despues de una breve pausa:

—Yo opino que en todas circunstancias debe uno mirar por el honor de sus amigos.

—¿De modo que si os hubiéseis hallado en mi lugar hubiérais obrado del modo que yo lo he hecho?

—Sin vacilacion de ningun género. Vos habeis cumplido con vuestro deber, y no sois en modo alguno responsable de

las consecuencias de vuestra acción. Si ese casamiento ha quedado roto, nadie tiene derecho para consideraros como autor de semejante contratiempo. El padre de la novia podía muy bien perdonar á su futuro yerno el crimen de que en realidad no era culpable.

—Es verdad, pero yo solo debo considerar el resultado de mi revelación.

—¡Y qué importa, si esa revelación os ha sido dictada por vuestra conciencia!

—¡Pobre Daniel! Su franqueza y su lealtad se convertían en sañudas enemigas. Él abogaba en contra suya; su noble carácter aprobaba de antemano la conducta de Bruniquel. Éste se echó en cara á sí mismo el haber tendido al joven aquel lazo, y sin embargo, Daniel no hacía más que repetir lo que él mismo se había ya dicho.

—Considerando en globo la cuestión, estais en lo cierto, indudablemente, mi querido capitán. Pero yo no sé si sucederá lo mismo considerándola del modo que yo lo hago. Esos dos jóvenes se aman, y hoy son desgraciados por culpa mía.

—Si su amor es profundo é inmutable, su separación sólo durará un breve período. Quedad en paz con vuestra conciencia. Suceda lo que quiera, nada teneis que echaros en cara, toda vez que habeis obrado con arreglo á los fueros de vuestra conciencia.

—Sí, pero á lo ménos convendreis en que es sumamente sensible hacer que recaiga en un honrado joven el peso de la falta cometida por su padre.

Daniel se sonrió. Él había contestado á Bruniquel en los términos que creía más acertados. La cuestión se colocaba ya en otro terreno distinto.

—Observad, añadió, que habeis tenido la bondad de consultarme acerca de un caso especial. Yo os he contestado con toda lealtad lo que pensaba acerca de esa cuestión. Ahora, la conversación toma ya otro giro; vos os referís á la gran teoría de la responsabilidad. Permitidme guardar silencio, porque tengo respecto de ese asunto unas ideas tan particulares, que tal vez os pareciesen verdaderas paradojas.

—Nada de eso, replicó vivamente Bruniquel. Tengo ver-

dadero interés en conocer completamente vuestra opinion.

—Pues bien, yo os diré que he estudiado el sistema de Darwin, acerca de la filiacion de los séres, y he deducido de él consecuencias tan crueles como lógicas. El ilustre naturalista inglés ha desquiciado la ciencia usando casi del mismo sistema empleado por Cronwell para disolver el Parlamento. Ya sabeis que él ha dividido todo cuanto vive, los hombres, los animales y las plantas, en dos grandes familias: la de los vencidos y la de los vencedores. Tal especie será vencida porque carece de medios de defensa, y tal otra será vencedora porque está constituida para triunfar. La una, débil desde su origen, ha trasmitido su debilidad á sus descendientes; la otra, fuerte, ha trasmitido su fuerza. ¿Acaso no sabemos que los animales heredan los unos de los otros sus cualidades ó sus vicios. El hijo de la hiena será fatalmente cobarde; el cachorro de la leona será fatalmente bravo. Yo, por mi parte, creo que lo que la ciencia ha reconocido exacto bajo el punto de vista físico, es verdad bajo el punto de vista moral. Herédase no solamente la belleza ó la fealdad de las formas, sino tambien las virtudes y los vicios. Hay muchas probabilidades de que el hijo de un hombre honrado sea un hombre honrado, y de que el hijo de un infame sea tambien un infame. El principio hereditario de la nobleza no reconoce otro fundamento, y áun entre las distintas clases de nuestra sociedad contemporánea, en que la idea de honradez ha venido á sustituir la idea de nobleza, no vereis nunca que una familia de buenos antecedentes adquiera lazos de parentesco con una familia desacreditada. Esto es injusto, esto es espantoso, concedido. Sin embargo, vos no negareis la evidencia. Yo veo que mi teoría os sorprende sobremanera; no la considereis, pues, sino como una fantasía filosófico-original.

Bruniquel estaba algo más que sorprendido. Daniel conmovia profundamente su ánimo, porque no decia ni una sola palabra que no fuese su propia condenacion. El hidalgo estaba muy poco versado en la historia natural y apenas tenia conocimiento de las teorías de Darwin; además, no pensaba en seguir al capitan por aquel extraño campo de la filiacion de los séres. Lo único que sacaba de aquella conversacion era

la conveniencia humana y social. «No vereis nunca que una familia de buenos antecedentes adquiera lazos de parentesco con una familia desacreditada.» ¡Y era el hijo de Coralía quien hablaba de este modo!...

—Yo quedo altamente satisfecho de vuestra excesiva amabilidad. Gracias á vos, he logrado quedar en paz con mi conciencia.

Separáronse á la puerta de la casa del capitán, y Bruniquel se fué pensando en esa ley misteriosa, que hace pesar eternamente el crimen del culpable sobre el mísero inocente. Hablando en tésis general, podia considerarse como verdadera. El heredero de una familia ilustre ú honrada tiene ante sí abiertos todos los caminos. No encuentra más que protectores ó amigos. La sociedad cree fácilmente en la trasmision del talento y de las virtudes; como decia Daniel, esta es la única explicacion de la nobleza hereditaria. De igual modo, el hijo de un criminal ó de un ladrón tropieza con obstáculos que se renuevan incesantemente. «¡Preocupaciones!» dicen algunos. Bruniquel se preguntaba si las preocupaciones eran tal vez verdades oscuridades que subsisten de un modo indeterminado en el alma de los pueblos. Aquella conversacion con Daniel despertaba en su ánimo inesperadas reflexiones. En el caso especial que le preocupaba, no tenia ya el menor asomo de duda. Él avisaria á Godefroy sin perder un sólo momento; pero luego, considerando la cuestion desde un punto más elevado, lamentaba la crueldad irónica de la vida. ¡El hijo de Coralía obligado por sus estudios y por sus creencias filosóficas á excluirse de la virtud y del honor! ¡El anticuario rompería el proyectado casamiento de Edith, y todo quedaria terminado! Daniel ignoraria siempre, afortunadamente, quién era su madre; dadas las ideas que él abrigaba, sufriría demasiado. Además, ¿no era él mismo la condenacion viva de estas ideas? Todo el mundo le estimaba; su reputacion estaba libre de toda mancha: era noble, delicado, expansivo, bueno y cariñoso. Coralía, una mujer perdida, habia dado á luz un hijo digno de pertenecer á una familia ennoblecida por una larga tradicion de honor. Verdad es que él podia haber heredado las virtudes de su padre; pero Bruniquel no

era hombre capaz de engolfarse durante mucho tiempo en reflexiones de un orden tan especulativo.

Tenia un deber que cumplir, según la propia expresión de Daniel; esto es lo que él veía con mayor claridad. A pesar del ardiente sol que lanzaba sobre el ampedrado sus implacables rayos, se paseó de un lado para otro por la calle de las Acacias, pensando en la manera de abordar una conversación cuyo tema era tan excesivamente delicado. Era bastante difícil ir á casa de un amigo y decirle: «Sabed, caballero, que vuestro futuro yerno es hijo de una bribona...» Bruniquel comprendía cada vez más que no hay nada tan complicado como el mezclarse en los asuntos ajenos. Al principio todo parece muy sencillo; pero reflexionándolo bien, casi llega uno á creer que los egoístas no están completamente en un error.

—Pues señor, ¡qué se le ha de hacer! pensó para sí; mi conciencia está perfectamente tranquila, gracias á ese pobre Daniel; demasiado me he ocupado ya de mi propia personalidad. Que Godefroy lo tome como mejor le parezca, poco me importa.

Bruniquel se detuvo de pronto. En honor de la verdad, su conciencia no era muy escrupulosa. Indudablemente, el mismo Daniel le dictaba la conducta que debía seguir. ¿Pero estaba seguro de no obtener cierta ventaja en todo aquello? Volvía poco á poco á sus primeras ideas. Una vez roto el proyectado casamiento, habría fatalmente un gran escándalo, y la familia de Edith consideraría como una verdadera fortuna el hallar un hombre como Bruniquel que se prestara á casarse con una heredera comprometida. ¡Pero no! él no quería tener que echarse nada en cara. Desde aquel momento, renunciaba todos sus derechos á la mano de Edith. Se alejaría de Montauban después de llevar á cabo su tristísima misión; de este modo su conciencia no tendría absolutamente ningún motivo para increparle. Quedaba aún por resolver la manera de entablar la conversación con Godefroy. Bruniquel se dió un golpe en la frente. Lo que debía hacer era decírselo todo á Bonchamp. ¿Cómo no se le había ocurrido ántes un expediente tan sencillo?... ¡Esto era lo más natural y lo más cómodo que podía darse!

El notario vivía en una antigua casa situada en el centro de la ciudad. En la planta baja tenía establecido su despacho, que constaba de habitaciones oscuras, muy altas de techo con grandes ventanas defendidas por sólidas rejas, tras de las cuales se veían los descoloridos y avinagrados rostros de los escribientes. El uno, con la pluma en la oreja, examinaba un expediente; el otro escribía con esa descuidada atención que tiene cada cuál en su respectivo oficio. Encima del despacho, en el piso principal, estaba la habitación particular del Mr. Bonchamp: una «habitación de pueblo;» como descripción, esto basta. Estaba durmiendo la siesta cuando le anunciaron la visita de Mr. de Bruniquel. Mr. Bonchamp repitió dos veces el nombre del hidalgo en tanto que se restregaba los ojos. Durante mucho tiempo, aquella era la primera vez que Mr. de Bruniquel se presentaba en su casa. Ellos se veían casi todos los días en la tertulia de Godefroy, y ni el uno ni el otro habían creído nunca necesario intimar un poco más sus relaciones.

—Supongo, dijo tendiéndole la mano, que vendreis en busca del notario y no del hombre. ¿Teneis acaso intención de adquirir alguna propiedad en Montauban?

Él leyó en el rostro de Bruniquel una firmísima resolución, y comprendió, con su penetración de hombre de mundo, que el objeto de la visita era importante. Lanzó dos ó tres exclamaciones de sorpresa, y luego, aproximando un sillón, exclamó:

—Empezad por tomar asiento, porque, si no me engaño, nuestra conversación será larga. No extrañeis mi perspicacia: es requisito indispensable en un notario.

Lo habeis adivinado, amigo mio, y vuestra perspicacia, como vos mismo decís, me permite abordar con mayor facilidad el delicado asunto de que quiero hablaros. Se trata del proyectado enlace de Mlle. Godefroy. En primer lugar, permitidme que os dirija una pregunta: ¿Sabeis que yo amo á Mlle. Edith?

Mr. Bonchamp se sonrió; una sonrisa equivale muchas veces á una respuesta. Bruniquel lo comprendió así y prosiguió diciendo:

—Creo que me conocéis lo bastante para profesarme algun afecto, ya que no una verdadera amistad. Vos me suponeis, por lo tanto, incapaz de todo cuanto pudiera parecerse á una pÉrfida insinuacion..... Yo me apresuro á manifestaros que al decidirme á dar este paso, renuncio á toda pretension á la mano de Mlle. Godefroy. Los hombres como yo pueden hacer una advertencia, pero no una denuncia. Vuestra ahijada no puede casarse con el capitan Daniel.

Bonchamp permaneciÓ impasible aparentemente; pero no hubiera sido preciso examinarle muy á fondo para notar su turbacion. Aquella frase pronunciada por aquel hombre envolvía una verdadera gravedad.

—Mme. Dubois no se llama Mme. Dubois. Yo la he encontrado en otro tiempo en la vida parisiense, pero con otro nombre; ella se llamaba entÓnces Coralia. ¿No recordais por casualidad haberme oido hablar de ella? La fortuna que esa mujer posee ha sido recogida en el fango; Daniel no es su sobrino, sino su hijo. El amor maternal ha hecho que cambie por completo el género de vida de esa desdichada; yo he recibido su dolorosa confesion, yo he asistido al drama desgarrador de esa madre que ve cómo se hunde, por culpa suya, la felicidad de su hijo. Hace ya una porcion de dias que vengo consultando con mi propia conciencia el partido que debo adoptar. Yo me he sentido, desde el primer momento, presa de una verdadera indignacion; yo no podia avenirme con la idea de que una jóven como Edith se casase con el hijo de Coralia; luego, el amor de esos dos jóvenes me ha hecho reflexionar. He temido obedecer á un sentimiento interesado; he hecho que Daniel sea juez de su propia causa, sin revelarle la verdad, y él mismo se ha condeñado. En seguida he venido á decíroslo todo. Decidid vos ahora.

Bonchamp estaba extraordinariamente pálido. Aquella revelacion le trastornaba por completo. En los primeros momentos no le fué posible pronunciar ni una sola palabra. LevantÓse y comenzÓ á pasearse agitadamente, con las manos cruzadas y moviendo la cabeza: ¡Coralia y Mme. Dubois! Él asociaba mal estos dos nombres. La idea que él se formaba de una cortesana célebre, de una aventurera á la moda, era

muy distinta. Luego, con la rapidez que adquiere el pensamiento en los momentos críticos, recordó la conversacion en que habia tomado parte aquella misma mañana. Mme. Dubois se habia negado á decir el nombre de su notario y habia puesto un especial cuidado en no dar ninguna indicacion acerca de su vida pasada. Ella desempeñaba tan admirablemente su comedia, que, á no mediar aquella circunstancia, talvez Bonchamp no hubiera acabado de dar crédito á las palabras de Bruniquel. En efecto, ella no habia presentado ni habia prometido presentar más que un sólo documento, la partida de defuncion de su marido. Estos documentos pueden falsificarse fácilmente. A todo lo demás, oponia respuestas dilatorias. Recordó la turbacion de Mme. Dubois á propósito del testamento de su padre. Al tratarse de esto, ella se habia apresurado á contestar que seria imposible encontrarlo. Él adivinó el secreto terror de aquella mujer.

—Yo os doy mil gracias en nombre de Godefroy y tambien en nombre mio, mi querido Bruniquel, dijo por fin. Comprendo perfectamente lo sensible que os habrá sido el tener que dar un paso semejante. Ahora voy á dirigiros una sola pregunta: ¿Qué ha hecho ella al reconocer?

Bruniquel refirió al notario todo cuanto habia ocurrido desde la noche en que Coralia se desmayó al verle entrar en el salon, y cómo fué ella á su casa, pocas horas despues, para suplicarle que se callase en nombre de la dicha de su hijo.

Bonchamp le escuchaba lleno de espanto. A no haberse encontrado Bruniquel en Montauban, Edith hubiera llegado á ser la nuera de una Coralia. Ni áun las dificultades suscitadas por la mañana á propósito del contrato, hubieran bastado para impedirlo. Una mujer como aquella, era capaz de vencer todo género de obstáculos.

El notario pareció irritado consigo mismo al ver cómo se habia dejado coger en tan groseros lazos. Coralia le habia gustado, y mucho. En aquella ocasion, su famosa perspicacia le habia abandonado por completo.

—¿Y creéis que Daniel sospecha algo de todo esto?

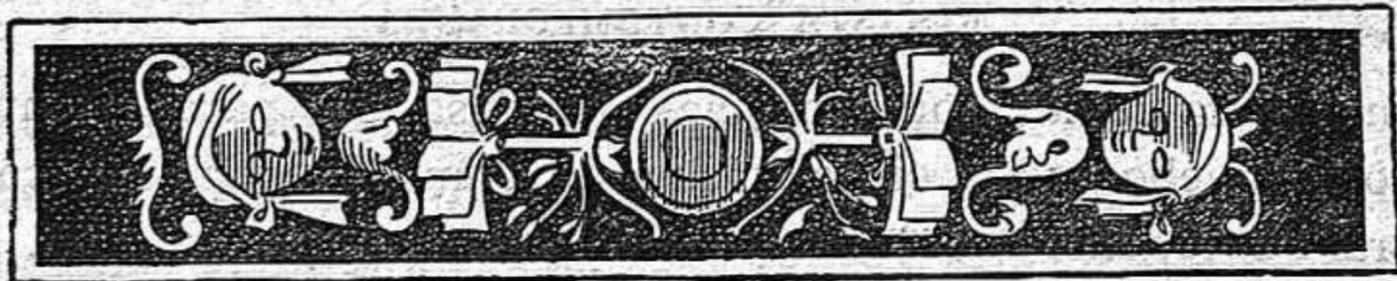
—¡Pobre jóven! Estoy seguro de que ha de costarle la vida el descubrimiento de semejante secreto.

Bonchamp entrevió entonces los desastres que iban á acumularse. En primer lugar, el casamiento de Edith era imposible; la jóven sufriria tanto más, cuanto que nadie podria decirle por qué no debia ya casarse con Daniel. El notario conocia la naturaleza ardiente y al mismo tiempo tranquila de su ahijada. Ella habia dado su corazon, y en ningun caso lo retiraria. ¿Razona acaso el amor? ¿Es posible que la pasion discuta? Todas las frases que se la dirigiesen, no lograrían evitarla ningun sufrimiento, toda vez que ella amaba. ¿Quién sabe si se prestaria á separarse de su prometido? Todos estos problemas envolvian una verdadera gravedad. Lo primero que debia hacerse era advertir á Godefroy, y los dos amigos, de comun acuerdo, adoptarían la resolucion que juzgasen más acertada.

—Vuelvo á daros mil gracias, amigo mio. Confieso que vuestra revelacion produce en mi ánimo un extraordinario desconcierto. Os habeis conducido como cumple á un caballero; ahora nos toca á nosotros cumplir como personas honradas. Temo que no ha de sernos posible evitar el escándalo que necesariamente habrá de producirse. En fin, ¡Dios nos asista!

ALBERTO DELPIT.





## INUNDACIONES DEL DUERO.



AS inundaciones están á la órden del dia. Primero, rios secundarios y de engañoso nombre, como el *Segura*, se han desbordado en las regiones de Levante, arrastrando cuanto se halló al alcance de las aguas, convirtiendo en fangal el perpétuo jardin que embelleció las huertas de *Múrcia* y de *Lorca* y trocando en luto el alegre aspecto de las gentes laboriosas que las pueblan y cultivan. Despues, parecidos extragos han ocurrido por avenidas extraordinarias de los afluentes del *Ebro* en *Cataluña* y *Aragón*; *Andalucía* y *Castilla* han estado á punto de ver sus campiñas assoladas por la extraordinaria crecida de las corrientes que las cruzan, y hasta á las islas *Canarias*—siempre sedientas—ha llegado el azote, cambiándose los regatos en torrentes, que se han llevado con ímpetu tremendo la capa vegetal del terreno, dejando al descubierto la estéril roca volcánica que sirve de cimiento al Archipiélago.

Si la calamidad que España ha sufrido sirve de leccion para lo sucesivo, todavía habrá que considerar en ella algo de bueno, y, por tanto, conviene aprovechar estos momentos en que nuestro carácter impresionable se halla bajo la penosa

influencia de las consecuencias del desastre, para intentar todo aquello que la ciencia aconseja como preservativo contra su repetición. De no hacerlo en el acto, sucederá lo mismo que con la galerna del Cantábrico, que igualmente conmovió los ánimos con terribles desgracias, pero de la cual ya nadie se acuerda.

Conviene, pues, recordar que no es un hecho aislado la crecida de los ríos en el invierno presente; que las inundaciones se suceden con harta frecuencia sin que se haga más que lamentar los daños y las pérdidas, luego que se descubren, como se lamentan los efectos de la sequía, mirando en una y otra ocasión el raudal que corre ó se desliza en dirección constante del Océano, por puro pasatiempo.

Con este propósito voy á reseñar algunos de los daños ocasionados por un río, que si esta vez no ha salido de madre, como los que desembocan en el Mediterráneo, ha crecido también por encima de los límites que de ordinario marcan su cauce, llevando la alarma á las provincias que recorre en los dos reinos de la Península.

Las excelencias del *Duero*, que éste es el aludido, han dado origen á no pocos proverbios, algunos referentes á la calidad de sus aguas, hiperbólicos de sobra, como el que dice:

«Agua del Duero,  
Caldo de pollo.»

ó como el análogo:

«Vive en ciudad,  
Por mal que te vaya:  
Come carnero,  
Por caro que valga:,  
Bebe del Duero  
Por turbio que vaya.»

A otros que explican la delicadeza de los peces que cria, diciendo, con más razón que los anteriores:

«Anguilas, del Duero.»

Y segun Francisco Delicado, festivo escritor del siglo XVI,

autor de *La Lozana Andaluza*, al que en su tiempo era muy comun, de

«P..... de Toro  
Y trucha del Duero.»

No hay para qué explicar el fundamento de este último, del cual trató también el muy reservado D. Antonio de Guevara, obispo de Mondoñedo y predicador y cronista del emperador Carlos V.

El caudal enaltecen los muy conocidos de

«Soy Duero,  
Que todas las aguas bebo»

y

«Duero y Duraton,  
Arlanza y Arlanzon,  
Pisuerga y Carrion,  
En la puente de Simancas juntos son,»

aludiendo á los muchos é importantes afluentes que cuenta, sin que rebaje su cuantía el de

«Duero lleva la fama  
Y Pisuerga le dá el agua.»

El Duero así afamado, atraviesa la provincia de Zamora sin otra utilidad para ella que el movimiento de algunos molinos harineros y contados cañales que recogen anguilas y barbos en exígua cantidad, perteneciendo á la historia la concesion que el rey Felipe III otorgó en 1607 para hacerlo navegable desde Zamora á Valladolid; el más vasto proyecto que en tiempo de su sucesor acarició Martin Gil de Córdova, natural de Medina del Campo, con autorizacion acordada en Monzon en 7 de Marzo de 1626 para la comunicacion fluvial desde Soria á Oporto; los estudios que para la primitiva idea de canalizacion por Duero y Pisuerga, de Zamora á Valladolid, hizo en 1851 el ingeniero D. Antonio Revenga, y los de D. Nicolás Malo, enunciados en el escrito que publicó en Madrid en 1850 con el título de *Estudios sobre el proyecto euro-*

*peo de la union de los mares Mediterráneo, Cantábrico y Atlántico por el Ebro y el Duero, el canal Imperial y el de Castilla, ó sea pensamientos sobre la navegacion interior oriental y septentrional de España.*

Pero si el caudaloso Duero no concede transporte económico á los frutos ó producciones de la provincia, ni riega ni fecunda las tierras que se extienden por sus márgenes, sube de vez en cuando encima de ellas, y arranca y lleva los pocos árboles que por allí quedan, las casas, y todo cuanto ofrece resistencia á su corriente desbordada, y esto no lo expresan los refranes, acaso porque no es culpa del rio que suceda, sino de los que no han procurado aprovechar el beneficio que les concedió la naturaleza poniendo en sus manos un elemento que otros envidian, y que castiga la incuria tornándose en azote.

La primera ó más remota noticia de estragos causados en Zamora por el Duero, que he visto, se halla en la *Segunda parte de la Historia general de Santo Domingo*, escrita por el reverendo maestro fray Fernando de Castillo, de la misma orden, impresa en 1592. Tratando del monasterio de las Dueñas de Zamora, dice que los documentos y memorias de su fundacion se perdieron en una avenida del rio que inundó el convento cuando estaba dentro de la ciudad, despues de lo que se trasladó á la otra parte de la puente, el año 1264.

Parcena y Quadrado en su obra *Recuerdos y Bellezas de España* vienen despues, en orden cronológico, expresando «que el 24 de Enero de 1310 una avenida se llevó el puente viejo que algunos han supuesto de origen romano.» La fecha será exacta en cuanto se refiere al siniestro, mas no así respecto al puente, cuyas ruinas se hallan de la parte de San Frontis, que algunos llaman del *puente de San Atilano* (y segun conseja antigua, se derruyó despues del paso del Santo, perseguido por los sarracenos), que evidentemente es de fábrica romana, y hay fundamentos para creer que se arruinó en un cataclismo ocurrido el siglo X. Antes del reinado de D. Pedro existia el puente de Zamora en el sitio que hoy ocupa, y éste sería el que las aguas derrocaron el año de 1310.

Una cédula de los Reyes Católicos expedida en Barcelona

á 22 de Febrero de 1493, concediendo á la ciudad sisa de 300.000 mrs. para reparar la puente, acredita que en el invierno hubo otra gran creciente que ocasionó los desperfectos que reclamaban compostura.

En 1545 y en 1556, causó nuevos destrozos el Duero, quedando en la primera de estas fechas interrumpido el paso del puente en términos de ser necesario establecer una barca, y siendo aún mayores las avenidas en la segunda, en que no sólo se arruinó un arco, sino que se resintieron las torres, siendo preciso reconstruirlas.

Antes de concluirse la obra se recomenzó por efecto de la creciente del año de 1586. El padre fray Juan Antonio Dominguez, en la *Crónica seráfica de la provincia de Santiago*, parte tercera, año 1750, apunta que la inundacion formidable que padeció la ciudad en 1586 arruinó el archivo del convento de monjas de Santa Clara (que estaba junto al Duero, no léjos de la ermita de Santiago el Viejo), perdiéndose insignes memorias.

Sucedió otra inundacion en 1597 que arruinó todo el paredon de San Francisco y descarnó los estribos del puente: por su importancia mereció los honores de descripcion en verso, que lleva por título *Relacion verdadera de los daños que hizo la creciente del Pisuerga en la ciudad de Valladolid, compuesto por Francisco Hurtado, Pinciano. Con dos romances del suceso de Salamanca y Zamora*. Son cuatro romances y una letrilla que por su mucha rareza no he logrado ver, sabiendo solamente que el de Zamora empieza:

«Despues que Pisuerga y Duero.»

El libro de acuerdos del ayuntamiento de la ciudad hace constar que, «la creciente del rio fué la mayor que jamás se ha visto por los que son vivos, ni oido ni leido por nadie.»

Empezó el 14 de Enero, invadiendo á poco el mercado, frente de San Julian, Santo Tomé y toda la parte baja, cayendo las casas sin tiempo para sacar lo que contenian, y poniendo en inminente riesgo las vidas, particularmente en el monasterio de Santa Clara, que quedó completamente rodeado por el agua, siendo necesario acudir con barcos al auxilio

de las monjas. Dentro de la iglesia de la Horta tenia el agua un estado de alta, y medio en San Juan de las Monjas, alcanzando á todas las casas, desde San Leonardo hasta la Zapatería y Simon. Llegó la creciente á los Descalzos, derribando la tapia y una parte del convento, y no fueron menores los derribos en las Dueñas y San Francisco. De todos estos monasterios y de los de Belen y Santa Isabel, hubo que sacar la gente con barcos. Cayó todo el murallon de San Francisco; el ojo nuevo del puente quedó muy maltratado y atormetado todo el edificio, porque el agua cubrió los ojos y las guardas de enmedio. Las puertas de las Ollas y Tajamar padecieron y las casas vinieron al suelo por grupos de seis y siete, pasando de ciento. San Frontis, los Cabañales y Olivares quedaron desolados: en el lugar de Santa Cristina, no quedaron en pié más que dos casas y la iglesia: Villaralbo sufrió poco ménos; pero entre tanta desgracia no la hubo personal, por la diligencia con que se acudió al auxilio de las que lo necesitaban.

Riada nueva de 28 de Febrero de 1611, se llevó un arco del puente y arruinó la torre, tardándose mucho tiempo en habilitar el paso obstruido por los materiales de ésta, porque hubo que deshacerla por completo; pero pareció de corta importancia á los que presenciaron la subida de las aguas el 1.º de Noviembre de 1739, pues entrando por las huertas de San Frontis hasta el Cristo de la Carrera y cuesta de San Jerónimo, y extendiéndose por el Rollo y toda la vega de Villaralbo, se juntaron con la fuente del lugar. Llevaron las haceñas del puente, cubrieron toda la vega de Gijon, y por Villagodio penetraron hasta Molacillos y Coreses. En Zamora inundaron los barrios de San Claudio, San Simon, San Julian, Santo Tomé, metiéndose en las iglesias, y en las Comendadoras de San Juan, que á las nueve de la noche salieron con el Santísimo á la Magdalena, y á las once se recogieron en el convento de la Concepcion. Las casas que en la ciudad arruinó la crecida, llegaron á doscientas; en Villalazan y otros lugares á cuarenta y ocho, y en Peleagonzalo no quedaron más que siete en pié. Así lo cuenta una relacion coetánea.

De otra, poco menos desastrosa, ocurrida en 1769, he visto noticia, aunque sin pormenores, pero sí los hay de la de los días 23, 24 y 25 de Febrero de 1788, en que subieron las aguas más de 29 palmos sobre su nivel ordinario. El regimiento de Dragones de la Reina, que alojaba en el cuartel de caballería, tuvo que abandonarlo precipitadamente á las doce de la noche: lo mismo hicieron los vecinos de los barrios bajos, y los párrocos de Santo Tomé y la Horta trasladaron el Santísimo á otros templos. Todo era confusion y temor en la ciudad, y se esperaba por momentos que el puente, que vibraba visiblemente por la enorme presion de las aguas, viniera abajo; mas repentinamente comenzaron á bajar éstas, y disminuyeron con tanta rapidez, que los daños no fueron, con mucho, los que se presentian. En albricias se escribió un romance de más pretensiones que mérito, que se titula *Duero-Machía de D. Manuel Pelaz, Catedrático de Retórica de los estudios de Zamora. Al muy ilustre Sr. D. Márcos Antonio Romero de Villañañe Hurtado de Mendoza, Señor de Formariz, Vice-Director de la Sociedad Económica, etc. En Zamora, en la oficina de Manuel Fernandez.*

Es un opúsculo de 22 páginas, en 4.º, de cuyo estilo podrá juzgarse por los siguientes versos:

«Las aguas se enfurecen  
y todo el puente tiembla;  
pero la augusta Fama (1)  
que al enemigo observa,  
en la elevada torre,  
con el clarin le alienta;  
sus dos doradas alas  
extendidas y abiertas,  
el aplauso le incitan  
de la victoria excelsa.»

En el pedestal de la Cruz de Piedra que hay delante de la iglesia de Olivares, se ve una línea y la fecha 1839, indicaciones que parecen referirse á la altura que alcanzaron las

(1) La veleta de la torre del puente, llamada *La Gobierna*.

aguas en otra subida. También está señalado con una ménsula de fábrica de ladrillo el nivel del río en época que no está escrita, pero que debe ser remota, en una esquina del convento de las Dueñas, y otras varias inundaciones habrán ocurrido, juzgando por las señales que se observan en los cauces del mismo Duero, del Valderaduey y del arroyo de Valorio y por ruinas como las del puente de Ricobayo, que atestiguan enormes crecientes. La última y más conocida por lo mismo fué la de 1860, de que da extensa noticia la *Memoria sobre obras públicas de 1867, 68 y 69, comprendiendo lo relativo á aguas, por la direccion general del ramo. Madrid 1871.* Las aguas subieron tres metros, 30 centímetros en el puente de Zamora y se marcó su nivel con inscripcion en la puerta llamada del Pescado.

Otra inscripcion puso en la iglesia de San Frontis su abad D. José Revesado, en que se alude al siniestro ocurrido el año de 1592, dando los siguientes pormenores:

«En la noche del 29 al 30 de Diciembre de 1860 creció el Duero hasta el punto que señala esta lápida. Jamás se habia conocido semejante avenida: excedió vara y media en altura á las de que se habia memoria en 1592 y 1739. Quedó inundada toda la parte baja de Zamora y los arrabales. El 1.º de Enero de 1861 se contaban 704 casas arruinadas; en Olivares 115; en Santo Tomás 150; en San Leonardo y la Horta 170; en Santa Lucía 121; en los Cabañales 65; en Pinilla 21; en San Frontis 32; hacedas y huertas 30. Quedó igualmente inundado el convento de las Dueñas, arruinadas las cercas y las religiosas se vieron obligadas á salir á este arrabal. Pero entre tanta desolacion, á Dios graeias, no ocurrió ninguna desgracia personal.»

Resultan por esta incompleta recapitulacion quince averidas más ó ménos desastrosas en el trascurso de seiscientos catorce años, ó sea próximamente una cada cuarenta; pero así como entre la de 1545 y 1556 no trascurrieron más que once, y diez y ocho entre las de 1769 y 1788, puede abreviarse el término: el peligro será constante mientras no se discurran medios para prevenirlo.

CESÁREO FERNANDEZ DURO.



## PALLIDA MORS.

Al Sr. L. Sh. Copper etc., etc.  
en Kisten.



**M**I QUERIDO AMIGO: A Vd. que conoce perfectamente, y mejor quizá que algunos españoles, el movimiento social, político y literario de la Península, no tengo necesidad de recordarle lo mucho que en estos últimos tiempos se ha tratado, comentado, hablado y estudiado sobre el Quijote. Pero sí debo indicarle la sorpresa y admiración que me embargan, al notar que entre la falange de escritores, filósofos, comentaristas y poetas que ven en el Ingenioso Hidalgo un libro claro, religioso y moral, ó una obra política, oscura y racionalista, no haya venido ninguno, que yo sepa, á ponerse en lo justo y á dar sus golpes en el clavo. Creo y aseguro que los cervantistas no han hecho ni hacen más que perder el tiempo, machacando inútil y tenazmente sobre la herradura. Escuche Vd. mis argumentos, y dicte luego la sentencia que estime procedente en méritos de razón y de justicia.

Hallo tan llana, patente y sencilla la idea de que el Ingenioso Hidalgo no es más que un cuadro de dolores y de muerte, que basta repasar á la ligera la obra para conven-

cerse de tamaña verdad. Saque Vd. su pañuelo, amigo mio, para enjugarse las lágrimas que probablemente derramará cuando le haga notar las sepulturas, cadáveres y entierros que nos reseña el famoso libro.

Los tristes y comentados *duelos* y *quebrantos* con que se alimentaba el buen Quijano, simbolizan desde los primeros renglones toda la filosofía que, sin necesidad de recurrir al *pallida mors* de Horacio apuntado en el prólogo, se encierra en la gran novela.

Abundan en ella sobremanera las amenazas, recuerdos é indicaciones tocantes á la muerte. Juan Haldudo, el rico, estuvo á punto de ser pasado de parte á parte con la lanza de D. Quijote. D. Luis, el hijo del oidor y amante de doña Clara de Viedma, manifestó á los criados de su padre que no lo llevarian si no era muerto. El farfanton Vicente de la Roca decia haber muerto más moros que tienen Marruecos y Tánger. Sancho recuerda á su amo las lámparas que arden delante de los sepulcros de los santos; pide á Dios que al dar con la iglesia del Toboso no tope con su sepultura, y hablando de las innumerables liebres y gallinas que en las bodas de Camacho se hallaban colgadas de los árboles, advierte que eran para sepultarlas en las ollas. El dicho escudero es de opinion, que por sí ó por no, hincue y meta la espada su amo por la boca del que parece bachiller Sanson Carrasco, pues quizá matará en él alguno de sus enemigos encantadores; recuerda que D. Alonso de Marañon, caballero del hábito de Santiago, se ahogó en la Herradura, y resuelve acertadamente el caso jurídico que le propusieron en la ínsula, relativo á morir *ahorcado en horca* el que dijese mentira al pasar la puente que dividia los dos términos de un mismo señorío. D. Quijote manifestó al carretero de los leones que si no franqueaba las jaulas de aquellos fieros animales, con la lanza le habia de coser con el carro. Cerca de Barcelona hallaron caballero y escudero los racimos de cuerpos de foragidos que la justicia ahorcaba de veinte en veinte y de treinta en treinta, A poco despues advirtieron que el mismo Guinart vivia inquieto y temeroso, recelando que los mismos suyos le habian de matar ó entregar á la justicia.

En la triste novela del *Curioso Impertinente*, Anselmo es víctima de su nécio deseo, Lotario fenece en una batalla dada en Nápoles, y Camila acaba su vida á las rigurosas manos de tristezas y melancolías. A Durandarte, flor y espejo de los caballeros enamorados y valientes de su tiempo, lo vió don Quijote muerto y tendido de largo á largo sobre un sepulcro de mármol en la famosa cueva de Montesinos. Claudia Jerónima, celosa de D. Vicente Torrellas, le encerró más de dos balas en el cuerpo, abriéndole puertas por donde, envuelta en sangre, saliese la honra de la ofuscada doncella; y el valiente Roque, echando mano á la espada, castigó á uno de sus deslenguados y atrevidos escuderos, abriéndole en dos partes la cabeza. Dos turcos borrachos del bergantín perseguido por la galera Capitana en las playas de Barcelona, dispararon sus escopetas y dieron muerte á los soldados que se hallaban en las arrumbadas del buque.

A la vuelta de tan sombríos cuadros, hallamos en el entierro de Crisóstomo sus puntas y collar de poesía. El cuerpo de un jóven de treinta años, de rostro hermoso y disposición gallarda, vestido de pastor, cubierto de flores, rodeado de libros y papeles, y puesto encima de unas andas, recuerda los idilios pastoriles y no hace muy verosímiles las muchas lágrimas que, según dice el texto, derramaron los circunstantes.

Notable contraste con esta aventura forma aquella otra del caballero que murió en Baeza, y que llevaban á Segovia entre veinte encamisados. Iban todos á caballo con sus hachas encendidas en las manos, y detrás venia la litera cubierta de luto, á la cual seguían otros seis ginetes enlutados hasta los piés, y murmurando entre sí con una voz baja y compasiva. Nada de particular tuvo que á D. Quijote se le erizasen los cabellos de la cabeza, y que fuese naturalmente triste el desenlace del suceso, sin culpa del buen Hidalgo, pues como éste manifestó con toda lealtad y franqueza al bachiller Alonso Lopez, «el daño estuvo en venir como veniades de noche, vestidos con aquellas sobrepellices, con las hachas encendidas, rezando cubiertos de luto, que propiamente semejábad des cosa mala y del otro mundo, y así yo no pude dejar de

»cumplir con mi obligacion acometiéndooos, y os acometiera  
»aunque verdaderamente supiera que érades los mismos  
»satanases del infierno, que por tales os juzgué y tuve  
»siempre.»

En la farsa dispuesta por los Duques para lograr el desencanto de Dulcinea, y donde las cornetas, los cuernos, las bocinas, los clarines, las trompetas, los tambores, la artillería, los arcabuces y el temeroso ruido de los carros formaban un son tan confuso y tan horrendo, que fué menester que don Quijote, se valiese de todo su corazon para sufrirle; en aquella aventura, repito, recibió pesadumbre el manchego cuando descubrió patentemente ser la misma figura de la muerte descarnada y fea, la que cubierta con ropas rozagantes hacía el papel del famoso Merlin.

Admiracion, temor y miedo produjo en el caballero de los Leones el falso cadáver de Altisidora, aunque su belleza, la almohada de brocado, la guirnalda de odoríferas flores, y el ramo de amarilla y vencedora palma, hacian parecer hermosa á la misma muerte.

Digna de un ámplio, detenido y profundo estudio seria la extraña aventura del Carro de las Córtes de la Muerte. ¡Cómo se regocija el autor, haciéndola aparecer siempre por delante! La primera figura, dice, que se ofreció á los ojos de don Quijote, fué la de la misma muerte con rostro humano, y á su lado, y á sus piés, nada ménos que un emperador y el dios Cupido. Sancho Panza advierte á su amo ser más temeridad que valentía acometer á un ejército donde está la muerte, y á quien ayudan los buenos y los malos ángeles, y gracias á tan saludable consejo, tuvo felice fin la temerosa aventura del escuadron volante de las Córtes de la Muerte.

Parece que Cervantes no queda satisfecho con lo que pinta y dice en estos y otros capítulos de su libro. Por si no se ha explicado con claridad, ó por si algun lector no lo entiende, habla tambien de la muerte, como si pronunciase un sermón de novísimos.—«Todos, dice Sancho, estamos sujetos á ella, y hoy somos y mañana nó, y tan presto se vá el cordero como el carnero, y nadie puede prometerse en este mundo más horas de vida que las que Dios quisiere darle; porque la muerte

es sorda, y cuando llega á llamar á las puertas de nuestra vida, siempre vá de priesa, y no la harán detener ni ruegos, ni fuerzas, ni cetros, ni mitras, segun es pública voz y fama, y segun nos lo dicen por esos púlpitos.»—Y un poco más adelante, añade D. Quijote:

«¿No has visto representar alguna comedia adonde se introducen reyes, emperadores y pontífices, caballeros, damas y otros diversos personajes... y acabada la comedia, y desnudándose de los vestidos de ella, quedan todos los recitantes iguales? Pues lo mismo acontece en la comedia y trato deste mundo, donde unos hacen los emperadores, otros los pontífices, y finalmente, todas cuantas figuras se pueden introducir en una comedia; pero en llegando el fin, que es cuando se acaba la vida, á todos les quita la muerte las ropas que los diferenciaban, y quedan iguales en la sepultura.»

Sancho describe luego á la muerte como pudiera hacerlo un buen predicador, diciendo:—«Tiene esta señora más de poder que de melindre; no es nada asquerosa, de todo come y á todo hace, de toda suerte de gentes, edades y preeminencias hinche sus alforjas. No es segador que duerme siestas, que á todas horas siega y corta así la seca como la verde hierba, y no parece que masca, sino que engulle y traga cuanto se le pone delante, porque tiene hambre canina que nunca se harta, y aunque no tiene barriga, da á entender que está hidrópica y sedienta de beber todas las vidas de cuantos viven, como quien se bebe un jarro de agua fria.»

Opinaba D. Quijote que por la libertad así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida. Entre los consejos que dió á aquel mozo que iba á la guerra, le encarga que aparte la imaginacion de los sucesos adversos que le podrán venir, de los cuales el peor fuera la muerte, y agrega que aun pereciendo en la primera refriega, ya de un tiro ó volado de una mina, todo era morir y acabóse la obra; pues más bien parecia el soldado muerto en la batalla que vivo y salvo en la huida.

No creo que el sueño, por asemejarse á la muerte, pierda aquellas ventajas que todos les reconocemos, y que tan galanamente explicó Sancho diciendo, «ser capa que cubre los

humanos pensamientos, manjar que quita la hambre, agua que ahuyenta la sed, fuego que calienta el frío, frío que templó el ardor, y finalmente, moneda general con que todas las cosas se compran; balanza y peso que iguala al pastor con el rey, y al simple con el discreto.»

Aquel admirable capítulo consagrado á describir de un modo magistral la envidiable muerte del señor de la historia, haciéndole ántes conocer los disparates y embelecó en que habia gastado la vida; aquel mismo capítulo que arranca lágrimas á los ojos, trae también sonrisa á los labios con la última arenga del buen Panza cuando dice á su moribundo amo:—«No se muera vuesa merced, señor mio, sino tome mi »consejo y viva muchos años, porque la mayor locura que »puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir sin »más ni más, sin que nadie le mate ni otras manos le acaben »que las de la melancolía.»—Las lágrimas y los suspiros del ama, de la sobrina y de Sancho al conocer que verdaderamente se moria aquel hombre de apacible condicion y agradable trato, son tan naturales como el alboroto en que andaba la casa, sin impedir esto que la sobrina comiese, ni que el ama brindase, ni que Panza se regocijase por aquello de que

el heredar algo borra,  
ó templó en el heredero  
la memoria de la pena  
que es razon que deje el muerto (1).

Y si á la incompleta y lacrimosa reseña que dejamos consignada se agregan el significativo nombre de caballero de la *Triste Figura* dado al héroe de la leyenda; los destrozos del barco encantado y de la celada de cartones, y la abundante salsa de heridas, prisiones, castigos, pedradas, molimientos,

---

(1) El eruditísimo Hartzénbusch fué quien notó que estos cuatro versos de romance, casualmente producidos ó citados de intento, se hallan escritos como prosa en el capítulo 74, ó sea en el último del *Quijote*.—(Véanse *Las notas de Hartzénbusch al Ingenioso Hidalgo*.—Barcelona, 1874, pág. 185, columna segunda.)

golpes, palos, mogicones, puñadas, azotes, cuchilladas, candilazos y borrascas que menudean en el *Quijote*, ¿cómo se explica que, por regla general, brote un manantial de risa de semejante depósito de amarguras? ¿Serán los lectores á modo de alegres herederos que reciben á puerta cerrada los bienes y hacienda de un tío difunto?—Cuando D. Quijote tuvo la pendencia con el cabrero y se hallaban ámbos llenos de sangre, dice el texto que reventaban de risa el canónigo y el cura, que saltaban los cuadrilleros de gozo, que zuzaban los unos y los otros como hacen á los perros cuando están trabados en pendencia, y que todos estaban de regocijo y fiesta, menos los dos aporreantes.—¿Podrá deducirse de aquí que los amigos del Ingenioso Hidalgo se alegran y refocilan también con las infinitas desgracias que llueven sobre el desdichado loco?

¡Cuán parecida y casi perdida enseñanza no deben entrañar las más lúgubres aventuras y los más tétricos episodios del *Quijote*!—Camila, por ejemplo, guiando la punta de su daga por parte que no pudiese herir profundamente, se la entró por más arriba de la isilla del lado izquierdo junto al hombro, y luego se dejó caer al suelo como desmayada.—En las bodas de Camacho vemos al poble Basilio lleno de sangre y tendido también en el suelo, de sus mismas armas traspasado.—Estas dos farsas ¿dejarán de ser á los ojos de la más vulgar filosofía una clarísima protesta contra el suicidio?

Jamás fué tan desatinada la cólera de D. Quijote (según juró Sancho Panza), como en aquella ocasión en que con nunca vista fuerza comenzó á llover cuchilladas sobre el retablo de Maese Pedro, haciendo un general destrozo del mismo, y desmenuzando todas sus jarcias y figuras. De allí resultó el rey Marsilio de Zaragoza con la cabeza ménos, y el emperador Carlo-Magno partida la corona y la cabeza en dos partes. Prescindiendo de la baja tasación de nueve reales y pico, que los medianeros y apreciadores dieron á estas dos régias figuras, ¿habrá algún filósofo de la cáscara amarga que no vea aquí predicado el regicidio tan claro como la luz del mediodía?

No conozco ningún libro de entretenimiento en que, según he tratado de demostrar, abunden tanto las muertes, las pe-

nas y las desgracias, aún cuando presentadas con tan rara habilidad que más bien mueven á risa que á llanto. Pero como el buen pensador debe meditar, ahondar y profundizar, á modo de barrena de pozo artesiano, sería fácil para los cervantistas sábios demostrar entre otras muchas cosas que Cide-Hamete era partidario de que se leyesen poesías en los entierros, según se deduce del de Crisóstomo, y que era enemigo de los funerales hechos de noche, según se prueba por el modo que tuvo de acometer y desbaratar á aquellos encaminados, entre quienes se contaba el famoso bachiller Alonso Lopez de Alcobendas.

Argumento de gran peso y de aquellos que cortan la cuestión por lo sano, sería el decir que la muerte dá vida al mundo, y que siendo nuestros muebles, nuestros vestidos y nuestros alimentos una colección de cadáveres, tal verdad monda y lironda fué la que Cervantes quiso retratar en su libro. Sin embargo, siempre es raro que ni aún por incidencia se mencione en el *Quijote* nacimiento alguno, lo cual es falta grave si hemos de pretender que la intención de Benengeli era formar un cuadro exacto de la vida humana. Si por el contrario pretendemos ver en cada escrito un reflejo inevitable del estado social de su época, entónces las penalidades y muertes que el *Quijote* nos pinta no pueden ser otras que las producidas por aquellas guerras ó por aquellos tribunales de justicia, que daban tormento y condenaban á horca ó azotes con más facilidad que hoy se imponen quince días de arresto ó veinte pesetas de multa. Bien patente está que los zurriagazos dados por Juan Haldudo al muchacho Andrés, son una sátira contra la pena de azotes; una burla del tormento es el suceso de D. Quijote, atado por la muñeca al agujero del pajar, y una queja lastimera de los infelices erróneamente sentenciados á muerte, se nota en las fuertes cuchilladas que recibieron los cueros del vino tinto ó en la quema de algunos de los volúmenes de la librería del Ingenioso Hidalgo, que merecían guardarse en perpétuos archivos.

Las conocidas desgracias y contrariedades que sufrió Cervantes, le harían esperar pocos premios y lauros en este mundo. Por eso pone en boca de su héroe y dirigiéndose á

Sancho, aquellas notables palabras de «por mí te has visto »governador, y por mí te ves con esperanzas propíncuas de »ser conde, ó tener otro título equivalente, y no tardará el »cumplimiento de ellas más de cuanto tarde en pasar este »año, que yo *post tenebras spero lucem.*» Por eso mira tambien Cervantes el fin de su propia vida con la indiferencia y tranquilidad que se deduce de la dedicatoria del Persiles, escrita en ocasion de hallarse

puesto ya el pié en el estribo  
con las ánsias de la muerte.

Tal vez estos someros apuntes podrán abrir nuevas sendas á aquellos cervantistas, cuyo talento y luces sean bastantes para engolfarse en lucubraciones completamente ajenas á mi inteligencia. Sin embargo, ántes de sacar algun mínimo corolario de las anteriores premisas, debo recordar la sesuda narracion fantástica que con el título de *Un manicomio modelo* publicó el distinguido escritor Revilla en el *Almanaque de la Ilustracion* correspondiente á 1879. Suponia dicho crítico que los cervantomanos se hallaban en una casa de dementes, y la tal hipótesis resulta verdadera si damos crédito al cartel, modelo de buen gusto tipográfico, que circuló profusamente en Junio de 1876, bajo el título de *Programa de las fiestas que en el aniversario del nacimiento del Sr. D. Quijote de la Mancha, y en honor de Miguel de Cervantes Saavedra han de celebrarse el dia 31 (sic) de Setiembre de 1876, por los discretos moradores de la casa del Nuncio de la imperial ciudad de Toledo.*—(Gibraltar, 1876; dos fojas en fólío). Si este anuncio fué una burla análoga á la fantasía del Sr. Revilla, quizá hayan contribuido ámbas sátiras á sujetar el descarrilado wagon del cervantismo, y á impedir que vengan nuevos folletos á probarnos, no ya los estudios de Cervantes en música, equitacion, sastrería y arquitectura, sino tambien sus profundos conocimientos en materia de ferro-carriles y telégrafos. No lo creo así. El cervantismo, cervantomanía, cervantomorbus ó como quiera llamársele, ha fallecido del contagio mortífero que despide el inmortal Quijote: ha muerto, porque nace sin vida todo cuan-

to trata de fundarse en la parte moral del célebre libro. De las continuaciones, imitaciones, comedias y farsas apoyadas en el Ingenioso Hidalgo, no queda más memoria que la guardada por los bibliófilos. Los retratos de Cervantes han perecido, á sus huesos no se encuentran. Los periódicos, fiestas y academias cervánticas, han tenido efímera existencia y salud raquítica. Solamente los *aniversarios* podrán subsistir algunos años, porque solamente los aniversarios se ajustan con precisión matemática á la índole filosófica del *Quijote*, ó sea á la muerte acompañada de boquiganga y cascabeles, que digamos. El pulcro sermón, la asistencia de hombres sábios y de bellas y elegantes damas, los billetes de colores que permiten la entrada en el templo, el olor á sagrado y á profano que la fiesta exhala, el color entre temporal y eterno que la adorna, y el sabor á entierro de Crisóstomo que la enaltece, auguran á las honras cervánticas una larguísima vida, que quizá pueda prolongarse hasta los treinta ó cuarenta años de edad.

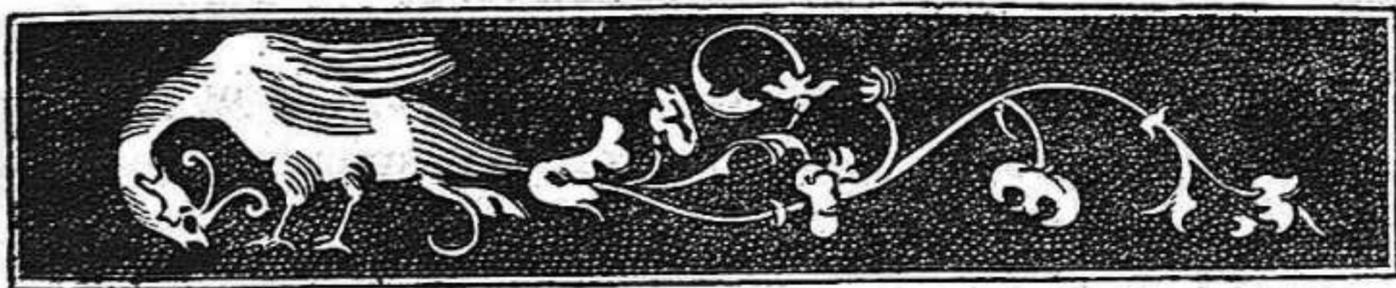
Si voy equivocado en tales juicios, sálvenme aquellos hermosos renglones, medicina eficaz contra las disputas, en los cuales se dice que *eso que á tí parece BACIA-DE BARBERO, me parece á mí el YELMO DE MAMBRINO, y á otro le parecerá otra cosa.*

En resolución: no busque Vd. dentro del *Quijote* más de lo que su sabrosa y discreta lectura le vaya proporcionando al correr de las hojas; no distraiga Vd. su espíritu de esas admirables páginas, inquiriendo recónditos problemas ó sibilíticos arcanos; porque, créame Vd., amigo mio, Cervantes alienista, Cervantes geógrafo, Cervantes marino, Cervantes teólogo, Cervantes administrador militar, Cervantes sepulturero, como nosotros podríamos llamarlo hoy, no significan otra cosa sino que el *Quijote* es un libro tan grande, que cada uno puede encontrar en él lo que le dé la gana.

Reciba Vd., querido Copper, el cariñoso afecto y buena ley que le profesa el cervantista jubilado,

DOCTOR THEBUSSEM.

*Huerta de Cigarra (Medina-Sidonia). — Enero de 1880 años.*



## BIBLIOGRAFÍA. <sup>(1)</sup>

---

GRITOS DEL COMBATE.—Poesías de *D. Gaspar Nuñez de Arce*: segunda edición, 1880.—Madrid, librería de Fé.—Imprenta de Fortanet.



VALORADO con un autógrafo de su autor, hemos recibido un ejemplar de la segunda edición de este precioso libro, cuyo éxito, así como los elogios que le tributó la crítica en 1875, nos ahorran el trabajo de un juicio tan profundo y extenso como en otro caso, sin disputa, merecería. Aparece, sin embargo, esta segunda edición notablemente aumentada con composiciones de gran mérito, y á la vez que de éstas estimamos de nuestro deber decir algo respecto de las ya conocidas y juzgadas.

*Gritos del Combate* es, sin duda alguna, la producción del Sr. Nuñez de Arce que mejor responde á los gustos é inclinaciones de su ilustre autor; como es de todas sus obras líricas la que más en armonía está con las que nosotros consideramos exigencias del arte poética. *Gritos del Combate* hace bastante más que realizar lo bello: llama á la meditación,

---

(1) Los autores y editores que deseen la crítica de sus publicaciones, mandarán á esta Redacción dos ejemplares de las mismas.

ilustra, conmueve y enseña; todo con raudales de inspiración, con arranques propios del genio, con pensamientos que elevan nuestra mente sin apartarla por eso de las tristes é ineludibles impurezas de la vida. Éste debe ser el poeta y ésta la poesía. Por eso preferimos *Gritos del Combate*, libro en cuyas páginas palpita la sociedad de nuestro siglo tal como ella es, perpleja y contradictoria, descreída y positivista, á poemas tan fuera de la realidad como *El Vértigo*, viril y asombroso en su concepción; pero tan léjos de lo posible, que la imaginación se confunde y extravía en la inverosimilitud de su fantástico argumento.

No significa, en verdad, esta predilección nuestra que nos identifiquemos con algunas de las composiciones que forman los *Gritos del Combate*. Ni remotamente. Quizá porque somos más jóvenes que el Sr. Nuñez de Arce, tal vez porque la decepción de los *¡Treinta años!* que anega en dudas y dolores el pensamiento del autor, no ha tocado aún con su frío nuestra alma, nosotros tenemos fé y esperanza: fé en Dios y en la humanidad, esperanza en el progreso y en la ciencia.

Pero de tal modo, con inspiración tan feliz retrata por lo general el gran poeta en este libro los tiempos presentes, que es preciso rendirse á la evidencia y confesar que sus cuadros están copiados del natural. Es, por desdicha, muy cierto, aunque nuestro amor propio se queje y nuestra vanidad se exalte, este magnífico soneto con que dá principio el Sr. Nuñez de Arce á las páginas de su obra:

¡Los tiempos son de lucha! ¿Quién concibe  
El ocio muelle en nuestra edad inquieta?  
En medio de la lid canta el poeta,  
El tribuno perora, el sábio escribe.

Nadie el golpe que dá ni el que recibe  
Siente, á medida que el peligro aprieta;  
Desplómase vencido el fuerte atleta  
Y otro al recio combate se apercibe.

La ciega multitud se precipita,  
Invade el campo, avanza alborotada  
Con el sordo rumor de la marea.

Y son, en el furor que nos agita,  
 Trueno y rayo la voz; el arte, espada;  
 La ciencia, ariete; tempestad, la idea.

Canta despues el Sr. Nuñez de Arce en variedad de metros, y siempre con valentía é inspiracion, los desengaños y las angustias que amargaron su vida política; de fé un momento, de excepticismo otro; hoy gimiendo bajo la opresión, mañana indignado contra la demagogia; siempre juguete de la duda, las congojas y las tribulaciones de una sociedad contradictoria en su vida, é inquieta y vacilante en su asiento.

La poesía titulada *La Guerra*, que el Sr. Nuñez de Arce estima de poco mérito, tiénelo para nosotros por su fondo filosófico y humanitario, si bien la forma, sencilla y agradable, acaso peque de ligera.

*Recuerdos* es sentida y conmovedora, y las octavas reales de *El reo de muerte* son dignas del inspirado y profundo cantor de *La última lamentacion de Lord Byron*. Pero en la epístola *La duda* es, indudablemente, donde el poeta determina más su carácter, el género á que se inclina su musa, pues luce en ella galas y atavíos cuya brillantez permite distinguir mejor la intensidad y la audacia de los pensamientos. Si fuera más breve no vacilaríamos en decir que es, en nuestro pobre juicio, una de las composiciones más acabadas del Sr. Nuñez de Arce.

Es hermoso cual pocos, el soneto *¡Amor!*; atrevidas y enérgicas las estrofas en que el vate se queja, recordando versos de Quevedo muy conocidos, de que el disimulo vaya siempre delante de la verdad ocultándola por miedo ó egoismo; fantásticas y de una plasticidad de primer orden, las décimas del *Miserere*, décimas que rivalizan con las de *El Vértigo*; bello y oportuno, el sarcasmo con que ridiculiza la teoría de la seleccion natural de Darwin; algo volteriano, aunque viril y profundo, el soneto *Problema*; *¡Pobre loca!* es de una ternura y una enseñanza admirables; de colores vivos que retratan al gran tribuno y la época en que murió, las quintillas á *Rios Rosas*; soberbias, inspiradas y audaces, las octavas á *Emilio Castelar*; de mérito superior, quizá como ninguno de los suyos, el poe-

ma *Raimundo Lulio*; dulce y suave como el místico arrobamiento que el poeta llora perdido, la composición que lleva por título *Tristezas*; acaso vulgar y de poco vuelo, el diálogo entre el burgués y el demagogo, si bien enérgico como la idea que le dá vida; y de una ironía digna del protagonista, el notable soneto en que el Sr. Nuñez de Arce maldice el géneo destructor de Voltaire.

Hasta aquí las composiciones que formaron la primera edición de los *Gritos del Combate*. Vienen despues, como aumento en la segunda, un himno á la pátria con motivo de la paz, dos sonetos á la inundacion de las provincias de Levante, una elegía armoniosa y sentida á la memoria de Herculano, y otro soneto á la libertad, con lo cual y varias notas aclaratorias, terminan las páginas de este bellissimo y celebrado libro.

No huelga tal aumento en los *Gritos del Combate*; pero excepcion hecha de la elegía, una de las más hermosas de nuestro riquísimo Parnaso, así por su forma como por su patriótica tendencia, entendemos que las otras composiciones no dan, aunque tampoco se lo quitan, nuevo mérito á la obra.

Nosotros enviariamos al Sr. Nuñez de Arce la más completa de las enhorabuenas, si su inagotable y vigorosa inspiracion, orgullo de la patria, no se diera á cantar solamente las tristezas y desdichas, las dudas y contradicciones de la época en que vivimos. ¿Por qué no ha de cantar tambien sus alegrías y esperanzas, sus afirmaciones y progreso? No se limite el ilustre poeta á cantar ruinas y desengaños; cante con su lira envidiable las grandezas de este siglo, turbulento, sí, pero cuya luz disipa tantas sombras del pasado y prepara tantos triunfos al porvenir.

De todas suertes, partidarios nosotros del arte que realiza algo más que lo bello, del arte que rompe la infecunda rutina de producir versos melodiosos con motivo de un ave que vuela, de un arroyuelo que murmura ó de un amor desgraciado que inventa ó historia tales ó cuales cuitas, cuando tenemos la fortuna de saborear libros como los *Gritos del Combate*, nuestro amor patrio se enorgullece y exclamamos con júbilo: ¡Todavía tenemos poetas!

El *Prefacio* de los *Gritos del Combate*, muy superior y más

discretamente oportuno que el que precede á *El Vértigo*, por nosotros censurados en otra publicación, es de una prosa castiza y elegante, propia de la pluma que tan bien sabe escribir.

\*  
\* \*

TRES RELACIONES DE ANTIGÜEDADES PERUANAS.—Públcalas el ministerio de Fomento.—Madrid, 1879, imprenta de Tello.

La fecunda campaña científica iniciada por los aficionados á estudios americanistas, tiene entre nosotros dignos, aunque pocos, representantes; como no podia ménos de suceder en la nacion generosa que dió á Colon sus audaces carabelas y á Hernan Cortés sus esforzados conquistadores. Madre la patria española de las vírgenes tierras americanas; depositarios nuestros archivos y bibliotecas de manuscritos é impresos que constituyen el más preciado tesoro americanista, natural es que respondamos con nuestro valioso, y sin disputa superior concurso, á la obra de reconstruccion empezada por los historiadores, filósofos y naturalistas. Ningun país puede presentar tantos documentos de fé como el nuestro, ni autenticidad sobre cosas y personas que con la nuestra pueda competir. Somos absolutamente necesarios; y aunque no los más diligentes por causas que, por lo notorias, debemos omitirlas, es lo cierto que, tras penosos esfuerzos individuales, tenemos ya puesto de distincion al lado de los pueblos que á las investigaciones americanistas dedican atencion honrosa y preferente. Buena prueba de ello es el libro que examinamos.

Iba á celebrarse en Bruselas el año anterior el tercer Congreso americanista. La falta de España habria sido imperdonable. El sábio naturalista D. Márcos Jimenez de la Espada, que á las condiciones de científico reúne las de escritor gallardo y primoroso, sale al encuentro de este caso de honor

y consigue que el ministerio de Fomento publique con tal motivo las *Tres relaciones de antigüedades peruanas* compiladas por él y que forman este volúmen. Representante de España el mismo Sr. Espada en el Congreso de Bruselas, tuvo la satisfacción de ofrecer á los eruditos allí reunidos un modesto testimonio del concurso que podemos y debemos prestar, como nadie, á la empresa de los americanistas.

Importa, pues, cual nunca en los momentos actuales, que España desvanezca los errores é injurias que escritores poco escrupulosos ó en demasía ignorantes, cometen á cada paso pretendiendo manchar con el despecho de su envidia el descubrimiento y conquista de América. No somos de los que dan por bueno y santo lo que hicieran entónces los españoles; pero rechazamos en absoluto los actos vandálicos que se nos atribuyen, como dice muy bien el Sr. Espada, por corruptela y manía, y á veces por necesidades de estilo, en libros extranjeros y áun propios. Ya que la Sociedad internacional de americanistas nos brinda dichosa ocasion para ello, preciso es combatir la vulgarísima especie de que, en la conquista primero, y en el gobierno despues del Nuevo Mundo, sólo hubo de guiarnos la sed de oro, y que, por apagarla, sacrificamos sin piedad los naturales ó consumimos sus fuerzas y su ser en el trabajo de las minas y otros crueles servicios, asolamos sus monumentos, convertimos sus arreos, ajuares y tesoros en lingotes, sin que se nos diera un ardite de su valor artístico y arqueológico, ni ménos nos importara averiguar quiénes eran aquellas gentes, de dónde procedían, qué pensaron, sintieron é hicieron ántes de que las sojuzgásemos.

Y para lograr este fin de reivindicacion nacional, pocos libros son tan á propósito como las *Tres relaciones*, ilustradas por su inteligente y escrupuloso compilador con una carta notabilísima, en la cual brillan á la par las bellezas del estilo y los conceptos atinados y profundos del hombre de ciencia. Demuestra en dicha carta el Sr. Jimenez de la Espada la injusticia de los detractores de nuestras glorias en América, en el Perú singularmente, y el respeto que todos debemos guardar á la memoria de los primeros conquistadores y gobernantes del mundo de Colon.

Aficionados tambien nosotros, aunque en la modesta esfera de nuestro escaso valer, á los estudios americanistas, damos nuestro parabien al Sr. Espada, cuyo prestigio como sábio y bibliófilo adquirió nuevos títulos en el Congreso de Bruselas poniendo la representacion científica de España quizá á mayor altura que ningun otro país.

\*  
\* \*

Viene á este propósito como anillo al dedo, que digamos algo acerca de la solemnidad científica celebrada el dia 3 del corriente mes en la Academia de la Historia bajo la presidencia del señor conde de Toreno.

Verificados los tres primeros Congresos americanistas en Nancy, Luxemburgo y Bruselas, acordóse en este último el año pasado que el cuarto tuviera lugar en Madrid, con cuyo motivo, y prévia citacion especial del Sr. Cánovas del Castillo, se constituyó el dia 3 la Junta organizadora del Congreso de americanistas que ha de celebrarse en la capital de España en Setiembre de 1881. Del éxito de este cuarto Congreso no podemos dudar, dada la competencia de los señores que han de prepararlo y dirigirlo, y que son los siguientes, nombrados por aclamacion el dia 3 en la Academia de la Historia: presidente de honor, D. Antonio Cánovas del Castillo; presidente efectivo, señor conde de Toreno; vice-presidentes de honor, duque de Veragua, D. Fermin Lasala, duque de Motezuma y D. J. Russell Lowel, embajador de los Estados Unidos; vice-presidentes efectivos, D. José de Cárdenas, don Rafael Merry del Val, D. Antonio García Gutierrez y don Francisco Javier de Salas; tesorero, marqués de Urquijo; secretario general, D. Cesáreo Fernandez Duro; secretarios adjuntos, D. Andrés Donec y un redactor de cada uno de los periódicos *La Epoca*, *La Iberia*, *El Imparcial*, *El Fénix*, *La Ilustracion Española y Americana* y *La América*, y vocales de-

legados, los Sres. Vazquez Queipo, Corradi, Fabié, Castelar, Pí y Margall, Vilanova, Dr. Velasco, Pezuela (D. Jacobo), Coello, Zaragoza, Espada, Ferreiro, Barrantes, Colmeiro, González de Vera, Ruiz de Salazar y Escudero de la Peña.

Ageno á toda idea política, en el Congreso americanista de 1881 están representados todos los partidos por sus hombres de ciencia más identificados, por sus estudios especiales, con la índole y objetivo de la Sociedad internacional de americanistas.

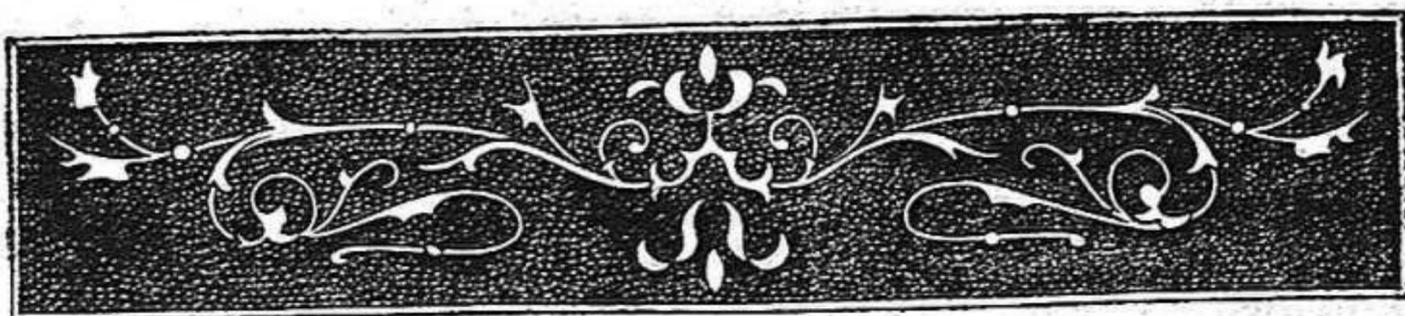
Mucho esperamos de los resultados prácticos de este Congreso, cuyos trabajos versarán acerca de la historia, la arqueología, la antropología, la etnografía, la paleografía y la lingüística americanas; pero no queremos poner término á estas líneas sin expresar un deseo que nos sugiere nuestra aspiración á que España deje grato recuerdo de su obra en los sábios extranjeros que concurrirán á las sesiones que tendrán efecto en Setiembre de 1881.

Así como el ministerio de Fomento no vaciló en 1879 en dar á la estampa las *Tres relaciones peruanas*, con cuyo libro obsequió el Sr. Espada á los americanistas congregados en Bruselas, estimamos nosotros que debemos obsequiarlos igualmente en 1881 con otra publicación análoga, por ejemplo, con las *Relaciones descriptivas de los pueblos de España y de sus Indias*, mandadas hacer por Felipe II á fines del siglo XVI, obra de grandísima utilidad para los estudios americanistas, y de mérito notable por más de un concepto.

Mostrémonos dignos, en este respecto y en todos, del honor que recibe España de los sábios extranjeros que acordaron, por unanimidad y con entusiasmo, reunirse en la patria de Pizarro y Hernan Cortés, en el pueblo que dió sus buques y sus hijos al génio inmortal de Cristóbal Colon.

FRANCISCO CAÑAMAQUE.





## CRÍTICA MUSICAL.

### LOS ASUNTOS DEL TEATRO REAL.

#### I.



fuer de cortés y bien criado, empiezo saludando cariñosamente á los lectores benévolos y malévolos (que bien dijo quien dijo que de todo hay en la viña del Señor, y yo no sé con quién hablo) pero siempre ilustrados y respetables de la REVISTA CONTEMPORÁNEA.

Asumir, por los tiempos que corren, la responsabilidad de una crítica cualquiera, no es cosa de poco más ó menos, no es tarea fácil, ni cómoda, que las pasiones en gente meridional andan con frecuencia revueltas, y los asuntos de música, por lo mismo que todo el mundo se cree con derecho para juzgarlas *ex cathedra*, suelen traer más disgustos al juicio fundado é inteligente, que á las gratas apreciaciones que halagan sistemática y cortesantemente á las mayorías, por aquello de ¿á dónde vas Clemente? A donde va la gente.

Afortunadamente, á todo se hace uno en este mundo, y no

he de pararme yo en tan poco, cuando la satisfaccion del deber cumplido escrupulosamente ha sido en todas ocasiones refugio seguro y dulce compensacion á las burlas y chanzonetas de mejor ó peor gusto con que publicaciones de cierta índole me han honrado en varias ocasiones.

Esto es decirte ¡oh lector! que sigo y seguiré, Dios mediante, formando parte de la minoría; pero firme en mi puesto, sin que el desprecio con que ciertos cantantes tratan el arte, sin que sus *sombrerazos* al buen gusto y á la entonacion, sin que el supremo desden con que miran ¡mentecatos! á la casta Musa, me hagan cejar un momento en mis propósitos, que son propagar lo bello y lo bueno, donde quiera que se encuentre, y protestar contra lo malo y lo feo, sean quienes fueren sus autores y cómplices.

La importante publicacion que me ha dispensado la honra de representar en ella la crítica musical, ofrece para esta árdua mision inconvenientes y ventajas que son inherentes á la naturaleza misma de la REVISTA CONTEMPORÁNEA; pero el número de las segundas aventaja en mi sentir á las primeras, y áun cuando así no fuera, siempre se dirigirian mis débiles esfuerzos á establecer entre los dos términos un equilibrio prudente.

Una publicacion bimensual se ve forzada con frecuencia á sacrificar ciertas cuestiones del momento, cuya narracion resulta despojada de interés cuando traspasa los límites de un período fijo de tiempo; pero esta misma circunstancia, léjos de perjudicar al escritor, viene á favorecerle de un modo ostensible, dando á sus opiniones caractéres de permanencia, por lo mismo que no obedecen á las impresiones palpitantes del momento, sino á un juicio meditado que excluye por completo la ligereza del simple *compte rendu*.

No han de perder, por tanto, nada de su interés los asuntos artístico-musicales que han de ocupar por completo esta seccion, dedicada más que á dar cuenta somera de los espectáculos líricos, á juzgar ámpliamente las importantes cuestiones que se rozan con nuestros teatros. No es dando ligera cuenta de un estreno como se sirven los altos intereses que el arte y el público confian al celo é independen-

cia de la crítica sana, y bajo este concepto, no ha de ser inmodestia confiar en que los lectores de la REVISTA CONTEMPORÁNEA harán justicia á la sinceridad de mis sentimientos, acogiendo con benevolencia los trabajos que á su criterio habré de someter.

A Dios gracias, no falta materia. Entrando en ella voy á probarlo bien pronto.

## II.

Dejo para más tarde, que nunca para el mal es temprano, ocuparme de nuestro desdichado teatro lírico nacional, de ese desventurado teatro de la Zarzuela monopolizado hoy por un verdadero Pantagruel del arte, sobre cuya conducta nadie se atreve á dar la voz de alarma; tocándome á mí desgraciadamente tarea tan poco grata.

Lo haré, sin embargo, en ocasion propicia, y lo haré sin ambajes, ni rodeos, que el desórden de tal teatro va tomando serias proporciones, y alguien ha de ser quien primero señale las causas y trate de remediar sus funestas consecuencias.

Quede, pues, el asunto en expectativa hasta plazo no muy lejano. Hoy han de ocuparme exclusivamente los asuntos de otro coliseo, que con ser albergue de obras extranjeras, asume, sin embargo, la importancia de ser el primero de la nacion y aquél que más favorecen con su presencia un número considerable de abonados y un público, por lo general, severo en apariencia, pero en realidad antojadizo, impresionable, bullicioso y poco culto; en suma, manejable y dócil, aunque otra cosa parezca, como ninguno.

Entrar en el exámen de los asuntos del teatro Real, es como entrar en el laberinto de Creta sin el hilo de Ariadna, ó emprender singladura larga y peligrosa en buque desprovisto de timon y brújula. No hay nada, nada que pueda ser comparable al monstruoso desbarajuste que reina en el régio coliseo desde que la nueva empresa se encargó de tan complicada máquina.

Obligada por las cláusulas draconianas de un pliego de condiciones sin precedente seguramente en la historia del teatro, á moverse en un terreno sumamente escabroso, la primera determinacion á que acudió la empresa citada fué al aumento considerable del precio de todas las localidades, aumento de tal naturaleza, que á no estar, en mi concepto, justificadísimo por las inconcebibles pretensiones del pliego de 5 de Octubre de 1878, hubiera acusado en la nueva empresa una..... *valentía* realmente digna de ser, si no imitada, admirada al ménos.

Ya se sabe cómo fué aceptada por los abonados el alza de los precios. Dióse el caso, que maravilló, puede decirse, á Europa entera (todos los periódicos musicales se ocuparon de él con asombro) de haberse visto una empresa precisada á cerrar el abono por estar cubierto con exceso. La cantidad recaudada díjose que pasó de *un millon de pesetas*.

Contra lo que se esperaba, preciso es confesarlo, la conducta del abono colocaba á la empresa en una situacion desembarazada y franca. Todos habian acudido á su llamamiento, todos habian dado cuanto se les habia pedido, y se les habia pedido mucho. En el libro de cuentas corrientes, el *haber* estaba cubierto. La reciprocidad era, por tanto, perfectamente exigible, revestia en la empresa los caractéres de una deuda sagrada que habia que saldar religiosamente.

¿Cómo ha cumplido estos compromisos? ¿De qué modo ha correspondido á las deferencias, á los favores que el abono con anticipacion y á manos llenas le ha otorgado?

Enumerar detalladamente las peripecias de todo género por que ha pasado el teatro Real desde la fecha de su apertura hasta el dia, seria trabajo que ocuparia holgadamente más de un volúmen. Desisto de ello y no perderán nada los lectores, que males pasados son irremediabiles, y de sobra han de apreciar la importancia de aquéllos, presentándolos y juzgándolos en conjunto.

Se ha hablado más esta temporada en Madrid del teatro Real y de su empresa, que se habló en épocas pasadas de las hazañas de Cora Pearl, y recientemente de las de Philippart. Y como la córte de España, con ser grande, conserva aún

tradiciones renovadas del célebre Mentidero, es el caso que no ha habido detalle grande, chico ni mediano que bien referente á cosas administrativas, ó bien relacionado con el *andamento* artístico del teatro, haya dejado de saberse al punto con todos sus pelos y señales, dando márgen á comentarios, juicios, vaticinios y murmuraciones que, aun á la hora presente, sirven de aperitivo efficacísimo á más de una conversacion.

No podia ser de otra manera. El teatro Real entraña, además de la cuestion que llamaremos de subsistencia, ya que la de muchas familias depende de su marcha regular, otra no ménos compleja é importante, cual es la del desembolso de capitales que un abono cuantiosísimo representa. Ninguna extrañeza debe, por tanto, causar que los hechos relacionados con el vasto establecimiento de la plaza de Oriente, revistan siempre caractéres de gravedad y sean pasto del dominio público á quien afectan de una manera fatal y directa. Nadie extrañe, pues, que la crítica pida intervencion celosa en ellos, puesto que los intereses del público, además de los del arte, deben tener en la crítica defensa y salvaguardia constantes.

### III.

La primera dificultad que contra las aspiraciones del público y el derecho de los abonados hubo de presentarse en el regio coliseo, fué la fiscalizacion más ó ménos directa, más ó ménos importante que individuos varios hubieron de ejercer en las operaciones de la empresa. Hablo desembarazadamente del hecho, porque seria ridículo usar reservas acerca de un asunto en cuyos pormenores están desde hace tiempo el público y los abonados del teatro Real.

La nueva empresa, como tal, no ha existido nunca. La entidad moral, artística, administrativa, llámesela como se quiera, nadie la ha visto. Ha sido una suma de individualidades, apreciabilísimas, sin duda alguna, una dilatada cohorte de

todas las cantidades imaginables de empresario, una copia de voluntades heterogéneas, de opiniones diversas, de ideas antitéticas y refractarias unas á otras, un cúmulo de corrientes, un haz de divergentes líneas, un *mare magnum*, en fin, capaz de dar al traste con la casa mejor organizada de España é islas adyacentes.

Sabido es que la administracion es la rueda catalina de todo asunto mercantil é industrial. Imagínese el lector qué ha de suceder en un centro regido por la absurda desmembracion, por el fraccionamiento risible que hizo presa del régio coliseo desde su memorable apertura. Imagínese el lector qué ha de suceder en un ministerio cualquiera donde todos á la vez, y cada uno por su lado, quieren ser ministros.

Pero áun esto es nada, comparado con el desconcierto desatentado, con el caos horroroso en que las cuestiones artísticas han tenido que revolverse en un teatro donde la anarquía más espantosa parece haberse entronizado adquiriendo, visos de permanencia cada vez más alarmantes.

Vamos á tratar despacio este grave asunto.

#### IV.

Lo primero que se ocurre en materia artística es la lista de la compañía escriturada por la nueva empresa para hacer frente á los compromisos contraidos ante el público y el Gobierno.

Una comision, nombrada previamente, aprobó desde luego, y con palabras de elogio, á los artistas escriturados. ¿Hizo bien? Lo único que puedo contestar es que yo hubiera estampado mi modesta firma al pié de aquella sancion oficial; pero con una salvedad. La comision no cayó en ello, con una buena fé que no me atrevo á censurar; pero de esa negligencia involuntaria dimanaban todos los males que el diletantismo madrileño en la actualidad deplora.

Cierto es que nombres como el de Faccio, la Nilsson, la

d'Angeri, la Ortolani, la de Reszke, la Scalchi-Lolli, Tamberlick, Gayarre, Lassalle, Verger, Maini y otros de menor cuantía figuran difícilmente juntos en el más importante coliseo de Europa. Voy á ir más léjos; voy á suponer que el teatro de Madrid cuenta hoy con el primer cuadro de compañía lírica de los mundos civilizado é incivil. ¿Y qué?

¿Acaso la suculencia de un manjar proviene solamente de los elementos que sirven para condimentarlo, ó de la manera con que se combinan, se distribuyen y agencian estos elementos en perfecta conveniencia con las leyes culinarias y las exigencias de la más refinada gastronomía?

Colocad un magnífico ramo de rosa entre los escombros de una casa en ruinas. ¿Serán las flores ménos bellas? No por cierto. Pero colocad ese mismo ramo en frondoso jardín, y al lado de otras flores cuyos colores caprichosos y exquisita fragancia regocijen la vista y embalsamen la atmósfera. ¿No parecerá otro el ramo de rosas? ¿No brillarán más las flores? ¿No lucirán más, no parecerán más bellas, más frescas, más olorosas? Y sin embargo, son las mismas que se ostentaban como contraste violento, relegadas, desfiguradas, fuera de su sitio, entre los súcios escombros de la arruinada vivienda.

Fácilmente se comprenden los efectos de la comparacion, ni se relaciona con los notables artistas que en la compañía del teatro Real han figurado ó figuran todavía. Cierto es, ya lo he dicho ántes, que los cantantes mencionados suman una copia de notabilidades de que las empresas de los primeros teatros del mundo pudieran mostrarse con justa razon envidiosas; pero ¿depende acaso el éxito de una temporada de la cantidad de artistas célebres escriturados, ó de la buena interpretacion general de las obras en que lucen sus talentos?

La respuesta es fácil. No solamente los desequilibrios sensibles de ejecucion constituyen desde luego un daño irremediable á la armonía general de una produccion cualquiera, sino que los méritos aislados de una personalidad artística, por elevada que sea, pierden ó aparecen desfigurados al pernicioso contacto de un conjunto insuficiente ó malo á todas luces.

## V.

Armonía, hemos dicho. Donde no hay armonía, no puede haber belleza. De la armonía, esto es, de la conveniente fusión de elementos heterogéneos, del escalonamiento natural y lógico de facultades de orden vario que concurren á un fin comun, nace, si no la perfeccion, difícil de alcanzar en las cosas finitas, una variedad de efectos, al ménos, que realzada por un conjunto discreto y aceptable, puede llenar las aspiraciones ménos pretenciosas de lo que generalmente parece de nuestro público.

Pero no es esto solamente. Aun dado el supuesto de que el cuadro resultara digno de ser examinado, faltaría un marco conveniente, un accesorio que sostuviera alguna relacion con los méritos relevantes del objeto principal.

¿Qué cuadros ha presentado la empresa del teatro Real? ¿Qué marcos les han servido de ornato exterior? Todos lo saben. Perdida la brújula, sin cabeza, sin átomo de direccion artística, esa empresa que cuenta con las primeras notabilidades del orbe, se ha visto precisada hasta ahora á llenar la mayor parte del repertorio, acudiendo á obras antipáticas para cuya ejecucion ha tenido que recabar los primeros artistas del mundo... desconocido. Y han caido todos, unos tras otros, como bandadas de aves exóticas, bajo los certeros disparos del público irritado.

En cambio de estas bajas forzosas, las alzas importantes han tenido todas carácter transitorio, han hecho apariciones efímeras, cometas del arte cuya cola luminosa no ha podido dejar el debido rastro. Y aquí entra precisamente la salvedad de que hablaba al ocuparme de la aprobacion oficial de la compañía. No bastaba la exhibicion de nombres, era necesario asegurarse de la permanencia de los artistas durante la temporada, ó de la combinacion prévia para que los huecos se llenasen convenientemente y á debido tiempo.

¿Se ha hecho así? Hable el doloroso paréntesis ocasionado por la marcha de Faccio y la señorita Reszke. Hablen esos *Trovadores*, esos *Capuletti* y *Montechi* que han colocado á los abonados á la altura del santo hombre de las llagas. Hablen esos espectáculos sin nombre, que durante más de un mes han convertido el teatro Real en una sinagoga ó en una plaza taurina.

## VI.

Aún hay más; aún hay algo, algo inconcebible, algo paradójico, fabuloso, que es como la suma y compendio de la falta absoluta de direccion artística, que tanto se ha hecho notar en el régio coliseo. Este algo es lo ocurrido con el Sr. Lassalle.

Este distinguido artista, contratado por *treinta mil francos* para *dos meses*, ha cobrado esa cantidad por cantar *una sola noche de abono*, y ha dejado el teatro despues de trascurrido el tiempo de su contrata.

Este hecho es grave, mucho más grave de lo que á primera vista parece. Es grave, bajo el concepto artístico, porque ni el cantante ha podido ser juzgado en *una sola ópera*, cantada *una sola noche*, ni su reputacion y sus merecimientos han podido aquilatarse, con grave detrimento del público y no ménos grave del amor propio del cantante. Parece ser que el Sr. Lassalle presentó á la empresa un repertorio de doce ó quince óperas, ninguna de las cuales pudo ponerse en escena por falta de elementos. ¡Esto con la primera compañía del mundo!

Pero aún es más grave el asunto bajo el concepto económico. La demostracion es facilísima. ¿Quién ha pagado y paga á los cantantes? El público, y principalmente el abono. Precisamente por los desembolsos considerables á que las desmesuradas exigencias de los cantantes del dia obligan á las empresas, se vió la actual en la necesidad de someter al

abono á la formidable alza de precios que las localidades han sufrido.

Esto demuestra bien claramente el derecho que asiste á los abonados y al público de reclamar una compensacion mucho más justificada en el caso presente que en otro cualquiera. Los treinta mil francos que ha cobrado el Sr. Lassalle han salido de los bolsillos del abono y del público, que en vez de pagar el mérito de este artista y sacar el jugo, perdónese lo vulgar de la frase, á una cantidad tan subida, saboreando los talentos del cantante en las principales óperas de su repertorio, ha visto desaparecer al Sr. Lassalle, llevándose esos treinta mil francos por cantar una sola noche *La Africana*.

¿No constituye esta conducta de la empresa un verdadero atentado contra los derechos del abono? ¿Qué nombre merece ese despilfarro, esa malversacion de fondos?

Pero ¿qué ha hecho el abono?

¡.....!  
 Estamos á mitad de temporada, y la situacion del teatro no ha mejorado.

Con decir que si Gayarre tuviera la desgracia de caer enfermo, el régio coliseo tendria que cerrar sus puertas, está todo dicho.

Muchas, muchísimas más circunstancias dignas de ser tenidas en cuenta podrian señalarse, pero basten las apuntadas para dar una idea de la deplorable situacion á que la vida ficticia de la nueva empresa ha traído al primer teatro lírico de España.

Dejando el cuadro para examinar el marco, seria ocioso ocuparse de la *mise en scene*, por mal nombre, que ha cabido á las óperas cantadas hasta ahora, indigna bajo todos conceptos, no ya del teatro Real, sino de un mediano coliseo de provincias.

## VII.

Basta por hoy.

En el próximo artículo me ocuparé de los artistas principales y del repertorio ejecutado hasta la fecha.

Las anteriores censuras pudieran quizá creerse dictadas por un apasionamiento interesado. Afortunadamente, abrigo la pretension de que cuanto ha salido de mi pluma está en la conciencia de todos.

No soy enemigo personal de la nueva empresa, á quien debo más atenciones que agravios. Su conducta deferente en lo que á mi humilde personalidad atañe, me ha impulsado á presentar ante sus ojos el espectáculo de la verdad desnuda, que así creo cumplir con mi deber, por más que he callado cosas importantes que hubieran podido tener preferente lugar en mi largo capítulo de cargos.

En medio de todo, las censuras de la crítica deben importar poco á la empresa cuando sigue contando con la benevolencia inverosímil del abono, y esto mitigará ante su conciencia cualquiera dureza que mis apreciaciones pudieran ostentar.

Por lo demás, los intereses del arte y del público, al par de los de la empresa, seguirán seguramente menoscabados, si no se verifica un cambio radical en la organizacion de ésta, por medio de una direccion artística inteligente y de una personalidad única que asuma la responsabilidad de la parte industrial y administrativa.

De otra suerte, sabe Dios cuál será la suerte de un coliseo por cuyo esplendor debiamos estar todos interesados, y cuya vida debia preocupar más de lo que preocupa, al parecer, á lo que constituye la base de su existencia, á lo que es realmente su fuerza vital, al abono, en una palabra.

Por mi parte, y en el estado á que han llegado las cosas, una catástrofe me hallaria indiferente por lo que á la empresa,

los abonados y el público atañe. *Chi é cagion del suo mal, pianga se stesso*, como dice el refran italiano.

.....  
 Aquí debia terminar, y aquí terminaba, en efecto, esta larga cavatina literaria, cuyas dimensiones habrán parecido al lector tan excesivas como las disonancias preparadas y sin preparacion, que abundantemente encierra; pero, circunstancias de última hora me obligan á añadirla una *coda* importante.

En estos últimos dias, la empresa del régio coliseo ha pasado por una gravísima crisis. Vencidas desde largo tiempo las quincenas de los cantantes y atrasadas de algunos dias la de las masas corales, instrumentales y... coreográficas, estas últimas, que son las que ménos cobran y más trabajan, hubieron de manifestar ciertos conatos de rebeldía que amenazaban convertirse en huelga general, mientras alguna parte de los artistas se reunia con objeto, segun parece, de acudir en queja al señor gobernador de la provincia.

Entretanto, el teatro permanecia en inaccion forzosa, dos dias seguidos.

No seria difícil enumerar los pasos dados por la empresa en tan crítica situacion y los comentarios del público, en el cual su mal humor se acentuaba tardíamente; pero hay un Dios, seguramente, para ciertos empresarios, y el actual del régio coliseo se halla bajo la égida de alguna divinidad tan poderosa como oculta.

Es el caso que la crisis se halla á estas fechas conjurada, que los artistas se encuentran pagados, algunos de ellos, los más importantes, en virtud de recibos *que he visto*, firmados por..... un apreciable revendedor de billetes, que las masas han recibido tambien su debido estipendio, y que vivimos, en fin, en el mejor de los mundos imaginables.

La individualidad que oficialmente regia hasta ahora los destinos del teatro, no existe ya, sino *in nomine*. Parece que la gestion administrativa corre á cargo de varias personas, entre ellas, un conocido agente de Bolsa, un alto empleado extranjero del ferro-carril del Norte, algunos distinguidos revendedores de billetes y otros individuos de mayor ó menor representacion social.

Todos ellos se las prometen muy felices. Con la llegada de Tamberlick, el repertorio adquirirá, dicen, variedad mayor. Se prepara el *Poliuto*, la *Lucrezia*, *Don Pasquale*.

El *Re di Lahore*, de Massenet, ha hecho también su aparición en los carteles.

Vamos á entrar, en suma, en un nuevo período de animación y de esperanzas.

Mientras tanto, el pliego de condiciones, el célebre pliego de 5 de Octubre, continúa impertérrito resistiendo las morisquetas, roto, desconocido, despreciado, hecho girones por la empresa.

Y el ministro de Hacienda calla, y el abono sigue acudiendo lleno de mansedumbre á ese cadalso donde se decapitan sus intereses, y el público sufre y la empresa, á pesar de todos los pesares, *pur si muove*.

«¿Estamos en el Olimpo, ó en la puerta de Toledo?»

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.





## CRÓNICA POLÍTICA.

### INTERIOR.

**C**MPIEZA el año en circunstancias que no dejan de ofrecer gravedad para la política española. Conviene estudiarlas con desapasionado criterio y analizar las consecuencias á que pueden dar origen los diversos problemas que en el estadio de nuestra política deja pendientes de solución el año 1879.

Suspensas las sesiones de Córtes desde las próximas pasadas pascuas, la tregua del hogar, concedida á la expansion de los afectos de familia en estos dias memorables, no ha bastado á calmar los ánimos exaltados, ni á templar las pasiones exacerbadas; subsiste, pues, el encono de las minorías respecto del Gobierno.

Un suceso verdaderamente deplorable mantiene rotas las relaciones parlamentarias de la derecha y la izquierda de ambas Cámaras. El documento en que los representantes del país hoy retraidos dieron cuenta de su proceder al cuerpo electoral, ha motivado los más contradictorios fallos, ya en pró ya en contra del acuerdo que sancionaba.

Segun sus firmantes, el presidente del Consejo de minis-

tros habia inferido hondo agravio á la dignidad del Parlamento, ausentándose del salon de sesiones del Congreso, donde un diputado constitucional le interpelaba, sin dejar cumplidamente satisfechas las preguntas del interpelante. Segun los amigos del Gabinete, el Sr. Cánovas del Castillo se limitó á ejercer el derecho que tiene todo Gobierno de reservarse la oportunidad de contestar, cumpliendo á la vez el deber imperioso que en el Senado habia contraído de regresar á aquella Cámara tan pronto como hiciera su presentacion en la popular.

Como se vé, la cuestion suscitada, más que por su esencial significacion, es discutible por los accidentes que le dan fisonomía característica. Nadie desconoce, en puridad, que el ministerio pudo retirarse del palacio de la plaza de las Cortes para volver al de doña María de Aragon: ¿cómo nó si á título de la promesa de verificarlo así, salió de éste para acudir á aquél?

Pero ¿fué más ó ménos respetuoso el ademán del Sr. Cánovas del Castillo al poner término al incidente promovido por el Sr. Linares Rivas? ¿Cogió el sombrero plumeado con la cortesía del que espera permiso para salir, ó con la resolución del que está decidido á alejarse? Tales son los términos á que se ha reducido y por necesidad ha de reducirse el debate, nimio en cuanto al hecho que lo ocasionara, atendible, no obstante, por la abstencion de las minorías que ha engendrado.

Y concretando á este punto de vista nuestras observaciones, no hemos de ocultar, á fuer de imparciales, que el retraimiento no es, en buena política, ni plausible ni siquiera tolerable. Hay instantes en la vida de los pueblos, que por el empuje de los acontecimientos ó por el ardor de las pasiones, si no justifican, disculpan al ménos determinados actos.

Se comprende la protesta unánime de ciertas clases, representaciones ó partidos en contra de un atentado á sus libertades, prerogativas ó derechos; hasta se engrandece y dignifica el oprimido afrontando el peligro y desafiando la amenaza, como al exclamar el abate Sieyes en plena Asamblea ante

las violentas intimaciones del marqués de Brezé: «Somos hoy lo que éramos ayer; deliberemos.»

Pero ¿es el caso de que se trata tan solemne? ¿Hay causa bastante porque el jefe del Gobierno no procediese tal vez con toda la apetecible galantería parlamentaria, para que sus adversarios abandonen los bancos y dejen sin representación los distritos?

La base primera de la monarquía constitucional consiste, como decía Lamartine, en que el Parlamento sólo vea ministros responsables. Exíjase á éstos todas las responsabilidades en que incurran: abierta está la tribuna, y la nuestra es la más libre de Europa, á todas las manifestaciones de la opinion y todas las necesidades de la política; si un ministro falta, voz y voto tienen los mandatarios del país para residenciarle y condenarle; promuévase la discusion, reclámense sus explicaciones, incúlpele tan duramente como merezca, sin debilidad ni tolerancia, con la energía que ampara la justicia y la mesura que apoya la razon: así se forman las costumbres parlamentarias y se defienden los fueros de los pueblos. Pero, ¿hay acusacion justificada donde se elude el debate? y ¿puede haber juicio completo sin acusacion y sin defensa?

Ni los intereses de partido abonan tampoco el retraimiento, que podrá esgrimirse como arma eficaz para un fin dado en determinadas circunstancias, pero que hiere siempre en el corazon al sistema representativo, cuya pureza inmaculada todos sus defensores tenemos obligacion de conservar, amparando sus bases fundamentales, holladas lastimosamente cuando se prescinde de los medios legítimos que ofrece para aclarar cuantas complicaciones surjan, y se apela, en cambio, á la desercion y al silencio para dejar en las sombras el agravio.

Por eso, el retraimiento, que en principios no puede disculparse, es además peligroso como hecho.

Y hé aquí otro aspecto del asunto altamente interesante. Desde luego se interrumpen de tal suerte las funciones legales de ciertas propagandas: el ideal del partido retraido deja de tener eco y accion allí donde la patria congrega á sus representantes, para que todas las doctrinas se depuren y todas las

opiniones se manifiesten; pierde, pues, legítima influencia en la cosa pública y es fácil que se encastille en los oscuros ámbitos de lo ilegal para obtener un fin cuya realización, á la luz del día, por las vías legales, renunció. Así se llega á los empeños de la fuerza enfrente de las resoluciones del derecho, camino funesto, en primer término para los que á él se aventuran sin pensar que, aún alcanzando el apetecido éxito, en día no lejano habrían de verse precisados á repetir con Royer Collard: «estoy entre los vencedores, pero estoy triste entre los vencedores.» Porque hay culpas que arrastran consigo la pena cual inevitable corolario, y no existe, ni puede existir, partido alguno que, más tarde ó más temprano, no haya de sentir, como conjuro contra sí, la eficacia de los mismos ilícitos procedimientos á que fiara el triunfo de su causa. Apelar á ellos es ya condenarse por anticipado á perder prestigio ante la opinion y fuerza ante sus adversarios de mañana. Si por el gobierno se lucha, es preciso no olvidar que en el gobierno, cualesquiera que sean las ideas que se proclamen, ha de representarse, sobre todo, el principio de autoridad. Y, ¿cómo mantenerlo ni alegar sus fueros cuando se han barrenado sus cimientos, desvirtuándolo y conculcándolo como medio para llegar á representarlo? Por eso el retraimiento de los partidos, aún siendo, como es, grave y trascendental de presente, es siempre más trascendental y más grave para el porvenir, volviéndose entónces, en justa expiacion, contra los mismos que de él se aprovecharan.

Por otra parte, es innegable que los partidos retraidos llegan á perder su fisonomía propia, el sello que distingue sus soluciones y sus doctrinas, reducidos á la inaccion en las esferas públicas de la ley. No de otra manera que en la oscuridad se confunden los colores y desaparecen los matices. Y es que la luz lleva á todas las esferas gérmenes de vida, así como la noche es sombría imágen de la muerte.

\*  
\*  
\*

¿Se plegarán las minorías á la lógica de las conveniencias parlamentarias? ¿Dará explicaciones sobre el suceso del día 20 el señor presidente del Consejo de ministros? ¿Continuarán abiertas las Córtes, á pesar de la abstencion de las oposiciones? Tales son las preguntas que en los círculos políticos daban pábulo á polémicas durante el interregno parlamentario de los últimos días. Y fuerza es confesar que los comentarios en uno ó en otro sentido obedecian sólo á las aficiones políticas de los comentaristas. La cuestion no podia ventilarse sin cierto apasionamiento de una y otra parte.

Llegó el día 10, reanudáronse las sesiones y quedó averiguado que las minorías no entran en el salon, y que el Sr. Cánovas del Castillo no está dispuesto á suscribir memoriales para que entren. La exigencia de aquéllas es realmente tan absoluta, que ni aun á la entidad de los hechos se aviene. «Pido perdon á Dios y á los hombres;» dijo Danton en un momento solemne, arrepentido de grandes pecados políticos que atormentaran su conciencia; y la frase tuvo magestuosa resonancia. Lo mismo dijo Laffite porque no excedió de nueve millones la economía introducida en los presupuestos de la revolucion de 1830, á la cual tan poderosamente habia contribuido, y la frase suscitó general hilaridad. Piensen los agraviados que la ofensa no merece el honor del arrepentimiento de Danton y que la parodia fué ridícula en Laffite.

De ahí que la abstencion de las minorías no pudiera justificar tampoco, por su falta de motivo verdadero, una disolucion de Córtes aconsejada por el Gobierno de S. M. ¿A qué respondería la disolucion, dado el efímero pretesto utilizado por las oposiciones para rebelarse contra el ministerio? Equivaldria á reconocer en su concurso una necesidad ineludible y en su rebeldía una trascendencia inmediata, que no deben preocupar sériamente. Seria un acto de debilidad de parte de los gobernantes, que someteria nuevamente á los pueblos á la perturbadora lucha de los comicios.

El actual Gobierno hállase al presente, bajo este punto de vista, en circunstancias parecidas á las que atravesó en 1839 el Gabinete francés presidido por el conde de Molé. Todos los colosos de la tribuna le habian combatido con ira; todos los

partidos se habían armado contra él; todos los ardides se habían puesto en juego para derribarle. Y no obstante, aquel Gabinete hizo frente á todas las tempestades, y venció en todas las votaciones, sin la mayoría que apoya á este Ministerio y sin que el conde de Molé poseyera las dotes oratorias ni los timbres políticos que tiene conquistados el Sr. Cánovas del Castillo. Se dejó dominar, al fin, por el que gráficamente llama un escritor deseo inmoderado de mayoría más considerable, pidió y obtuvo de Luis Felipe la disolución del Parlamento, y aquel fué su grave error, cuyas consecuencias no tardó en experimentar á costa propia.

Al reanudarse las sesiones de Córtes, dos asuntos reclamaron desde el primer momento la atención de los representantes del país: el atentado criminal de que fueron objeto los reyes de España en la tarde del día 30 de Diciembre y el fallecimiento prematuro de un hombre que llegó en vida á los más altos puestos del Estado y á cuya memoria se han tributado en muerte las más expresivas manifestaciones de unánime respeto.

¿Cómo no protestar con toda la energía propia de hidalgos pechos contra el intento regicida que pudo sumir á España en las tenebrosas aventuras de un porvenir incierto, al ensangrentar el trono con el puñal del asesino? La indignación ocasionada por el hecho es general en todas las clases y partidos: que á ninguno puede deslumbar, cualesquiera que sean sus tendencias, el aparato de aquellas célebres propagandas de las sociedades secretas de París, según las cuales el asesino y el ladrón quedan puros, lavándose en la sangre de los reyes, como dijo *Le Moniteur republicain*.

Todas las representaciones sociales, el Senado y el Congreso, por órgano de los Sres. Barzanallana (D. José) y Cam-

poamor respectivamente, han manifestado la honda pena con que el delito impresionó los ánimos, felicitando á la vez á los monarcas por haber salido ilesos del abominable atentado, ya el segundo en poco más de un año que ennegrece la historia de España y enrojece de vergüenza á los españoles.

La repetición de tan inícuos hechos merece llamar la atención de los pueblos y de los Gobiernos, hácia la que elocuentemente calificó el Sr. Cánovas de enfermedad del regicidio que ha contaminado á toda Europa. Como decia con razon el jefe del Gabinete, al referirse al asunto en el Congreso, lo mismo ataca el mal á las monarquías absolutas que á las más liberales, que á las templadamente liberales y representativas. Y es que la enfermedad no está en las formas ni en los procedimientos de gobierno, no está en que los Gobiernos sean más ó menos liberales, porque lo mismo se produce en la autocrática Rusia que en la constitucional Alemania, que en la exaltadamente liberal Italia, que en España, que en Europa entera. «Hora es, decia con verdad el Sr. Cánovas del Castillo, invocando la unanimidad de los hombres honrados en contra de las asechanzas del delito; hora es de que nos entendamos todos los hombres de bien, bajo cualquier forma de gobierno y en cualquier region del mundo, en defensa del principio de autoridad, porque es el principio de autoridad el amenazado; es la indisciplina la que sube y crece y amenaza acabar con la civilizacion general; y es, pues, en pro del principio de autoridad y en contra de la indisciplina donde todos debemos encontrarnos, donde todos podemos lealmente coincidir.»

Al efecto, no bastan, en opinion del Sr. Cánovas, ni conquistas ni grandes y quizá inauditas glorias militares; no basta la monarquía imparcial, perseguida por la demagogia, por lo mismo que representa las ideas fundamentales y cardinales de la civilizacion europea; ni basta tampoco á los presidentes de las repúblicas, la forma de aquellos Gobiernos, ni el género de expansion política que ellos consienten, para librarlos en muchas ocasiones del puñal asesino, como de ello han sido ejemplo la república de los Estados-Unidos y las repúblicas hispano-americanas.

La lucha entablada en el mundo moderno entre la licencia y la autoridad, la demagogia y el poder, el desencadenamiento de todas las malas pasiones y la disciplina social, no escoge medios de acción para obtener el triunfo, y si no lo consigue de otro modo, arma sin escrúpulo el brazo del malvado y confía la empresa al regicidio.

Por fortuna, la mano de la Providencia se interpone visiblemente para malograr tan torpes designios, y son sus autores ó instrumentos los que perecen en justa expiación del crimen.

\*  
\*  
\*

El Congreso de los Diputados está de luto. El que fué su último presidente, aquella severa figura de enhiesta cabeza, ancha frente, mirada penetrante, el político, el poeta, ha dejado de existir. D. Adelardo Lopez de Ayala, el escritor clásico, el orador elocuente, el autor de *Un hombre de Estado* y de *El Tejado de vidrio*, de *El tanto por ciento* y de *Consuelo*, el que en la escena cosechó tantos laureles como timbres conquistó en el Parlamento, cambia por la vida de la eternidad, esta vida pasajera del mundo.

Ayala ha sido ya definitivamente juzgado como autor dramático y como hombre público. La posteridad no hará sino confirmar ese juicio. Su estro poético le alzaba al par de los más admirables poetas de nuestra edad de oro; su talento privilegiado, su palabra serena, correcta, á la vez espontánea y tersa y limpia, le otorgaban un primer puesto entre nuestros más eminentes estadistas y oradores. Nada más persuasivo y gráfico que su discurso en las Cortes de 1869 á favor de la monarquía, notable documento parlamentario que, sin embargo, yace en el olvido. No lo olviden los encargados de coleccionar sus obras.

No es fácil que Ayala tenga sucesor en la república de las letras, y es muy difícil procurar su reemplazo en la presidencia de la Cámara.

Varios han sido, no obstante, los hombres que se han indicado con este último objeto, si bien la opinion se ha fijado en tres con preferencia. Realmente son los únicos que podian citarse con derecho: D. Francisco Romero Robledo, el conde de Toreno y D. José Elduayen.

El primero, ya antiguo en la política, con significacion muy caracterizada en el partido liberal-conservador, jefe nato de la mayoría parlamentaria, reúne indudablemente valiosos merecimientos para ocupar el sillón presidencial. Pero su misma importancia política dentro del Ministerio, hace tal vez indispensable su permanencia en él al frente del departamento de la Gobernacion. Egoistamente procediendo, el partido á que pertenece ha de utilizar como más provechosos sus servicios desde el sillón ministerial. Y el Sr. Romero Robledo, comprendiéndolo así, ha demostrado que tiene en más servir á su partido que á sus conveniencias personales.

El Sr. Elduayen, aunque sin la alta representacion política de su compañero de Gabinete, reúne tambien indisputables títulos para presidir la Cámara, en la que ha desempeñado funciones de vice-presidente primero. Pero quizás la índole especialísima de las cuestiones que en el seno del ministerio están sometidas á su ilustrada iniciativa, suscitaria una complicacion, que debe evitarse, si abandonase su cargo actual para desempeñar funciones presidenciales en el Congreso.

Ninguno de estos inconvenientes embarazan la eleccion del señor conde de Toreno, ministro desde pocos meses despues de la restauracion, carácter conciliador, inteligencia clara, cuyos actos como ministro no han suscitado ágrios debates, y cuya cortesanía y distincion le han conquistado simpatías generales en todos los partidos.

El candidato del Gobierno estaba, pues, indicado por conveniencias políticas y por merecimientos propios. Habia de ser el conde de Toreno, quien, al abandonar el ministerio de Estado, deja entrada en el Gabinete á otro individuo de la mayoría.



Entretanto, esperan turno de discusión los presupuestos y las leyes relativas á la organización económica de la isla de Cuba. Las cuestiones que con tal motivo han de ventilarse en el seno de la representación nacional revisten la más grave importancia. Trátase de regularizar la marcha financiera de la Península, donde ha sido preciso que continúe vigente el presupuesto anterior por no haberse aprobado en tiempo oportuno el del corriente año, y trátase además de resolver, con relación á Cuba, el problema tributario, el de cabotaje, el del derecho diferencial de bandera y otros de suma trascendencia para el porvenir de la gran Antilla. Las tareas parlamentarias han de ofrecer, por consiguiente, capitalísimo interés, ya que hoy no son ellas las que preocupan en los círculos políticos, sino lo que ha dado en llamarse la formación del tercer partido y lo que pudiera suponerse el fracaso del manifiesto democrático.

Juntas en todos los barrios de la población; cartas, tarjetas postales y telegramas á la capital de Francia; debates de viva voz y por escrito acerca de un concepto, de una frase y hasta de una palabra; lecturas privadas y solemnes; borradores y más borradores; tal ha sido el cortejo de bautizo, con honores de verdadero cortejo fúnebre, del documento que en París concertó el Sr. Martos con el Sr. Ruiz Zorrilla y que en Madrid no se avienen á firmar los amigos del uno ni del otro.

En estos momentos continúa la laboriosa gestación del *nonnato* documento. ¿Cuáles serán las declaraciones que en él se expongan? ¿Cuáles las aspiraciones que ha de traducir? En el seno de la democracia española se está librando actualmente una batalla decisiva entre los apasionados fanáticos de la licencia mal encubierta bajo el manto de la libertad y los más expertos defensores de la democracia de orden. ¿Qué extraño es, pues, que al pretender confundirse en un abrazo lejos de estrecharse como hermanos se opriman unos y otros como adversarios? «Gozo al ver que atacan la política actual los mismos que la practicaron,» decía Garnier Pagés á Guizot en una ocasión solemne: ¿qué derecho teneis para increparnos? pueden decir con igual razón los demócratas exaltados

á los demócratas conservadores de hoy, sus antiguos órganos y maestros.

La labor es árdua y ha de costar mucho tiempo que la democracia se organice: derrocados los ídolos, desmentidos los ideales, la bandera democrática flota en girones sobre escombros y ruinas. Pero no puede dudarse que hay una *estética política* que exige su reconstitucion como partido vigoroso: nadie tiene derecho para disputar á la democracia el padrino de determinadas soluciones, que han de influir poderosamente, y que de hecho influyen ya, en la vida de los pueblos modernos. A la democracia está reservada la representación política que atribuía Rhomer al partido radical, ávido de reformas, iniciador, propagandista, activo, que mira hácia adelante sin respetar suficientemente lo que deja atrás.

Al lado del radicalismo ha de desenvolverse y vivir el partido liberal, que entre nosotros tiene representación en esas fracciones no bien definidas por sus ideales, que aspiran á formar en la vanguardia de los monárquicos: constitucionales, centralistas y aún demócratas á la inglesa, de los que hay en nuestras Cámaras algunos ejemplares.

El partido conservador tiene bandera conocida, y fuerzas respetables. Y el absolutismo no deja de ostentar representación numerosa y aguerrida.

Hemos aceptado esta clasificación como base para discutir los títulos que podrían abonar la formación de ese nuevo partido soñado; según se dice, por el Sr. Posada Herrera. Examinadas las esferas de la política, ¿hay en ellas algún ámbito desierto, donde no resuene la propaganda de una idea en lucha con otras propagandas? Todas las opiniones madres tienen eco y realidad en nuestra vida política: los que lo piden todo, los que lo niegan todo, los que conceden algo más, y los que otorgan algo menos, pasean sus estandartes reclutando adeptos, mejor organizados y con mayor éxito los unos que los otros, pero compartiendo entre todos el dominio absoluto de los diversos procedimientos de gobierno. ¿A qué respondería el partido en proyecto? ¿Aportaría alguna nueva solución á la ciencia política? ¿Representaría alguna tendencia desconocida entre los partidos hoy existentes?

Se trata, por el contrario, de convertir en ejército la plana mayor indisciplinada de varios ejércitos en disolución; se trata tal vez de utilizar el prestigio de un nombre que debe á sí mismo y á los azares de la suerte, autoridad no despreciable; pero contando con hombres, no siempre se cuenta con ideales. El partido proyectado equivaldría á cambiar los actores, sin variar la obra representada.

Ha sonado, sin embargo, á propósito de tales planes, una palabra de significación tristísima en nuestra historia. Se ha hablado del *militarismo* como medio de constituir nervio de partido fuerte y vigoroso. Pero es preciso convenir en que la pavorosa esfinge que se pretende evocar ha perdido ya toda su mágica influencia. Las costumbres públicas han adelantado: por una parte las barricadas en las poblaciones, eso que llamó un orador insigne la *soberanía de la calle*; ha pasado para no volver: por otra, la experiencia ha aleccionado á las clases militares haciendo patentes las graves perturbaciones, á cuyo desastroso influjo ni ellas mismas logran sustraerse, que acarrea, en días de luto para los pueblos, el olvido del verdadero fin de la fuerza armada que labra su propio desprestigio y su ruina y su muerte, interviniendo en las candentes luchas de la política activa. Si del escudo que ampara se hace arma que hiere, ¿dónde buscar garantías de pública seguridad?

\* \* \*

Sin organización los demócratas, secta sin credo unánimemente recibido, retraídos constitucionales, históricos y centralistas, pendientes de debate los proyectos relativos á Cuba y los presupuestos de la Península, reciente el atentado contra el monarca, muerto Ayala al que precedió en breve plazo el general Zavala, también figura importante en los fastos de la historia patria; subdivididos los partidos en grupos y los grupos en fracciones, en disidencia el generalato respecto de

la legal inteligencia de sus derechos y deberes, ¿no teníamos razón para empezar consignando que las presentes circunstancias en España son dignas de meditado exámen? ¿Que el año de 1880 trae á la vida pública de nuestro país grandes problemas que resolver y temerosos peligros que dominar?

Preparémonos á trazar su historia con imparcial veracidad, ajenos á los empeños de partido y libres de las preocupaciones de escuela. El año de 1879 no puede alegar haber vencido reyes moros: pronto, Dios mediante, que un año es un minuto, hemos de poder testificar si engendró quien los venciera.

Escrita ya y en las cajas la presente crónica, llega á nuestro poder el discurso pronunciado por el señor presidente del Consejo de ministros en la sesion celebrada el dia 12 en el Senado. El Sr. Güell y Renté, por móviles que le honran, creyó oportuno excitar al jefe del Gobierno á que hiciese pública manifestacion del respeto que las minorías le merecen. Así, pudiera terminarse, ante la lealtad de confesiones de una y otra parte, el conflicto surgido á consecuencia del ruidoso incidente del Congreso. El Sr. Cánovas del Castillo, que escuchó con sorpresa el deseo del senador por la Universidad de Cuba, no rechazó, sin embargo, la ocasion que se le brindaba de dejar á salvo la responsabilidad que se le ha atribuido en aquel deplorable suceso. Los términos en que se expresó son dignos del Sr. Cánovas del Castillo y de las minorías. Lamentando la ausencia de éstas, que impedia hacer en la Cámara una cumplida defensa de la conducta del orador, negó rotundamente haber incurrido en falta alguna de cortesía, ni de intencion ni de hecho; y para demostrarlo narró minuciosamente lo ocurrido en la Cámara popular al presentarse en ella el Ministerio, bajo la promesa empeñada á la alta Cámara de regresar allí en seguida, con objeto de contestar la interpelacion del Sr. Pelayo Cuesta acerca de las causas de la crisis y de la constitucion del nuevo Gabinete.

En el Congreso no se le interpeló sobre este asunto; lo único que se hizo fué pretender que continuara discutiéndose una proposición que habia quedado pendiente dos ó tres días ántes, y que se reducía á pedir al señor presidente de la Cámara que señalara sesiones extraordinarias para la discusión de los presupuestos.

Y el Sr. Cánovas del Castillo argüía:

«Es decir, que reglamentaria y oficialmente se trataba de una proposición de orden absolutamente interior; de una proposición de aquéllas en que no ha solido jamás tomar parte el Gobierno; de una proposición en que realmente no tenía que tomar parte el Gobierno, porque soberanos como son estos Cuerpos Colegisladores respecto á su régimen interior, á ellos sólo corresponde fijar la hora de las sesiones, así como también acordar cuándo han de celebrarse sesiones extraordinarias.»

El Gobierno podía, pues, prescindir de ese debate y prescindió de él, trasladándose al Senado, donde le esperaba otro que directamente le interesaba. Tales fueron, según el señor presidente del Consejo de ministros, las causas de su retirada del Congreso, que realizó, añadía, sin el menor propósito de ofender á los señores diputados. La declaración es tan francamente explícita como entre hombres de honor debe bastar á satisfacer por completo toda especie de reparos.

El señor presidente del Consejo protestó, por otra parte, del empeño de las minorías, á fin de erigirse en árbitros de la dignidad de la Asamblea, como si ésta no tuviera otra representación, la de la mayoría, parlamentariamente más autorizada.

Y después de invocar sus antecedentes como hombre de Parlamento, cuya sinceridad de convicciones constitucionales destruye la imputación de que se le hace objeto de suponerle capaz de quebrantar las conveniencias parlamentarias, terminó con las siguientes expresivas palabras:

«Pero en cualquier tiempo, en cualquier día, á cualquiera hora, en cualquier sitio que se me proponga una fórmula que deje á cubierto la dignidad del Gobierno, no más á salvo que la de las minorías, pero tan á salvo como la de ellas (que eso

al ménos tienen derecho á exigir los hombres de honor); una vez salvado en mis manos el sagrado depósito que tengo; evitado el peligro de la humillacion de la autoridad pública, que más necesita de fuerza que de humillaciones en el momento histórico presente, nadie se me adelantará en hidalguía ni en generosidad, porque, despues de todo, ¿qué más declaracion podria yo hácer en parte alguna que la que he hecho aquí en estos instantes? ¿Por qué pugno yo aquí? Pugno meramente por que se dejen á salvo los derechos y la dignidad del Gobierno. Pues bien; en nombre de la pátria, en nombre del rey, en nombre de la libertad, pida á esos señores retraidos el espíritu de verdadera conciliacion y concordia que yo siento, y esté seguro el Sr. Güell y Renté que en brevísimo plazo todo habrá quedado terminado por completo.»

Toca ahora á las minorías aceptar el debate en los términos en que se le brinda: no tratándose de una cuestion de amor propio, sentimiento mezquino ante los grandes intereses del país, es de esperar que éstos decidirán la contienda á favor de una avenencia digna, que reclaman de consuno el prestigio de la tribuna y la garantía de las instituciones públicas.





## REVISTA EXTRANJERA.

---

### I.



PARA que esta revista fuese completa, seria preciso que se hablase en ella, no sólo de las naciones civilizadas, sino tambien de los pueblos bárbaros. Sin embargo, por falta de espacio para ello, hoy no hablaremos, sino muy poco, acerca de estos últimos. Es cuestion gravísima y de sumo interés, que si hoy nos limitamos á plantear, en otro y otros números trataremos con la extension conveniente. La REVISTA CONTEMPORÁNEA, que va á manos de personas ilustradas, que estudian y meditan, necesita suplir el efecto de una verdadera biblioteca, suministrando cuantos datos sean necesarios para esclarecer las grandes cuestiones que ahora se agitan en el mundo. Por esto consagrará artículos especiales y escritos con conciencia á la situacion actual de Marruecos, la Argelia, Túnez, Turquía, Egipto, la India, la China, el Japon, etc., etc., con el objeto de que se vea lo que son estas naciones en sí, ó bajo el punto de vista de su política interior y en sus relaciones con el mundo civilizado, ó bajo el punto de vista de su política exterior.

La prensa española, por desgracia, deja un gran vacío en este punto, que necesita y debe llenarse.

La política interior de los pueblos no civilizados llama poco la atención de Europa. Como la ignorancia es inseparable de la debilidad, naturalmente, no se abrigan grandes temores acerca de la mejor ó peor administración ó la más ó menos defectuosa organización de dichos pueblos. Si se piensa en ellos, no es por respeto á su civilización, ni consideración á su fuerza, sino sólo para averiguar qué potencia civilizada ha de conquistarlos ó explotarlos. Esto es triste, pero de todo punto exacto. La parte no civilizada de la humanidad recibe y recibirá sin cesar terribles humillaciones. Este mal no desaparece, ni desaparecerá, mientras no desaparezca la ignorancia, que es su causa.

Para convencerse de esto, no se necesita más que fijar un poco la atención en la Oceanía, en Asia y en Africa.

La Oceanía no envía á Europa sino primeras materias ó lo que la naturaleza da á su suelo. Y aún para esto, se necesita que los europeos recojan riquezas inmensas que los indígenas no saben ni aún apreciar. Es un territorio inmenso, fértil por su propia naturaleza; pero débil, y hasta debilísimo por su atraso intelectual y la escasez de su población, del cual casi ni aún nos acordáramos, á no ser porque nos fuerzan á pensar en él los elementos de riqueza y fuerza que suministra á las naciones que lo colonizan y explotan. El interés que nos inspira es grande; pero, como se ve, casi puramente negativo.

Del Asia pudiera decirse lo propio. El Japon ha derribado los muros que le separaban de Europa y se ha arrojado con más que excesiva violencia por el sendero de una civilización puramente naturalista, que lo convierte en un verdadero volcán. En menos de diez años ha dado un inmenso salto de diez siglos. Ha cambiado la forma de su gobierno, ha destruido ó comprimido su feudalismo, se ha puesto en comunicación con el mundo civilizado, busca con vivo empeño la ciencia y la industria de Europa, y no perdona medio ni sacrificios para construir líneas férreas, organizar ejércitos y crear una fuerte marina militar.

Esto no obstante, como su nueva fuerza es sólo europea, sólo de Europa puede recibirla. El antiguo feudalismo japonés está comprimido, no por la civilización japonesa, sino por el influjo directo é inmediato de la civilización europea. La hacienda y la riqueza del Japon, bastante comprometidas por cierto, se hallan á merced de capitalistas y hacendistas europeos. El Japon, cuyos elementos indígenas son tan escasos para caminar con la precipitación que camina, ha necesitado confiar sus cátedras á profesores de toda Europa, sus ejércitos á oficiales franceses, su marina á oficiales ingleses, y la alta dirección de su gobierno y su comercio á empresarios aventureros y agentes diplomáticos, más ó menos disimulados, de diversas potencias.

En este cambio, que tan brusco y tan radical ha sido, hay peligros interiores y exteriores. Hay peligros interiores, por el desequilibrio que existe entre lo que la gran mayoría de la nación quiere y lo que el partido europeo, hoy preponderante, que no es sino la gran minoría, se empeña en hacer prevalecer. Este pudiera ser causa de graves y no lejanos conflictos.

Hay también peligros exteriores, porque Europa considera el Japon como una inmensa brecha para penetrar en la China, y ésta ha de dar margen á complicaciones no leves. El Japon es una gran posición estratégica, que por fuerza se han de disputar Francia é Inglaterra, Rusia y los Estados Unidos. El Japon, cuya fuerza política, considerada en sus relaciones con Europa, es casi nula, no puede hoy menos de mirarse como una rica mina, un gran mercado, un ventajoso punto de partida y un excelente camino para la civilización. La diplomacia va ya considerándolo como la Turquía del extremo Oriente. Baste esta indicación para que se comprendan toda la importancia que tiene y todos los conflictos á que puede dar lugar.

La China, imperio de extensión inmensa y población grandísima, pudiera ser mucho porque le sobran los medios materiales, y no es sino muy poco, porque carece de la fuerza que dá y sólo puede dar la civilización. China, que no imita al Japon, se empeña en estancarse y aislarse, conservando su

manera de ser y alejándose por sistema de todo contacto con la civilización. No quiere telégrafos ni ferro-carriles, no tiene ni caminos ni canales, no acaba de franquear por completo sus puertas y se opone á toda reforma importante, de carácter político ó administrativo.

Esta situación violenta no puede ya sostenerse por mucho tiempo. Los emigrados chinos, que ya empiezan á llamar la atención por su gran número, al volver á su país continuarán siendo de su país; pero no dejarán de esparcir las semillas civilizadoras que, áun á su pesar, han recibido en otros países. Estos emigrados, al verse de nuevo en la China, no han de resignarse á viajar en pesadas carretas, despues de haberse acostumbrado á recorrer inmensas distancias en ferro-carril.

Por otra parte, Europa, que desea que el mundo sea para el mundo ó que en todo el orbe no haya pueblos que sean como cotos vedados, por necesidad ha de hacer que China derribe sus antiguas murallas y deje de considerarse como *celeste imperio*. Lo humano no puede separarse de la humanidad.

Por lo que atañe á Africa, no diremos sino poquísimas palabras.

Marruecos es un territorio inmenso con una población relativamente muy escasa. Su grandísima extensión hace su conquista peligrosa y su conservación en extremo difícil. Además, su escasez de población hace improductivo su suelo y sería la ruina del pueblo conquistador. Marruecos no podría producir jamás ni la décima parte de lo que costase su adquisición. Añádase que exigiria algunos millones de colonos, lo cual, sin poblarlo de una manera suficiente, despoblaria bastante á la nación colonizadora. La política de buscar oro, desprendiéndose de brazos, es la más insensata de todas las políticas. Esto, que tan claro es, no se ve hoy por todo el mundo.

La Argelia está hace tiempo en poder de Francia; pero pasan años y años y no olvida que es parte de Africa. Hágame lo que se haga y dígame lo que se diga, los argelinos no dejarán nunca de ver y decir que la costa africana no es costa francesa. La Argelia, que cuesta á Francia muchísimo y le

produce muy poco, será siempre un gran peligro, porque ni olvida su historia ni renuncia á su esperanza. Nosotros hablamos de esto, como la prensa francesa habla de Polonia, sólo con el propósito de hacer ver cuán difícil es la dominación de pueblos que han tenido vida propia, que tienen historia antigua y no se olvidan de su independencia.

Túnez se cree independiente y es muy codiciado por Italia; pero está protegido por Francia, como lo está Marruecos por la Gran Bretaña. Francia se resignará quizá con pena á no extender sus fronteras del Este de la Argelia; pero no toleraría jamás que la bandera italiana pasase de Sicilia y Cerdeña para envolver á Córcega y flotar en las costas de Túnez. La empresa de Túnez costaría á Italia una guerra de conquista, muy costosa por lo ménos, y una guerra con Francia, cuyo éxito pudiera no serle favorable. Añádase á esto que en un conflicto de esta índole Italia se quedaria aislada y Francia encontraría no pocos ni débiles aliados.

En fin, Turquía, última gran potencia africana, vive ya, no por sí, sino por la protección interesada, que, contra su voluntad, le dispensan las naciones que aspiran á enriquecerse con sus despojos. Su atraso en el camino de la civilización la priva de fuerzas y la pone enteramente á merced de sus enemigos. Acaba de ser vencida, humillada y desmembrada, y nada le indica que están próximos á desaparecer sus peligros.

Rusia quiere expulsarla de Europa, y si no lo consigue, es porque Inglaterra y otras naciones se lo impiden. Francia se obstina en levantar y engrandecer á Grecia á espensas del territorio turco, y si se vé detenida en su camino y hasta obligada á retroceder, no es por respeto á los ejércitos de la media luna, sino porque Rusia y Austria, Italia é Inglaterra, Alemania y acaso también los Estados-Unidos, se oponen á que el pueblo francés vuelva á ser preponderante.

De Egipto no hay que hablar. Es sólo un apéndice de la gran cuestión de Oriente; pero aunque sea sólo un apéndice, pudiera convertirse en el cráter del volcán. El Cairo, capital del reino de los Faraones, es hoy objeto de muchas y acaloradísimas disputas entre Italia y la Gran Bretaña, por una

parte, y la república francesa por otra. Las demás grandes potencias, esto es, Rusia, Austria y Prusia, aunque sin aparecer en primera línea, están conformes en que Francia no debe adquirir preponderancia, y le niegan toda clase de iniciativa. Esto hace que las cuestiones de Egipto y Grecia, planteadas hace más de un año, no sólo no se resuelvan, sino que hasta se alejen cada vez más de su proyectada solución.

Pero ya hemos hablado, quizá con excesiva extensión, de la actual situación política de los pueblos que ó no figuran ó figuran poco en la escala de la civilización. De lo expuesto se deduce, en nuestro sentir, con entera evidencia, que donde no hay civilización no hay riqueza ni poder, ni por lo tanto, fuerza para colocarse en actitud agresiva. Por esto las cuestiones exteriores, al tratarse de estos pueblos, tienen un carácter puramente *negativo*. No pueden conquistar; pero pueden ser conquistados, y la política, por lo tanto, no piensa en preservarse de ellos, sino en contener á las potencias que los pueden conquistar.

Mediten en esto los ideólogos que hablan de ideales políticos y empujan á España hácia regiones que no pudieran ser sino su sepulcro. Marruecos, que no puede pasar el Estrecho, fué la tumba del rey D. Sebastian y de todo su ejército. Además no se pierda de vista que si hoy hay cuestión del Bósforo y no cuestión del Estrecho, es sólo porque, si Rusia piensa en Turquía y Francia en Grecia, España, aleccionada por la historia y contenida por la prudencia, se guarda bien de pensar en Tánger y Mequinez. No hay ninguna potencia que piense en la conquista de Marruecos, pero todas están decididas á contribuir á que este antiguo imperio no desaparezca.

## II.

*América.*—La guerra entre Chile y el Perú y Bolivia, tan en mal hora comenzada, y ya tan larga y tan sangrienta,

continúa y nada indica que esté próxima á su fin. Es guerra fratricida, y como fratricida, tenaz y en extremo cruel. Chile, cuyo inmenso territorio está casi despoblado, desea apoderarse de nuevos territorios, que de ningun modo podria poblar. Su conquista, si se llevase á cabo, seria completamente inútil por falta de poblacion. El Perú y Bolivia perderian algo, y Chile, aún triunfando, no ganaria nada y perderia muchísimo. La victoria no le serviría sino para aumentar el número de sus necesidades y el de sus enemigos. Bolivia y el Perú, repúblicas vencidas, no perdonarian nunca la ofensa á Chile, república vencedora. Se trata de tres repúblicas hermanas y vecinas, que pelean sin razon y se odian mutuamente durante mucho tiempo.

Hasta ahora, no obstante algunos reveses de importancia, la suerte de las armas va mostrándose favorable á Chile. Su escuadra ha destruido las pocas fragatas que tenia el Perú, y su ejército, despues de largas y penosas marchas, penetrando en el territorio enemigo, ha obtenido una señalada victoria y se ha apoderado de varias poblaciones y una region bastante codiciada por sus riquezas. Las dos repúblicas vencidas pierden un territorio feracísimo, que por falta de brazos no podian explotar, y la república vencedora adquiere una exensa provincia, que, por idéntica razon, no podrá fertilizar ni aún conservar. Esto no obstante, la lucha se prolonga, la sangre se derrama, y ni en los Parlamentos de las repúblicas beligerantes se hace oír la voz de la prudencia, ni los Gobiernos de las repúblicas vecinas, todas hermanas, dan pasos encaminados á llegar á la paz. Por el contrario, el Perú y Bolivia, mostrando cada vez más exasperacion, cambian revolucionariamente sus Gobiernos, y las repúblicas vecinas, inclinándose bastante al pesimismo, siguen proclamando el principio de abstencion ó neutralidad, acaso por ver con secreta complacencia una lucha, de la cual han de salir muy mal parados todos los contendientes. Esto, que ha sucedido muchas veces en la vieja Europa, quizá esté sucediendo ahora mismo en el nuevo continente. ¡Cuán cierto es que las pasiones humanas son idénticas en todas partes!

Los Estados-Unidos, la gran república norte-americana,

que con un sólo gesto pudiera poner fin á la guerra, guarda un calculado y absoluto silencio, y permite que las tres pequeñas repúblicas del Sur, que ya son tan débiles, acaben de debilitarse, por no decir destruirse. Esta conducta, que nada justifica ni explica, será muy duramente calificada por la historia.

Las repúblicas del Centro y Sur de América empiezan á comprender que nada tienen que temer de España, y, ó entran, ó se preparan á entrar en relaciones diplomáticas con el Gobierno español. Esto, que es una verdadera exigencia de la opinion pública, honra mucho á España, porque prueba que se reconoce su desinterés y se le hace justicia, y favorece bastante á las repúblicas en cuestion; porque demuestra que comienzan á romper la venda que cubria sus ojos, y á ver con toda claridad que, durante años y años, han estado confundiendo las especies, y llamando amigos á sus enemigos, y enemigos á sus amigos. Las repúblicas hispano-americanas, algo ingratas con nosotros, acabarán por reconocer y confesar que su aliado natural y desinteresado es, y sólo puede ser, España.

Los Estados-Unidos, por su parte, aunque, al parecer, libres por ahora de cuestiones exteriores, en lo interior no dejan de tropezar con obstáculos que no han de superar sin mucho trabajo y grandes sacrificios.

La última guerra dejó heridas que no parecen bien cicatrizadas. El Norte venció, pero no convirtió al Sur. Esta parte de la gran república vencida aceptó la ley del vencedor; pero ni olvida su derrota, ni pierde jamás sus esperanzas.

Al elegirse el actual presidente, se lanzó á la lucha con bastantes fuerzas y tal denuedo que, por un momento, hasta pudo creerse triunfante. El nuevo presidente no obtuvo sino una mayoría muy escasa y no poco dudosa. El Parlamento declaró válida su eleccion; pero no sin vacilar ántes y dando una sentencia, cuyos considerandos no parecieron muy sólidos á todo el mundo.

La fraccion vencida, que se creia vencedora, protestó y se preparó á la resistencia. Por lo pronto, hasta los más optimistas llegaron á creer en la posibilidad, y áun probabilidad de un

grave conflicto; pero, por fortuna, la razón se sobrepuso al amor propio herido, la voz de la abnegación se hizo oír y los vencidos se decidieron á esperar, continuando, por supuesto, su propaganda pacífica y legal, con el propósito de prepararse de nuevo para otra gran lucha ante los comicios.

No obstante este acuerdo, los norte-americanos continuaron y continúan divididos en republicanos del Sur ó vencidos, que esperan sobreponerse, y republicanos del Norte ó vencedores, que se empeñan en conservar las ventajas materiales y morales del triunfo. Además, prescindiendo de otros partidos con bandera definida, aunque poco numerosos, hay republicanos constitucionales ó históricos, que no se separan de la tradición, y republicanos progresistas, que aspiran á que la república sea más violenta ó ménos liberal en lo interior y no tan indiferente en lo que atañe á la política exterior. Este partido, bastante numeroso en el Norte, se inclina algo al jacobinismo y pide dictadura y propaganda. Hasta ahora ha podido ser contenido; pero nadie niega que pudiera llegar al gobierno y provocar graves conflictos, tanto interiores como exteriores.

### III.

La situación de Europa es el reflejo fiel de la situación de los espíritus. Como todo se discute, en todas partes hay agitación. El orden material es siempre la consecuencia necesaria del orden intelectual. Por esto, cuando en el orden intelectual no hay principios fijos, generalmente admitidos, en el orden material no hay ni puede haber tranquilidad completa, ni mucho ménos permanente. A la perturbación en las ideas, por fuerza ha de acompañar la perturbación de los hechos. Proclamar el escepticismo científico y pedir calma ó estabilidad política es lo mismo que aplicar la mecha á la mina y quejarse de la explosión. Tras la causa va naturalmente su efecto.

Si se fija bien la atención en esto, se verá que los excesos que se deploran en el orden político, no son sino la consecuencia lógica de lo que llamaremos exceso de vida en el mundo intelectual. La filosofía lo consumirá todo, y la política, que es la aplicación inmediata de la filosofía, no se detiene ante nada. Los sistemas filosóficos, todos diversos y aún opuestos, son ya casi innumerables, y cada sistema filosófico tiene partidarios decididos que se obstinan en ponerlo en práctica, luchando en su favor y contra todos los sistemas que le disputan el triunfo. No se discute sólo por discutir ó por hallar la verdad, sino por dar el triunfo á un *ideal*, sea ó no verdadero y sea ó no realizable. En nuestro siglo no hay paciencia para esperar á que se encuentre la verdad, ó al ménos á que la experiencia hable. Nada de esto. Hoy, todo el que concibe una idea, apenas la concibe, se decide á realizarla casi sin examinarla, y de seguro sin ver ántes si ofrece ventajas, y en el caso de que las ofrezca, compensa los inconvenientes que lleva consigo. Cada siglo ha tenido su gran plaga especial, y esta es la gran plaga del nuestro. Al lamentar los males de nuestra época, no santificamos de ningún modo los tiempos antiguos. Si hablamos sólo de lo presente, es porque imitamos al médico que, en vez de perder el tiempo empeñándose en dar vista á Homero, v. gr., que murió hace tantos siglos, sólo piensa en curar á los ciegos que viven y que se le acercan pidiéndole luz para sus ojos. ¿Se remedian quizá los males presentes declamando contra los males pasados? En la Europa antigua habia muchas plagas de todas clases; pero la Europa moderna, la Europa que vive y sufre, tiene también sus plagas, y clama sin cesar pidiendo remedio. ¿Existe este remedio? ¿Puede señalarse? Por hoy nos limitaremos á hacer el diagnóstico de la enfermedad. Para ello comencemos por ver en qué estado se encuentran las principales naciones de Europa.

*Suiza.*—Es república federal ó cantonal, ya antigua, y aceptada y sostenida por las poderosas monarquías, que la han rodeado y la rodean. Su población, que no llega á cuatro millones de almas, es bastante heterogénea. En ella hay

parte alemana que habla alemán; parte italiana que habla italiano, y parte francesa que habla francés. Ha vivido y vive más bien que por su fuerza propia, como terreno neutral, confiado á un Gobierno débil para que la parte más estratégica de los Alpes no esté en manos de ninguna gran potencia.

Suiza tiene hoy cuestiones religiosas, políticas y diplomáticas, que la inquietan bastante y le suscitan no pocos conflictos.

La cuestión religiosa, que ántes se agitaba sólo entre protestantes y católicos, durante siete años se ha estado agitando, no ya entre católicos y protestantes, sino entre los que creen y los que no creen. La autoridad pública tomó una parte grande y muy activa en favor de los no creyentes, y esta protección eficaz dispensada al descreimiento ha sido causa de divisiones y protestas, cuyas consecuencias son incalculables. Este mal parece próximo á su fin; pero si la enfermedad concluye, la convalecencia acaso sea larga. ¡Qué ceguedad la de los hombres políticos que provocan guerras de religión ó que se obstinan en arrancar la fé por medio de la violencia!

Respecto á la política, Suiza, que ya no puede continuar siendo una república patriarcal, basta indicar que su Gobierno está mucho más combatido que ántes, que ha tenido que restablecer la pena de muerte, que habia abolido, y que, contra sus tradiciones, y quizá contra sus deseos, se ha visto en la necesidad de limitar su tan célebre derecho de asilo, consintiendo en expulsar de su territorio á varios agitadores extranjeros. Europa, que en otros tiempos no veia inconveniente en que los centros revolucionarios vegetasen en los más hondos valles ó las cimas más altas de los Alpes, ahora no olvida que los ferro-carriles y el telégrafo, suprimiendo las distancias, hacen que el peligro sea peligro en todas partes.

Además, Suiza, que parece vigilada por Francia, segun se cree, busca su apoyo en Italia, Austria, y especialmente en Alemania. Francia fortifica mucho su frontera por la parte de Suiza, y esto inquieta un poco al Gobierno suizo y le obliga á pedir explicaciones y pensar en alianzas. Esto hace que Fran-

cia y Suiza, únicas repúblicas de Europa, en vez de darse la mano, se miren con gran desconfianza, por lo ménos.

*Bélgica.*—Esta nacion, como Suiza, está destinada á separar á Francia de Alemania. Es un Estado, relativamente pequeño, que tiene por objeto el conservar el equilibrio europeo, impidiendo que Francia llegue hasta la embocadura del Rhin ó que Prusia avance hasta Amberes. Bélgica ha contado, y contará siempre con el apoyo moral de toda Europa y la proteccion moral y material de Austria, y principalmente de Inglaterra. El territorio belga, por sus circunstancias estratégicas, ha sido siempre y continúa siendo el campo destinado á presenciar los duelos entre las grandes potencias. En los siglos XVI y XVII los ejércitos españoles y franceses se encontraron muchas veces en Bélgica, y en este mismo siglo, la batalla de Waterloo, que puso fin al imperio de Napoleon I, se dió casi á la vista de Bruselas. Más tarde, en 1870, la batalla de Sedan, término tambien del segundo imperio, tuvo lugar casi en la misma frontera belga.

La república francesa, que ve esto, está construyendo muchas é inexpugnables fortalezas desde el Océano á Luxemburgo, en toda la línea que la separa de Bélgica. Estas fortalezas disgustan á Inglaterra, alarman á Prusia y obligan al Gobierno belga á aumentar su ejército, doblar sus plazas fuertes y pensar en alianzas que le garanticen su independencia.

Además de esto, que tan grave es, Bélgica tiene sobre sí una cuestion religiosa, que pudiera convertirse en política, y un partido demagógico, no numeroso, pero muy exaltado, que, sostenido con el apoyo del partido revolucionario francés, pudiera alzar su cabeza el dia ménos pensado. El peligro se puede ciertamente conjurar; pero el que pueda conjurarse no prueba que no exirta.

*Austria.*—Este antiguo y grande imperio, hoy imperio y reino á la vez, cuenta sin duda con grandes elementos conservadores, y ahora, como en 1848, podrá sobreponerse á cualquier tempestad; pero si es fuerte y puede vencer, no debe negarse que tiene partidos políticos que lo dividen, y que no se

vé libre de la agitación revolucionaria, que es como la enfermedad política del mundo entero. Austria no tiene cuestiones dinásticas; pero tiene cuestiones regionales, que no son favorables á la unidad nacional.

Por otra parte, Austria se vé obligada á pensar en Rusia, que se le acerca demasiado por la parte del Este; en el Montenegro, que, apoyado por Rusia, aspira á engrandecerse; en Italia, cuyos elementos revolucionarios no se cansan de hablar del Tirol y Trieste, y sobre todo, en la república francesa, que con su propaganda política pudiera llevar el fuego de la insurrección á Grecia, Italia, y quizá también á Suiza y Bélgica.

Austria, que no es potencia agresiva, pero que desea defenderse, ha buscado alianzas poderosas, que, si no la libran por completo del peligro, le dan las fuerzas necesarias para oponerse á toda agresión. Según la creencia general, sus alianzas no son ofensivas, porque no trata de ofender, sino sólo defensivas, porque sólo piensa en precaverse contra todo invasor.

*Rusia.*—Este gran imperio atraviesa hoy una crisis que, si no es tan grave como se supone, no carece de cierta gravedad. Rusia acaba de hacer una guerra de conquista que, si le ha dado grandes ventajas, también le ha costado grandes sacrificios, y, lo que aún es peor, le ha granjeado temibles enemistades. Acaso esto aclare mucho lo que hoy sucede en el imperio de Pedro el Grande y Catalina II.

El Gobierno moscovita tiene hoy contra sí el nihilismo en lo interior, y la propaganda revolucionaria y la desconfianza de Inglaterra y de casi todas las grandes potencias en lo exterior. El nihilismo no es más que el partido revolucionario ruso, apoyado y dirigido por el partido revolucionario europeo. Los conflictos políticos de Rusia, que no son pocos ni leves, se exageran sistemáticamente por toda la prensa revolucionaria, y no se explican bien por la prensa conservadora, no muy favorable á este imperio por sus ambiciosas miras. Mientras Rusia no olvide el testamento de Pedro el Grande, no dejará de tropezar con los obstáculos, quizá invencibles, que le sus-

citan Austria y la Gran Bretaña, auxiliadas en este punto por todas las demás potencias. Hoy no se permite la resurrección de imperios como los de Alejandro y César.

El Gobierno moscovita se empeña en combatir el nihilismo sólo en lo interior y acaso no vea que necesita combatirlo también en lo exterior. Para esto no necesita sino ver que lo que hace el nihilismo en Rusia no es ni más ni menos que lo que se supone que hacen los amigos de Rusia en la India y en Turquía. Si cesase el nihilismo del Afghanistan, acaso perdería gran fuerza el nihilismo ruso.

*Inglaterra.*—Esta nación, siempre rica y poderosa, aunque tiene cuestiones interiores que pudieran enconarse, hoy por hoy no la molestan mucho. Sus peligros están hoy casi todos en lo exterior. Sus dominios son inmensos y no siempre es fácil el hallar fuerzas suficientes para acudir á todas partes. Inglaterra, como España en los tiempos de Carlos V y Felipe II, se ve en la necesidad de sostener guerras sangrientas en muchos puntos, todos muy apartados unos de otros. En estos momentos pelea en el Cabo de Buena Esperanza, ó en la parte más remota del Sur, y en el Afghanistan ó en el extremo Oriente. Sus enemigos son bárbaros, y como bárbaros débiles; pero la distancia y el clima, que lo protegen, son dos aliados, que le dan grandísima fuerza, y que no se vencen con facilidad.

Agréguese á esto que la cuestión de Oriente no termina y que, mientras no termine, no desaparecerá jamás el peligro de un conflicto con Rusia.

Inglaterra, que apoya á Turquía y combate las aspiraciones de Grecia en Oriente, parece favorable á los gobiernos conservadores de Occidente. Su alianza, no sabemos si ya rota, con la república francesa, además de no parecer bien definida, se limitaba á dos cuestiones concretas en Constantinopla y el Cairo.

*Italia.* — En la Península italiana subsisten siempre la cuestión religiosa, que no se resuelve; la económica, que es grave; la regional, que es un peligro permanente; la de los

*irredentos*, que no cesan de suscitar conflictos, y la propiamente política, la de la derecha y la izquierda y las subdivisiones de la izquierda, que dificultan cada vez más la marcha del gobierno. La demagogia italiana, ahora apoyada en fuertes alianzas extranjeras, amenaza sin cesar con erupciones como las del Vesubio, que si no podrán llevar su encendida lava á todo el país, acaso puedan hacer en algunos puntos lo que ya se hizo en Pompeya y Herculano.

Prescindiendo de estas cuestiones, Italia no está hoy del todo bien con la república francesa. Saboya y Niza, Túnez, Grecia y Egipto, están siendo objeto de polémicas, que no por ser meramente diplomáticas, dejan de causar una profunda inquietud. Italia, que ya se cree fuerte, no se resigna á que el Mediterráneo sea un lago francés, ni renuncia á adquirir preponderancia en Egipto.

La embajada francesa en París, vacante hace ya dos meses, no se ha podido proveer aún. Esta tardanza nó es signo de la mejor inteligencia.

*Alemania.*—Este nuevo imperio, á la sazón preponderante, se cree llamado á sostener el equilibrio europeo. Su unidad, que es de ayer, no cuenta con la fuerza de la tradición; pero, mientras tenga á su frente hombres de génio, poseerá la fuerza que poseyeron los antiguos imperios de Oriente y Roma, que sin ser antiguos, pudieron realizar grandes empresas.

El imperio aleman, que ántes figuraba á la cabeza de la revolucion, ahora parece al frente de las ideas de órden. Sus planes políticos se encaminan todos á contener la revolucion para evitar los desastres del socialismo é impedir que la república francesa adquiriera preponderancia diplomática para no perder las ventajas obtenidas en la guerra de 1870 y 1871.

Las relaciones entre Prusia y Francia podrán ser costosas; pero no es fácil que lleguen á ser cordiales. Son dos poderosos enemigos que se dan la mano, no en señal de amistad, sino en testimonio de hidalguía. ¡Plegue al cielo que estos dos colosos no vuelvan á encontrarse en los campos de batalla! Hasta hoy las ventajas están de parte de Alemania. Este imperio tiene un Gobierno estable, posee un ejército discipli-

nado, cuenta con alianzas y no ha perdido aún el prestigio de sus asombrosas victorias.

*Francia.*—Esta potencia, hoy republicana, es siempre grande; pero se encuentra aislada en el mundo y está muy amenazada por la anarquía. En lo exterior no cuenta con un sólo Gobierno amigo, y en lo interior se ve combatida por los imperialistas, los legitimistas, los orleanistas y los radicales, partidos todos fuertes y numerosos, de los cuales cada uno es, ó se cree por lo ménos, tan fuerte como la fraccion que ocupa el poder.

Los mismos elementos de la situacion están profundamente divididos. El centro republicano, que es el ejército, la diplomacia y la magistratura, está completamente excluido del gobierno. La izquierda, que es la fraccion más numerosa de la mayoría, tiene algunas carteras; pero todas de las ménos importantes. En fin, la union republicana, ó el grupo de Gambetta, aunque no tan numeroso como la izquierda, es en la realidad dueña del poder, porque se ha apoderado de la presidencia del Consejo y de los ministerios de Estado y Gobernacion, Guerra y Gracia y Justicia, que casi lo son todo.

Esta tan injusta distribucion de carteras ha disgustado mucho á la fraccion postergada y ha sido causa de que la eleccion de presidente de la Cámara popular se haya verificado en términos no muy lisongeros para el elegido. Los periódicos franceses, todos sin excepcion, convienen en que Gambetta, si ha sido elegido, su eleccion, por las muchas y significativas abstenciones que ha habido, parece una humillacion más bien que otra cosa. Al principio se dijo que Gambetta renunciaria; pero despues se ha visto que ha aceptado su cargo y que lo ha comenzado á desempeñar.

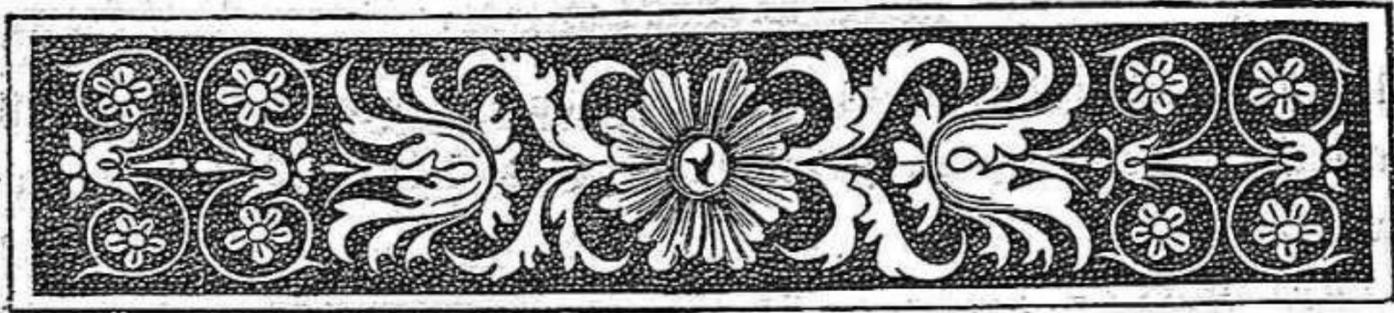
El nuevo Gabinete, que sustituyó al de Waddington, segun se aseguraba, para seguir una política más enérgica y activa, por lo visto, al tropezar con las dificultades de la vida real, ha comprendido que la política de la prudencia es la mejor entre todas las políticas. Su programa, conocido sólo por el extracto que trasmite el telégrafo, no es más que una nueva

edición de los programas, pálidos y casi incoloros del ministerio caído. Este es un gran bien para Francia y aún para Europa.

Otra línea de conducta no hubiera podido menos de agitar el país y llevar la inquietud á la diplomacia.

La fracción, hoy dominante en Francia, por lo mismo que sabe que es sospechosa, es muy posible que se esfuerce por ser y parecer prudente. Todo el mundo temía que su política fuese la violencia en lo interior y la propaganda revolucionaria en lo exterior. Si, como es de desear, los hechos no justifican estos temores, todos ganaremos y Francia misma más que nadie.





## LOS ALBIGENSES.

### III.

**D**os meses despues de ganada la batalla de las Navas, ó sea á mediados de Setiembre de 1212, Montfort, prevaliéndose de la ausencia de Arnaldo, en compañía de su primogénito Amaury y de su hermano Guidon, penetró en Narbona, no sin que los habitantes le opusiesen alguna resistencia, que él á fuerza de destreza y de energía, logró vencer. Completó luego la conquista del condado de Tolosa, aprovechándose de todos cuantos castillos se levantaban en los bordes del Garona, con tanta rapidez, que en sólo algunos dias adquirió una extension de territorio mucho mayor que la que, durante dos años, habia conquistado en el Carcasonado, en el Narbonesado y en la tierra de Foix. Habiendo obtenido de esta suerte la posesion de todas las fortalezas que cerraban la frontera meridional de Tolosa, atacó el castillejo de Brulhois en el Bearnésado, cuyo vizconde Gaston, considerando que si se empeñaba en defender punto de tan poca importancia, atraeria los

males de la guerra sobre el resto de sus Estados, prometió á Montfort el homenaje del castillejo referido; promesa que no le fué dable cumplir por circunstancias que luego sobrevinieron. En efecto, el conde de Foix, al regresar de España, juntamente con su fiel amigo el conde de Cominges, tomó por asalto gran número de castillos, entre ellos el importante de Saverdum, mientras que su hijo Bernardo Roger reforzaba el de Montauban, y al tiempo en que Montfort, despues de haber abastecido el de Pamier, que era, como hemos dicho, su cuartel general, penetraba en el bajo Cominges para asediar la plaza de Muret, de la que se apoderó sin dificultad alguna. Declaró luego la guerra al vizconde de Bearne, á quien acusaba de haber ofrecido asilo al asesino del legado Castelnau; rechazó la proposicion que él le hiciera de someter sus recíprocas pretensiones al arbitraje del rey de Aragon, y se apoderó de Brulhois como punto de partida para emprender la conquista del Bearnésado. Creyendo Gaston que sólo el Papa podia desarmar á Simon, suplicóle á Pedro que mandase un embajador á Roma para implorar la misericordia del Sumo Pontífice. Fué elegido para este empleo el obispo de Segorbe, quien llenó cumplidamente su cometido, haciendo una relacion verídica del estado de cosas en su país. Cuando regresó á Lengüadoc trajo dos cartas que Inocencio le entregara, á saber: una para Arnaldo y otra para Montfort. En la dirigida al primero, se prescribia la inmediata convocacion de un Concilio para admitir los descargos de los condes de Foix, de Tolosa, de Cominges y del vizconde de Bearne. La segunda decia así:

«El muy alto y poderoso rey de Aragon Nos ha participado, por conducto de su embajador, que no sólo combatís contra los herejes, sino tambien contra ortodoxos, cuya inocente sangre verteis invadiendo las tierras de Foix, de Cominges y de Bearne, cuando es evidente que sus habitantes no son, en manera alguna, sospechosos de herejía. Se Nos ha hecho observar asimismo que exigiéndoles el juramento de fidelidad para que puedan continuar residiendo en su patria, ó confesais tácitamente su catolicismo ó sois vos mismo fautor de herejes. Mientras el rey de Aragon guerreaba contra los musul-

manes, os atrevisteis á usurpar los bienes de sus súbditos. Y como el expresado rey proyecta romper de nuevo las hostilidades contra los sarracenos, Nos pide que sus barones sean repuestos en la posesion y dominio de sus Estados, para que así pueda contar con la ayuda que ellos le presten para recomenzar dicha guerra. Para que sus derechos sean respetados, y deseando, como deseamos, que sus laudables designios se cumplan, os ordenamos la restitucion de los dominios que contra ley y derecho reteneis en vuestro poder (1).»

Bajo la presidencia de un nuevo legado, el obispo Teodosio, reunióse el Concilio de Lavaur, ante el cual Pedro empeñó su palabra de rey y de caballero en favor de los condes, de quienes aseguró que no eran herejes ni protectores de herejes; mas aún cuando la lealtad y nobleza de su carácter garantizaban la verdad de su declaracion, no fué creida por los padres del Concilio que, cediendo á la presion que sobre ellos Arnaldo ejercia, negáronse á oír á los condes. El rey apeló de este acuerdo ante el Papa, mas nada logró con ello, porque los monjes del Cister, que en aquella sazón constituian el partido político predominante en la córte de Roma, para impedir los designios de Pedro, aprovecharonse del disgusto que á Inocencio causaba la libertina conducta de aquél. Siendo, en efecto, mujeriego en demasía, jamás pudo vivir en paz con su esposa María de Montpellier, á la que se habia unido por miras políticas, y de quien estaba separado. Tan innumerables como sus actos de valor fueron sus aventuras amorosas. Una de ellas dió motivo á cierta estratajema que causó el engendramiento de Jaime *el Conquistador*.

En el año 1207, hallábase el rey en Montpellier perdida-

---

(1) *Epístolas de Inocencio III*. Epíst. 15 de Enero de 1213 (\*).

---

(\*) En la carta dirigida al legado que lleva esta misma fecha se lee: "Os mandamos que conferencieis con el rey de Aragon y con otras personas prudentes á fin de acordar la manera más espedita de restablecer la paz en ese país, y para que las indulgencias concedidas por la Santa Sede á los cruzados no molesten por más tiempo al pueblo cristiano."

mente enamorado de una dama principal que en dicha ciudad moraba. La nueva de esta pasión llegó á oídos de los cónsules de Montpellier, quienes, deseosos de que se perpetuase la extirpe real de Aragon, concertáronse con un *camarlengo* (1), el cual prestóse á ser dócil instrumento para ejecutar la intriga que aquellos urdieran, diciéndole al rey, cómo la mujer, por él tan deseada, entraria en la cámara régia á altas horas de la noche, y en medio de la oscuridad, ya que otra cosa no permitia el rubor que la dominaba. Llegó, pues, el momento en que Pedro pudo solazarse con la que creia ser el objeto de sus amores. Mas hé aquí que, al romper del alba, despues de una noche pasada folgando, vió, con gran sorpresa, penetrar en su estancia numerosa comitiva compuesta de dos notarios, el oficial mayor de la Curia, dos canónigos, cuatro frailes y los doce cónsules de Montpellier, con otros tantos ciudadanos, caballeros, damas y doncellas, todos con cirios encendidos en las manos. Entrado que hubieron, arrodilláronse, y uno de ellos le dijo al rey:—*Señor, dignese vuestra merced ver quién es la persona que á su lado yace.*—Volvióse aquél hácia su compañera, y en lugar de la mujer ajena, reconoció la suya propia (2). Nueve meses despues nacia el niño destinado á adquirir tanta gloria, al tiempo que su padre, fundándose en un anterior matrimonio de María con el conde de Cominges, entablaba ante el Papa demanda de divorcio, de la que se siguió un largo y complicado pleito, durante cuya tramitacion hizo Pedro los más grandes esfuerzos para predisponer á Inocencio en favor suyo. De ahí su vacilante comportamiento en los asuntos del

---

(1) Segun las *Ordinacions pera'l régimen de la Reyál Casa* (\*), *Camarlengo* equivalia á gentil hombre de cámara.

(2) *Crónica ó descripció dels fets é hazanyes del inclyt rey don Jaume, primer rey Daragó, de Mallorques é de Valencia, compte de Barcelona é de Muntpesller, é de molts de sos descendents, feta per En Ramon Muntaner*, publicada, traducida y anotada por D. Antonio de Bofarrull. Barcelona, 1860.

---

(\*) Sobre esta obra véase mi artículo *Pedro IV de Aragon juzgado por sus obras literarias.*—REVISTA CONTEMPORÁNEA, t. X, núm. 42.

Lenguadoc y sus continuadas negociaciones con los legados; de ahí la conferencia de Carcasona, en la cual vimos cómo declaraba á los albigenses convictos de error; de ahí las Córtes de Lérida, convocadas en 1210, con el único objeto de conminar á los herejes con penas infamantes. Ahora bien; durante el año en que estamos, Inocencio, adoptando el mismo criterio con que habia resuelto las cuestiones surgidas entre Felipe Augusto y su esposa Ilgeberga, declaró válido el matrimonio de Pedro, á quien escribió una carta para excitarle á que mirase en María á su esposa legítima. Esta declaración, y el desaire que poco ántes recibiera, hicieron que el rey, dejando á un lado toda suerte de contemplaciones, se resolviese á tomar resueltamente la defensa de sus feudatarios. Quizá por desconfiar de sus fuerzas procuró aliarse con Felipe Augusto; mas éste, léjos de prestarse á tal alianza, participóle que su primogénito Luis se armaria en breve para extirpar la herejía del Mediodía de Francia. De ahí se colige que Montfort y los cruzados no fueron otra cosa que la vanguardia de ulteriores invasiones de los francos en la antigua Aquitania. Tan luego como la córte de París les vió establecidos junto á los Pirineos, concibió el proyecto de reivindicar el dominio de las comarcas que los carlovingios conquistaron.

Reducido á sus propios medios hizo Pedro cuanto pudo para reunir un ejército numeroso. Llevado de este objeto nos lo presentan Zurita y los documentos del archivo de la corona de Aragon (1); corriendo desolado de un lugar para otro, de Perpiñan á Barcelona, de Barcelona á Lérida, de Lérida á Ejérica, de Ejérica á Alagon, de Alagon á Zaragoza, de Zaragoza á Huesca, de Huesca á Lavascarre, y desde este último punto á Tolosa, donde llegó á últimos de Agosto de 1213, acaudillando 1.500 soldados de todas armas. Montfort, en quien la astucia corria parejas con la valentía, le esperaba en Narbona para prestarle juramento de fidelidad. Mas como Pedro lo supiese, de intento retardó su viaje para no verse obligado

---

(1) Zurita, loc. cit.—Real Archivo de la corona de Aragon. Registro de los actos de Pedro I (de Cataluña), núms. 410, 413, 425, 433, 434, 435, 436.

á admitir el pleito homenaje de un hombre á quien consideraba como enemigo suyo. No cejó, empero, Simon en su empeño, ántes bien, encargó á Lamberto de Turey, hábil diplomático que, saliendo al encuentro de Pedro, sondease sus intenciones para obrar en consecuencia. Aun cuando éste le recibió benévolamente, no dejó de darle á entender el ódio que Montfort le inspiraba, calificándole de usurpador. *Pues bien*, repuso Lamberto, *en nombre de mi poderoso señor os declaro la guerra*; y, no contento con esto, provocó á los caballeros catalanes que á su rey rodeaban á singular cambate, que no fué sino anuncio de la sangrienta accion que dentro de poco habia de empeñarse (1); ya que Pedro, viendo que su ejército incorporado al de los condes ascendia á 43.000 hombres, á saber: 3.000 caballeros y 40.000 infantes, se puso sobre Muset, plaza fuerte, desamparada á la sazón por Montfort, que andaba ocupado en el sitio del castillo de Rocafort. El 12 de Setiembre de 1213 fué el dia en que los aliados subieron, victoriosos, al asalto de los arrabales de Muset; mas hé ahí que cuando se aprestaban para tomar el castillo que defendia una de las puertas de la dicha plaza, vieron á lo léjos cómo un espeso remolino de polvo avanzaba hácia ellos. Levantábanlo 900 caballeros y 1.700 peones, capitaneados por Montfort, que llegaba en socorro de los sitiados. Venia de la abadía de Bolbonne, en donde habia estado cuatro dias ayunando y azotándose tan réciamente que edificó á los más austeros de entre los monjes que allí moraban. Al tiempo de partir, uno de ellos le observó que su ejército era harto reducido para vencer á las numerosas fuerzas del rey de Aragon, y él, sacándose de la escarcela cierta carta dirigida por Pedro á su hermana Sancha, esposa, como sabemos, del príncipe heredero de Tolosa, mostróla y dijo: *Nada he de temer de ese hombre que se levanta contra Dios para defender los intereses de una prostituta* (2).

En aquellos tiempos, los muros de la ciudad de Muset

---

(1) Puigllorens, loc. cit.

(2) Dom. Vaisette, loc. cit.

ofrecían el aspecto de un triángulo; uno de sus lados oblicuos estaba bañado por las aguas del Garona, el otro por las del Longe, y el recto consistía en una cortina que, mirando á la parte de tierra, enlazaba á los dos oblicuos. Sobre un promontorio que detrás de los muros surgía, elevábase un castillo, cuya forma era también triangular, flanqueado por tres torres. Dos puertas con sus correspondientes puentes levadizos daban acceso á la plaza: la de Oriente, abierta á orillas del Garona, llevaba el nombre de puerta de Sales; la de Occidente, el de puerta de Tolosa, por partir de ella el camino que á esta ciudad conducía. El cual camino atravesaba una vasta extensión de tierra denominada *terreno de Aragon*, cuyos lindes eran: por Este y Sur, la cordillera de Perramon; por Norte, los pantanos de Rodela, y por Oeste, el Garona (1).

En este *terreno* acamparon los aliados, cuyas fuerzas ordenáronse de la siguiente manera: Los contingentes, de Foix y de Cominges componían la vanguardia á las órdenes de Roger de Foix; Pedro de Aragon y sus catalanes y aragoneses, distribuidos en el centro; el conde de Tolosa estaba colocado en la retaguardia, formada con parte de sus tropas; la porción restante de ellas, á manera de cuerpo de observación, permanecía al pié de la cordillera expresada. Aun cuando todos estos cuerpos, á excepcion de la vanguardia, debían hacerse mutuamente espaldas, es lo cierto que mediaba gran distancia entre unos y otros. Fué Pedro quien concibió este plan y quien lo hizo prevalecer ante el consejo de guerra, que rechazó el propuesto por Raimundo de Tolosa, el cuál había de ser del tenor siguiente: Siendo probable que la carestía obligase á los sitiados á tomar la ofensiva, practicando una salida, lo que importaba era rodear el campamento de estacadas para esperar detrás de ellos el ataque del enemigo. Tan luego como su caballería, que era la única arma con que contaban, les acometiese, la numerosa infan-

---

(1) Tomamos estos datos topográficos de la obra *La bataille de Muret et la tactique de la cavalerie au XIII siecle (avec des plan topographiques)*, por Enrique Delpech.—París.—Tolosa, Montpellier.

tería de los aliados la dispersaría á flechazos, y sus 3.000 caballeros, aprovechándose del desorden que esta sorpresa no podía ménos de producir en los cruzados, abandonando el campamento, les correrían al alcance, al tiempo que él cuerpo de reserva, apostado en Perramon, les cerraría el paso. Es preciso reconocer que este plan no carecía de habilidad, y que, si se hubiese puesto en práctica, el resultado de la batalla de Muset hubiera sido muy distinto del que fué; no lo admitieron, empero, ni Pedro ni sus caballeros, por la sola razón de que, de adoptarse, retardaría la pelea que tanto anhelaban. Todos, pues, increparon á Raimundo; Pedro le calificó de *estúpido y cobarde*, y un poderoso rico-home de Aragon, D. Miguel de Luzia, al oír las palabras del conde, dijo con acento despreciativo: *Esa habilidad de zorro es indigna de un soldado* (1).

Mientras tanto los defensores de Muset, á pesar del refuerzo que Montfort les trajera, andaban decaecidos por considerar la inferioridad numérica de sus fuerzas respecto á las de los sitiadores. De su desaliento debió de participar Montfort, puesto que, segun afirma Puigllorens—á quien principalmente seguimos en la relacion de estos sucesos—procuró entrar en tratos con el rey, quien ni siquiera se dignó escuchar las proposiciones del embajador que Montfort le enviara con el objeto referido, ántes bien, cuando le pidió un salvo conducto para su señor, contestóle con estas irónicas frases:

—Puesto que ha llegado con un ejército, no necesita de salvo conducto.

—Es que el conde de Tolosa consiente en negociar.

—¡Ah! pues entónces entendeos con él.

—Considerad, señor, cuán escasas son nuestras fuerzas.

—Pues precisamente, porque hablais en nombre de cuatro miserables *ribandos*, no puedo perder, oyéndoos, un tiempo precioso (2).

Al romper el alba del 13 de Setiembre de 1213, Montfort

---

(1) *La Canço de la Crozado.*

(2) Puigllorens, loc. cit.

percibe, desde las almenas del castillo de Muret, la mala posición del enemigo; sus ojos resplandecen; desciende al patio de honor, en donde halla reunidos á sus capitanes; les anima con palabras ardorosas; en seguida vuela hácia la abadía de San Germier, donde se hospedan los obispos de Tolosa y de Cominges, para obtener de éstos el permiso de combatir contra los aliados; no se lo conceden, ántes bien, le indican que quieren por sí mismos implorar la misericordia del rey de Aragon; aparentando conformarse con ello, manda que les abran, no las paternas, sino las puertas; obedécenle, y al punto la vanguardia de los aliados arremete contra la puerta de Tolosa; las flechas que sus arcos disparan zumban junto á los oídos de los prelados, *¿á qué esperar?* les pregunta, *permitidme que salga contra ellos;* le otorgan lo que pide; acude al terraplen de dicha abadía, donde le espera el ejército; mas hé ahí que al querer montar su caballo se le encabrita, vénlo los enemigos y le silban en son de mofa. *¡Silbad, silbad!* exclama, *presto seré yo quien, silbando, os persiga hasta Tolosa,* y bendecido fervorosamente por los prelados, sale por la puerta de Sales acompañado tan sólo de la caballería, puesto que, comprendiendo que es ésta constantemente el nervio de todo ejército que con arma blanca combata, había prescrito á la infantería no tomar parte en la batalla.

En honor del misterio de la Santísima Trinidad marchaban los 900 caballeros de Montfort, divididos en tres cuerpos: el primero, á las órdenes de Guillermo de Contre; el segundo, á las de Bucardo de Marly, y el tercero, á las del mismo Monfort, quien, con visos de huir de la ciudad, simuló una retirada hácia un puente echado sobre el Garona, atrayendo así á la vanguardia de los aliados que, dejando libre la puerta de Tolosa, marcharon en prosecucion del enemigo. Revolviéronse, entónces, sobre ellos los cuerpos mandados por Guillermo de Contre y Bucardo de Marly, y les dispersaron. Descubierta de esta suerte el cuerpo del centro, que, como hemos dicho, se hallaba situado en el *terreno* de Aragon, pudo ser atacado por los cruzados, los cuáles enardecidos, acometiéronlo, le rompieron y mataron á Pedro de Aragon, que, tan valeroso como imprudente, había escogido, para

combatir, el punto más peligroso (1). En torno de su cadáver agrupáronse algunos de los caballeros de su mesnada (2), quienes, esperando que la retaguardia no tardaría en llegar á su socorro, defendiéronse denodadamente. ¡Vana esperanza! Raymundo de Tolosa no movió el cuerpo cuyo mando le estaba confiado, ya por su natural pusilánime, ó bien porque la gran distancia que le separaba del cuerpo del centro impedía que tuviese conocimiento de lo que ocurría. Entónces fué cuando Montfort, que había permanecido en expectativa junto á la puerta de Sales, entró en acción atravesando los pantanos de Rodela, envolviendo los restos del cuerpo del centro y rematóles. En esto las tropas de Tolosa que quedaran apostadas en las colinas de Perramon, percibiendo aglomerados en la llanura los dispersos de la vanguardia y del centro, debieron de creer que el rey de Aragon había obtenido la victoria, pues descendieron en desórden de su apostadero, y aproximáronse al campo de batalla, de donde Montfort salió contra ellos y los deshizo, al tiempo que Raymundo de Tolosa y Roger de Foix, con los pocos soldados que pudieron reco-

---

(1) Delpech, en la expresada obra, apoyándose en el testimonio del cronista Balduino de Avesnes, dice: que en el ejército de las Cruzadas hallábanse varios caballeros que habían concertado entre sí que, al empezar el combate, buscarían al rey y le darían muerte. Añade luego que, como durante la batalla procurasen dar con el rey, les llamó la atención cierto caballero que andaba disfrazado con la armadura real, y á quien atacaron. Mas hubo éste de defenderse tan torpemente que no pudo ménos de hacer patente la equivocación en que sus acometedores incurrian. Entónces uno de ellos exclamó: *Este no es el rey, el rey es mejor caballero*. Oído lo cual por Pedro, contestó: *En efecto, aquí estoy yo*, y con su maza de armas dió la muerte á uno de los asesinos y hallóla él en manos de los otros. Aun cuando esta anécdota guarda conformidad con las costumbres de la época y con el carácter de Pedro de Aragon, no la creemos verídica, toda vez que, ni Zurita ni D. Jaime la refieren. Cuanto al primero, es sabido el relevante valor histórico de su obra y las numerosas y fehacientes fuentes á que para componerla recurrió. Respecto al segundo, no es probable que, de ser cierto hecho tan memorable y que en tan alto grado había de halagar su caballeresca imaginación, lo ignorase y dejase de consignarlo en su *Crónica*.

(2) Entendiase por *mesnada* una compañía de armas que servía bajo el mando del rey ó de algun rico hombre. En Aragon las caballerías de mesnada constituían nobleza y eran dadas por el mismo rey.

ger, refugiábanse en Tolosa. Muchos de los fugitivos perecieron ahogados en las aguas del Garona.

Oigamos la concisa cuanto verídica relacion que dá de esta batalla la *Crónica de D. Fáime el Conquistador*:

«Simon de Montfort encontrábase en Murel (sic) con ochocientos caballeros, ó bien con cerca mil, y nuestro padre vino sobre él y acampó cerca del lugar donde él estaba, y con él vinieron de Aragon D. Miguel de Luzia, D. Blasco de Alagon, D. Rodrigo Lisana, D. Ladron y D. Gomez de Luna, D. Miguel de Rada, D. Guillen de Pueyo y D. Aznar Pardo y otros de su *mesnada*, cuyos nombres no recordamos; pero sí se nos viene á la memoria, por habérnoslo dicho algunos que fueron testigos presenciales de la batalla que, excepcion de D. Gomez y de D. Miguel de Rada y de D. Aznar Pardo y algunos otros de su *mesnada* que allí murieron, los demás le desampararon, abandonando el lugar del combate; y los catalanes Dalmacio de Creixell, Hugo de Mataplana, Guillen de Orta y Berenguer de Castell-Cisbal, todos estos huyeron tambien. Sabemos de cierto que Nuño Sanchez y En Guillen de Moncada, hijo de Guillen de Moncada y de Guillerma de Castellví, enviaron mensaje al rey para que les esperase; pero él no quiso hacerlo, y así fué, que sin ellos dió la batalla. La noche que precedió al combate, la habia pasado folgando con una mujer, y á causa de ello, según nos lo contaron despues su repostero Gil, que luego fué monje del hospital, y otros que lo vieron con sus propios ojos, cuando oyó misa, no pudo tenerse de pié, y le precisó sentarse mientras se decia el Evangelio. Antes de trabarse la batalla habia Simon de Montfort propuesto un convenio; mas nuestro padre no quiso admitir condicion alguna. Y cuando Simon y los que con él estaban dentro (de Muset) confesáronse y comulgaron, y como prefirieron morir en el campo á perecer encerrados dentro de la plaza, embistieron formando una haz. Las tropas del rey no supieron ordenarse en batalla ni conservarse unidas, peleando cada hombre de por sí contra ley de armas; tanto por este como por el pecado en que estaban, y tambien por haber rechazado las proposiciones de los de la plaza, fueron vencidos. En esta batalla murió nuestro padre el rey don

Pedro, siguiendo la divisa que han usado siempre los de nuestro linaje, y que Nos seguiremos siempre: *Vencer ó morir*» (1).

Tal fué la función de Muset, uno de los más grandes hechos de armas de la Edad Media, en cuya época, dígame lo que se quiera en contrario, no era sólo la fuerza la que decidía la victoria, sino también la táctica. De no ser así, no se concibe cómo 900 caballeros, aventureros en su mayor parte, pudieron vencer á 43.000 hombres que peleaban en defensa de los dos sentimientos que con mayor fuerza hacen latir el corazón humano: el amor á las creencias sinceramente profesadas y el amor á la patria. Terrible hubo de ser aquel combate, puesto que, según lo asevera Puigllorens, el joven Raymundo de Tolosa, quien durante el ataque contra el cuerpo del centro permaneció de observación en una colina inmediata al terreno de Aragon, al recordar algunos años después aquel fatal día, dijo: *El ruido que llegaba á mis oídos era semejante al que hubieran producido miles de leñadores derribando á hachazos los árboles todos de un pobladísimo bosque* (2).

El cadáver de Pedro II, acribillado de heridas, fué entregado junto con los de los rico-homes muertos en Muset á los caballeros hospitalarios, quienes de seguida los transportaron al convento de Sijena, fundado por Sancha de Castilla, madre de dicho monarca. Quince días después de la batalla de Muset, dice un ilustre orador contemporáneo (3), un fúnebre acompañamiento, compuesto de una multitud de caballeros enlutados, de los comendadores de la orden de San Juan y de los canónigos seculares de Santa Cristina, que, colocados en la

(1) *Libre dels feyts esdeuenguts en la vida del molt alt senyor Rey, en Jacme lo Conqueridor: tret del M. S. que lonrat en Ponç de Copons, per la gracia de Deu abbat del Monestir de Sancta Maria de Poblet, feu escriure de la ma den Celesti Destorrens: e fo acabat lo dia de Sent Lambert, a xvij del mes de Setembre, en lany M. CCC. XL. iij*, publicado por D. Mariano Aguiló en la *Biblioteca catalana*.—Barcelona 1873.

(2) Pedro de Vaux Cernay, loc. cit.—Puigllorens, *ut supra*.—*La Canço de la Crozado.—Relatio episcoporum. Tolosæ et Cominguicæ*, publicada por Mr. Guizot, *ut supra*. *Libre dels feyts d'armes de Catalunya*, por Bernardo Boades, publicado por D. Mariano Aguiló, *ut supra*.

(3) D. José María Quadrado en la obra monumental *Recuerdos y bellezas de España, Aragon*.—Barcelona, 1844.

cima de los Pirineos, hacian en aquel siglo con los peregrinos lo que hoy los monjes del monte de San Bernardo con los viajeros de los Alpes, engrosado sucesivamente en su larga marcha desde Francia, cruzaba por el árido llano de Sijena, escoltando ocho ataúdes, y desfilaba por la sombría puerta que habia de dar perpétua morada á aquellos cuerpos poco ántes tan llenos de vida.

Tiñéronse los severos arcos con la rojiza luz de las antorchas y resonaron con los melancólicos cantos de las vírgenes y acompañantes, mezclados con algun sollozo: los unos lloraban á su rey y las calamidades que su muerte habia de traer al reino, los otros al hijo de su fundadora y la pérdida de algun deudo ó hermano. Los caballeros hallaron sepulcro en el átrio; el monarca fué á ocupar el único nicho que quedaba vacío entre sus hermanas y su madre, que no debian esperarle tan pronto, ni con motivo tan desgraciado. Aquellas éxequias fueron las últimas; ningunos sufragios particulares por el alma de D. Pedro recordaron en lo sucesivo el tremendo aniversario, y esta omision singular, tratándose de tal personaje, ¿será puramente casual ó hija de un siniestro pensamiento de anatema y reprobacion contra el auxiliador de los albigenses? Sin embargo, una inscripcion enfática, de la cual aún se conservan palabras, ciñó cual orla el arco de su sepulcro, y en ella se le llama: *flor de los reyes, honor del reyno, esplendor de la tierra, adorno del mundo, soberano liberal y el más llorado y plañido de todos*. En 1565 y en 1626 se removi6 la pesada losa que le cubre y, segun un autor contemporáneo, el cadáver se conservaba entero, con la boca abierta, mostrando aún su alta estatura, la dureza de su semblante, y en el costado izquierdo las anchas heridas por las cuales exhaló el generoso aliento.

#### IV Y ÚLTIMO.

El conde Bernardo de Cominges, quien, segun se deduce del texto de Puigllorens, tomó tambien parte en la batalla de Muset, furioso por la manera alevosa con que Montfort

se había apoderado de dicha plaza, la más fuerte de cuantas defendían su condado, acudió á Tolosa llevado del objeto de conferenciar con Raymundo VI y Roger de Foix acerca la conducta que en aquellas difíciles circunstancias sería conveniente adoptar. Roger propuso la resistencia á todo evento. No fué de este parecer Raymundo, puesto que manifestó que proyectaba refugiarse en Inglaterra admitiendo la hospitalidad que su deudo Juan sin Tierra le ofreciera. Asombrados, ó por mejor decir, estáticos quedaron los condes de Foix y de Cominges cuando oyeron de boca de Raymundo la noticia de tal proyecto, que éste inmediatamente realizó embarcándose en la Rochela y abordando en el puerto de Dartmouth en donde le esperaba el rey de Inglaterra con numeroso séquito, para escoltarle hasta la torre de Lóndres, que debía servirle de morada.

La victoria de Muset, que parecía deber marcar el apogeo de la fortuna de Montfort, no dió los resultados que prometiera. Efectivamente, como poco tiempo despues de ella emprendiese Simon una especie de marcha triunfal á través de los lugares teatro de sus hazañas, cuando esperaba ser festejado y bien acogido por los habitantes, vió lleno de encono cómo los de Beres y de Narbona le cerraban las puertas de sus respectivas ciudades, obligándole á pernoctar al raso. Otras desazones le deparó la suerte. Causa fué de una de ellas la ojeriza que hacía él experimentaba su ex-amigo Arnaldo, quien no podía olvidar que mientras peleaba contra los musulmanes de España, se hubiese apoderado á mansalva de Narbona. No perdonaba medio para desbaratar sus planes, suscitándole dificultades y obstáculos de todo género. Sabedor del ódio que Montfort sentía por Goston de Bearne, absolvióle de la excomunion por medio de Bernardo, obispo de Oleron, á quien el agradecido vizconde donó los castillos de Santa María y de Castron. Otra de las referidas desazones nos la explica la *Crónica de D. Jaime el Conquistador*:

«Nos permanecemos en Carcasona en poder del conde de Montfort, que nos alimentaba y guardaba en aquel lugar. Al cabo de algun tiempo, nuestros vasallos D. Nuño Sanchez, *En Guillen de Moncada* y *En Guillen de Cardona*, padre de

R. Folch, guerrearon con los franceses y con los habitantes del país en que éstos dominaban. Y además de esta guerra que ellos movieron en Narbona y en otros lugares, enviaron mensaje al apostólico Inocencio III para pedirle que, consultado el caso, obligase á Montfort, ya á la fuerza, ya por la persuasión, á hacer que Nos recobrasen aquellos cuyo natural señor éramos, puesto que nuestro padre en su matrimonio legítimo no habia tenido más hijo que Nos. Y este apostólico Papa Inocencio fué el mejor apostólico de cuantos, de cien años acá, han regido la Iglesia de Roma, por ser entendido en todas las ciencias que los clérigos y los Papas tienen obligación de conocer, por su natural ingénio y por su consumada experiencia en los negocios humanos. Y envió cartas tan terminantes y tan gran número de mensajeros á Simon, que éste hubo de restituirnos á los nuestros. Y los franceses nos condujeron á Narbona, en donde fuimos recibidos por muchos nobles y ciudadanos de Cataluña. Y Nos, entónces, acabábamos de cumplir la edad de seis años y cuatro meses.»

Uno de estos legados á quienes D. Jaime, en su sencillez, dá el nombre de mensajeros, fué el cardenal de Benavente, hombre de carácter pacífico que, atemperándose á las instrucciones recibidas de la Santa Sede, las puso en práctica, logrando que los condes de Foix y de Cominges, y el vizconde de Narbona, quien arrepentido de su complacencia hácia los cruzados, habia declarado la guerra á Montfort, jurasen el credo católico; prometieron, además, consagrar sus espadas á la defensa de los intereses de la Iglesia, é hicieron entrega, en prenda de sumision, de varios castillos, entre ellos el de Sales, propiedad del conde de Cominges.

Nada trataron, empero, con Montfort, quien reforzado con aventureros recién llegados de Alemania, remató la conquista del condado de Tolosa, cuyo obispo Fulco se distinguia entre los hombres malvados que hubo en aquel siglo, ya que su vida fué una série no interrumpida de alevosías. En los tiempos de su juventud habia sido trovador célebre por sus licenciosas poesías; en su edad madura le hemos visto constantemente del lado de los cruzados, siempre enemigo de quienes debia defender, siempre implacable. Como su natural

elocuencia solía emplearla en presentar como lícitos los actos más nefandos, convenció al cardenal de Benavente de cuán conveniente era otorgar á Montfort el dominio provisional del condado de Tolosa, y luego obligóle á convocar el Concilio de Montpellier para sancionar dicha concesion, y obtuvo de él, además, contrariando á Inocencio, cuya intencion, repetidas veces manifestada, era restituir á los príncipes las plazas injustamente retenidas por los cruzados, la posesion del castillo narbonés de Tolosa y la del de Foix (1).

Llegó el año 1214, y Felipe Augusto, creyendo que aquella ocasion era la más propicia para representar un papel en la tragedia cuyo teatro estaba en el Lenguadoc, ordenó á su primogénito Luis que tomase la cruz y fuese á combatir contra los herejes. La permanencia de este príncipe en los Estados pirenaicos fué estruendosa y breve, cual suelen serlo en aquella region las tempestades veraniegas. Llegó á Montpellier con su ejército, desde cuya ciudad tomó el camino de Beres, en donde le esperaban los cónsules de Narbona para denunciarle, como le denunciaron, que Montfort intentaba dismantelar las murallas que circuian dicha ciudad. No quiso impedirlo quizás porque creyó que la poca fortaleza de las plazas del Lenguadoc habia de contribuir poderosamente á la pronta realizacion del plan que su padre concibiera. Declaróse asimismo en favor de Montfort respecto á las diferencias que entre éste y Arnaldo existian, obligando al vizconde Aymerico de Narbona á prestar pleito homenaje á Simon.

Tuvo lugar este acto en Carcasona, desde cuyo punto, en compañía del cardenal de Benavente y del obispo Fulco, se dirigió á Tolosa, la ciudad *tota dolosa*, como la llama Vaux-Cernay, cuyos muros fuertísimos, levantados sucesivamente por los romanos, los visigodos y los francos, mandó derribar. Regresó en seguida á París muy satisfecho por haber desempeñado á maravilla la mision que su padre le confiara, la cual consistia en apoyar las pretensiones de Montfort, empero con intento de despojarle más tarde para adquirir así la posesion del Lenguadoc.

---

(1) Puigllorens, loc. cit.

Así las cosas, Inocencio convocó un Concilio, el cuarto de Letran. Tuvo lugar en la iglesia de San Juan de Letran, la diócesis del Papa, *omnium urbis et orbis ecclesiarum mater et caput*, cuyo nombre le viene de estar construida en el solar que ocupaba la casa de la célebre familia patricia *Plantii Laterani*, mencionada en una de las sátiras de Juvenal, y que fué más tarde palacio de Constantino *el Grande*, quien la cedió juntamente con la iglesia á ella contigua, á los sucesores de San Pedro. Allá por el año 900 el Papa Sergio III elevó el templo actual, que es uno de los más bellos y bien conservados ejemplares del arte bizantino. A su lado se eleva un baptisterio, que segun tradicion fué construido por Constantino *el Grande* y restaurado por el Papa Leon III, en cuyas pilas, en la víspera de la Pascua de Resurreccion, los Papas ministraban el bautismo á los judíos. A la circunstancia de guardar en su cripta los restos mortales de los Sumos Pontífices hasta el siglo XIV, debia la veneracion que en la época que historiamos inspiraba (1). Las primeras sesiones del Concilio, que inauguró sus tareas en el año 1215, empleáronlas los padres en discutir y condenar los principios fundamentales de la herejía albigense. Admitieron luego en el templo á los condes de Tolosa, de Foix y de Cominges para que se justificasen.

Antes de que Raymundo, que llevaba la voz de los otros, pronunciase palabra alguna, usó de ella el obispo Fulco de Tolosa con intento de concitar los ánimos de sus colegas contra aquél. Al virulento discurso por él pronunciado, replicó el chantre de la catedral de Lyon en estos términos: *Harto declaran vuestras palabras que no sólo odiais á los condes sino tambien al pueblo que San Pedro os confiara. Habeis encendido en vuestra diócesis un fuego que ni toda el agua del mar será capaz de extinguir. Veinte mil hombres han sido víctimas de vuestra cólera, ¿y todavía no estais satisfecho?* La mayoría de los prelados asistentes, por su parte, declaró que con todo su poder y el peso de su sabiduría se hallaba dispuesta á defender las pretensiones que Montfort adujera sobre la propiedad del condado de Tolosa. Entónces D. Pedro Azebes, aquel obispo

(1) *Rome*, por Mr. Luis Veillot.—París, 1857.

de Osma, cuya tolerancia y celo apostólico tan buenos resultados habian dado en el Lenguadoc, no sólo reforzó los argumentos del chantre de Lyon, sino que, para desvanecer el temor que la actitud hostil de la mayoría habia infundido en el corazón de Inocencio, aseveró que los reyes de Francia y de Inglaterra tomarian la defensa de los derechos del conde de Tolosa. Mas como el Papa asintiese á estas razones, la mayoría prorumpió al punto en murmullos desaprobadores, de los cuales se hizo eco el abad de Beaulieu, proponiendo que la Iglesia confiriese el condado de Tolosa á Montfort, excepcion hecha de las plazas de Provenza, que constituirian un marquesado para el hijo de Raymundo VI, el cual marquesado habia de poseerlo en feudo de Montfort.

«Buen abad, contestó el Papa, no puedo ménos de hacerlo así. Todos mis prelados vuelven contra mí, aún cuando esté convencido de que el jóven Raymundo no cuenta con amigo ni protector alguno. He oido decir que cuando un hombre jóven y de corazón noble, que sabe sufrir con paciencia toda suerte de contratiempos y es valiente, recobra su herencia. Si, pues, el infante es probo, él sabrá lo que ha de hacer; mas es evidente que el conde de Montfort no le amará ni le tendrá por hijo, ni Raymundo tendrá al conde por padre. Empero, tú sabes bien que Merlin, el gran adivino, ha dicho que al fin aparecerá el que arroje la piedra. Y entonces en todas partes se oirá gritar: *La piedra ha caido sobre el pecador*. ¡Que así sea! ¡Que sobre él caiga! ¡Que Dios le abandone y ampare al justo.»

Tras empeñados debates, el Concilio aprobó la proposicion del abad de Baulieu y aplazó indefinidamente resolver cosa alguna respecto á los condes de Foix y de Cominges. Hé aquí la encíclica que en cumplimiento de estos acuerdos Inocencio promulgó:

«Inocencio, obispo, á todos los fieles de Cristo que las presentes vieren y entendieren salud: Es notorio cuanto la Iglesia ha trabajado, ya con la predicacion, ya con la cruzada, para extirpar de la provincia narbonense y comarcas adyacentes los herejes y los aventureros que la infestaban. Por el favor de Dios, Nuestra solicitud ha dado ópimos frutos. El

doble-enemigo ha sido exterminado y hoy por hoy el referido país obedece al imperio de la Fé y goza de una paz fraternal. Mas como esa planta, todavía tierna, necesita ser regada con esmero, Nos ha parecido conveniente adoptar, oído el parecer del Santo Concilio, las medidas siguientes:

» . . . . . Siendo Raymundo, conde de Tolosa, culpable, tanto respecto al uno como respecto al otro de dichos males, hasta tal punto, que no es posible que la fé sea en aquel país cosa estable, mientras permanezca bajo el poder del referido conde, como así nos lo ha demostrado una larga experiencia y pruebas incontrastables, le declaramos decaído perpétuamente del poder que de una manera tan funesta ha ejercido, y queremos que sea desterrado de aquellas provincias y vaya á un sitio á propósito para hacer penitencia, como á su deber cumple. Sin perjuicio de esto, le asignamos la pensión anual de cuatrocientos marcos sobre el producto de las tierras que poseía, con tal de que se someta á nuestras órdenes. Dado en el palacio de Letran, á las diez y nueve calendas de Enero, año décimo de nuestro pontificado» (14 de Diciembre de 1215). (1)

No hay para qué decir que el lenguaje de este documento oficial no revela los sentimientos de Inocencio, quien, léjos de mostrarse rigoroso hácia Tolosa, oyó benignamente las amargas quejas que le arrancó la injusta sentencia contra él dictada, como así lo declara la *Canço de la Crozado*: «El Papa le ha escuchado, mirándole fijamente.—Le compadece y le exhorta.—Conde, le dice: yo conozco, yo sé bien lo que debo hacer. Deja que me sosiegue para que pueda reflexionar sobre la mejor manera de hacerte justicia. Considera que es Dios quien da y quita los imperios. Confía en que Él permitirá que viva yo lo bastante para alcanzar el reinado de la justicia. Yo haré que tu derecho prevalezca.—Cuanto á esos felones que me censuran, en verdad te digo que dentro de poco tiempo me verás vengado de sus injurias. Vete, y ¡ojalá vuelvas venturoso! El derecho te asiste. Dios te protegerá.» (2)

(1) Esta enciclica está sacada del tomo citado de la colección de *Historiadores de la Francia*, publicada por Mr. Guizot, *ut supra*.

(2) *La Canço de la Crozado*.—Las actas del Concilio cuarto de Letran, de

Mientras estuvo reunido el Concilio, Montfort permaneció en el Lenguadoc, tranquilo en apariencia, pero en realidad sobresaltado por no poder prever los acuerdos que los padres tomarían. Cuando los supo, la desapoderada ambición que le dominaba, creció de punto. Se hallaba entonces en el vigor de la edad, lleno de valor y codicioso de poderío. Convencido de que si los príncipes del Lenguadoc no estaban materialmente vencidos, las resoluciones del Concilio les habían desprestigiado por completo, lo cual equivalía á una derrota, declaró la guerra á Arnaldo, su mortal enemigo desde el punto en que dejó de ser su cómplice, y el cual, correspondiendo á su ódio, fulminó la excomunión sobre su cabeza, y solicitando la confirmación de la sentencia, escribió una carta á la cancillería pontificia. Fué el Papa Honorio III quien la recibió, puesto que pocos días ántes de llegar á Roma el portador de ella, Inocencio III había descendido al sepulcro, legando á la posteridad el recuerdo inolvidable de sus excelentes virtudes. Su sucesor confirmó la referida sentencia.

En tanto, el conde de Tolosa, que por aquel tiempo residía en Italia, procuraba adquirir la alianza del emperador de Alemania y del rey de Inglaterra, lo cual, sabido por Montfort, movióle á ir á París para prestar, como lo prestó, pleito-homenaje á Felipe Augusto, quien le reconoció como á duque de Narbona, conde de Tolosa y vizconde de Carcasona. Al obrar de esta suerte, estaba seguro de que Jaime *el Conquistador*, por su menor edad, nada podía hacer para reivindicar los derechos que sus abuelos le legaran.

Las numerosas cartas que Raymundo dirigió á sus antiguos favorecedores con el objeto antedicho, ningun efecto produjeron. Abandonado, pues, por los extraños, vió que sólo podía contar con sus propios vasallos, y entonces fué cuando en compañía de su hijo, y trayendo consigo gran caudal de dineros, que cierto judío italiano le prestó abordó en Marsella, donde fué objeto de entusiasta ovación (1).

---

donde tomamos estas noticias, se encuentran traducidas en la colección citada de Faurel. Véase la nota segunda del primero de estos artículos.

(1) *La Canço de la Crozada*.

A últimos del año 1216 falleció Gaston de Bearne, llamado *el Bueno*, dejando dos hijos de corta edad, á saber, Gaston y Garsenda, confiados á la tutela de su viuda Petronila, condesa de Bigorra, mujer voluble y débil que, asustada por el desamparo en que se hallaba, pocos meses despues de su viudez contrajo segundo matrimonio con D. Nuño Sanchez, conde de Rossellon y de Cerdaña, de real extirpe, por ser nieto de Ramon Berenguer IV, conde de Barcelona y príncipe de Aragon. Era hombre de carácter levantisco y osado, que tuvo gran parte en las turbulencias ocurridas durante la menor edad de su primo tercero Jaime *el Conquistador*, y que por la futil causa de haberle negado un azor su íntimo amigo Guillermo de Moncada, rompió estrepitosamente con él, y pasó á sangre y fuego sus Estados (1). Por su natural violento jamás pudo ligar con Petronila, acostumbrada al acendrado afecto de su primer marido, y así fué que, muy pronto, anduvieron desavenidos. Informado de ello Montfort, calculó que la adquisicion del condado de Bigorra, confinando como confinaba con Cataluña y con los condados de Foix y de Cominges, esto es, con todos los Estados que escapaban á su poder, podia compensar sobradamente los perjuicios que se le habian seguido de la anulacion del proyecto de matrimonio entre su hija y Jaime *el Conquistador*, procuró que su segundogénito Guidon, gentil y apuesto mancebo, llamase la atencion de la inconstante heredera de Bigorra, la cual, una vez enamorada, no vaciló en abandonar la casa marital para huir á Tarbes, en donde les esperaban los padre é hijo Montfort, y en cuya iglesia el obispo de Bigorra, asistido de los de Oleron y de Coseran y de varios abades, dió la bendicion nupcial á Guidon y á Petronila, evidenciando una vez más cuán corrompidas estaban las costumbres de los habitantes del Lenguadoc.

A esta ceremonia, que se celebró el dia de Difuntos del año 1217, habia precedido, segun uso y costumbre, la de la

---

(1) Sobre este personaje, que representa un papel muy principal en la historia de Cataluña, véase la citada *Crónica de Jaime el Conquistador* y el Apéndice I de la obra *La Conquista de Mallorca*, por D. José María Cuadrado. Palma 1852.

firma de las escrituras matrimoniales, en las que Petronila hizo cesion del condado á su futuro esposo, quien, en cambio, le asignó una renta anual de quinientos marcos de plata sobre el producto de las tierras de Carcasona. Y siendo así que algunos de los vasallos de Petronila no querian aceptarla por señora, convínose además que las tierras de Bigorra quedaban hipotecadas al pago de las cantidades que Simon prometió desembolsar, para atender con ellas á los gastos que traeria consigo el recobro de las plazas que aquellos usurparan (1). Dos dias despues, el nuevo conde de Bigorra juraba ante los cónsules guardar y hacer cumplir las libertades y costumbres del país; los precitados vasallos, empero, sostenidos por el castellano de Lourdes, á quien habian elegido por jefe, negáronse á acatar sus órdenes con tanto mayor motivo en cuanto su padre no podia auxiliarse porque se preparaba para pelear contra el enemigo á quien más deseos tenia de vencer. Era éste el conde Roger de Foix, quien bien quisto de Honorio III, permanecia pacífico en su castillo que recientemente habia recobrado, gracias á las disposiciones de dicho Papa. Montfort, para obligarle á romper las hostilidades, sitió la plaza de Montegier en el condado de Foix. En vano Roger le acusó de desleal ante legado; en vano éste encargó á los abades de Fontfreda y de San Tiberi que prohibiesen la continuacion de aquella lucha. Montfort, léjos de obedecer, estrechó el asedio de Montegier, que no pudo rendir por ser su defensor el valiente Bernardo Roger, primogénito del conde de Foix. Para atraer la atencion de Montfort hácia otro punto, el conde Raymundo, al frente de sus tropas y en compañía de sus aliados, encaminóse á Tolosa, en donde pudo penetrar gracias á hallarse desmantelada por órden de Luis de Francia, como ya hemos dicho, y tan indefendible, que el primogénito de Montfort, Amaury, gobernador de la plaza, se veia reducido á vivir encerrado dentro de los muros de aquel castillo narbonés cedido por Raymundo á Falco.

Montfort, que en aquella sazon se hallaba acampado á orillas de Ródano, al saber que Raymundo, auxiliado por sus

---

(1) Dom Vaissette, loc. cit.

vasallos, estaba restaurando á toda prisa las murallas de su capital, reuniendo en un cuerpo á sus destacamentos que andaban dispersos, pudo hacerse con un regular ejército que le permitió arremeter contra los muros de Tolosa, de los que fué rechazado por el enemigo, cuyas flechas hirieron gravemente á su hijo, el nuevo conde de Bigorra, y á su hermano Guidon. El conde de Cominges, aprovechándose del desorden que produjera el percance sufrido por estos caudillos, salió contra el enemigo y le obligó á huir. Montfort, cuya firmeza era mayor cuanto más inminentes los peligros que le amenazaban, no se acobardó, ántes bien cobró nuevos alientos. Eficaz auxilio le prestó en aquella ocasion el infatigable Fulco, proporcionándole un cuerpo numeroso y bien provisto de máquinas para batir.

Entónces Tolosa fué testigo de dos simultáneas operaciones, á saber, el ataque de sus murallas por Montfort y el del castillo narbonés por los condes de Foix y de Cominges. Redoblaba aquél su ingénita actividad, infundia ánimo en el corazón de cada soldado, inspeccionaba los movimientos de las máquinas y era tal la confianza que en sí propio tenia, que estaba seguro de alcanzar victoria. Mas hé ahí que en la mañana del dia 25 de Junio de 1218, estando examinando las máquinas, cierta enorme piedra lanzada de la catapulta por mano de una de las mujeres que defendian la ciudad, le hirió tan certeramente en la cabeza, que al punto dió el último suspiro. Este fué el fin de aquel hombre odioso por su innoble ambicion y su falsedad, digno, empero, de ser admirado por sus grandes talentos militares y políticos. Espiró en brazos de su confesor, y le enterraron con solemnes ceremonias en la catedral de Carcasona. Las sentidas frases que su panegirista Pedro de Vaux-Cernay le dedica, manifiestan con toda evidencia el dolor que por su muerte sintieron los cruzados; por el contrario, el epitafio que sobre su tumba Guillen de Tude-la escribe, revela la más intensa alegría (1). Poco tardaron

---

(1) "*Dum staret comes fortissimus sicum jam dictus est cum suis ante machinas suas, ne hostes denuo exirent, ad supradictas machinas diruendas ecce apud mangonello adversariorum projectus, percussit in capite militem Jesu*

sus principales enemigos en seguirle al sepulcro. El despreciable Raymundo VI, despues de haber abdicado la corona en favor de su hijo Raymundo VII, murió en 1222. Su cuerpo que, por ser el de un hereje, no podia recibir sepultura cristiana, fué depositado interinamente en una caja de madera colocada junto al pórtico de la catedral de Tolosa. En 1223 falleció Roger de Foix, y en 1224 Bernardó de Cominges, los dos cristianamente, llorados por sus súbditos y bendecidos por la Iglesia (1).

Amaury de Montfort no heredó ni el talento ni el prestigio de su padre. Por algun espacio de tiempo sostuvo débilmente la lucha contra Raymundo VII, y acabó por ceder sus derechos sobre el Lenguadoc á Luis VIII, hijo y sucesor de Felipe Augusto, quien, por segunda vez, invadió el Lenguadoc con 200.000 hombres, que lo arrasaron por completo. Muchos de ellos, y el mismo rey, sucumbieron á consecuencia de la peste que se declaró en las filas. Durante la menor edad de San Luis, Humberto de Beaujeau, lugarteniente de la corona de Francia, y Guidon, hermano de Montfort, continuaron la guerra. Este último fué muerto con las armas en la mano, y así como él su sobrino, el marido de Petronila de Bigorra, la cual, para consuelo de esta viudez, halló sucesivamente otros dos esposos, de lo que resultó la separacion entre el condado de Bigorra y los dominios pertenecientes á la familia de Montfort. Si es verdad que Raymundo VII luchó heroicamente en defensa de sus derechos, no lo es ménos que no supo resistir

---

*Christi, qui ictu lethali recepto, pectum suum bis percutiens, Deo que et B. Virgini se comendans mortem imitatus B. Stephani, et ipsius lapidatus in urbe, cum ipso in Domino abdormivit.* Pedro de Vaux Cernay. Loc. cit.

Montfort

Es mor,

Viva Tolosa

Cuital gloriosa,

Et poderosa.

Tornam lo paratje et l'honor

Montfort

Es mor.

*La Canço de la Crozado, ut supra.*

(1) Dom Vaissette, *ut supra*.

á la corriente que arrebatava hácia Francia á sus contemporáneos. No sólo como los hijos de los condes de Foix y de Cominges, prestó pleito-homenaje á San Luis, sino que firmó en 1229 el tratado de Meauy, en el cual quedó estipulado el enlace de su única hija Juana, habida en la infanta Sancha de Aragon, de quien se habia divorciado, perdiendo así la amistad y el afecto de Jaime *el Conquistador* (1), con Alfonso, conde de Poitiers, hermano de San Luis.

Como este matrimonio fué estéril, los derechos sobre el condado de Tolosa que la esposa aportó en dote quedaron incorporados á la corona de Francia. El tratado de Corbeil celebrado en 1257 entre Jaime *el Conquistador*, quien si fué gran militar no así político diestro, y San Luis, agregó definitivamente el Lenguadoc á la Francia, quedando de esta suerte rematada la obra, cuya ejecucion el ligero y harto contemporizador Pedro II no habia sabido impedir. Estaba reservada para Pedro III *el Grande* la venganza de los agravios inferidos á su familia por la casa de Francia.

En cuanto á los albigenses, sólo nos resta añadir que, á la manera como el Ródano desemboca en el Mediterráneo, engruesado por los diversos rios que á él afluyen, la herejía albigense, como la nominalista, como el averroismo, como el nestorianismo, como la pelagiana, en una palabra, como todas las manifestaciones del excepticismo en la Edad Media, protestas de la libertad del pensamiento, ahogada bajo el peso de un dogmatismo intransigente, halló su más completa expresion en la gran reforma del siglo XVI.

PEDRO NANOT RENART.

---

(1) ¿Fué la liviana conducta de Sancha lo que dió motivo al divorcio expresado? Ningun historiador lo afirma ni lo niega. Hemos visto en Dom Vaissette como Montfort la calificó de prostituta, y no nos parece probable que se hubiese permitido tal calificacion de no haber existido, cuando ménos, habillas sobre este hecho. De todos modos, ya hemos procurado poner de relieve en el decurso de esta historia, cuán corrompidas eran las costumbres en el Lenguadoc.